

MAESTROS EN NICARAGUA HISTORIAS PARA CONTAR

MAGALI GARCÍA MORÉ



MAGALI GARCÍA MORÉ (La Habana, 1938). Graduada de la Escuela Normal para Maestros de La Habana en 1956, integró el primer contingente de maestros voluntarios. Trabajó en *Granma* (1966-1977), período en el cual se graduó de licenciatura en Periodismo en 1975. Se desempeñó al frente del periódico *Trabajadores* (1981-1986), siendo la primera mujer en dirigir un medio de prensa nacional. Directora de la revista *Bohemia* (1986-1989) y posteriormente decana de la Facultad de Periodismo. Además, ocupó cargos de dirección en programas informativos de radio y televisión. Entre otros reconocimientos, es acreedora de la Distinción Félix Elmuza, el Premio Juan Gualberto Gómez, la Medalla Conmemorativa 50 años de la UPEC, la Medalla Raúl Gómez García y el Premio Nacional de Periodismo José Martí.

MAESTROS EN NICARAGUA

HISTORIAS PARA CONTAR

Magali García Moré



Derechos © 2023 Magali García Moré
Derechos © 2023 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-923074-03-3

Primera edición 2023

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

América Latina: Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu

EE.UU., Canadá y Europa: Seven Stories Press

• 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760

• E-mail: sevenstories@sevenstories.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

ÍNDICE

Prólogo	
<i>José Ramón Fernández Álvarez</i>	1
Introducción	
<i>Magali García Moré</i>	6
Capítulo 1: Nace la aurora	10
Capítulo 2: Historias para contar	22
Capítulo 3: Otros breves testimonios	160
Anexos	166
Memoria fotográfica	172



CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com
f ContextoLatinoamericano

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada uno de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.cheguevaralibros.com
f LibrosCheGuevara

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede íntegramente a sus múltiples facetas.



A Fidel... hacedor de sueños.



MIAMI O LAS MONTAÑAS

La Operación Pedro Pan
y la Campaña de Alfabetización
en Cuba

Deborah Shnookal



¿Cuál es la verdadera historia de la Operación Pedro Pan, el traslado de 14 000 niños cubanos a Miami a principios de los años sesenta? ¿Fue una emisión de rescate urgente o el resultado de la propaganda anticomunista de que el gobierno revolucionario amenazó a los familiares cubanos?

Este libro utiliza el suceso como una ventana no solo a la relación históricamente tensa entre Cuba y Estados Unidos, sino también a la profunda revolución social que tuvo lugar en la isla después de 1959.

Es la historia de la generación que llegó a la mayoría de edad en los primeros años de la Revolución, los que se fueron con la Operación Pedro Pan y los que se quedaron, especialmente los muchachos y las muchachas que participaron en la Campaña de Alfabetización en 1961.

Las fotografías de Miami o las Montañas se incorporan, para esa Operación de jóvenes cubanos y para Cuba, México, muchos más en ediciones geográficas.



MIAMI O LAS MONTAÑAS

LA OPERACIÓN PEDRO PAN Y LA CAMPAÑA DE ALFABETIZACIÓN EN CUBA

Deborah Shnookal

ISBN: 978-1-922501-75-2

Este libro utiliza el suceso como una ventana no solo a la relación históricamente tensa entre Cuba y Estados Unidos, sino también a la profunda revolución social que tuvo lugar en la isla después de 1959.

Es la historia de la generación que llegó a la mayoría de edad en los primeros años de la Revolución, los que se fueron con la Operación Pedro Pan y los que se quedaron, especialmente los muchachos y las muchachas que participaron en la Campaña de Alfabetización en 1961.

PRÓLOGO

Entre las misiones internacionalistas que desempeñó el magisterio cubano, nadie puede negar que Nicaragua ocupa un lugar muy especial. Fue allí donde mayor presencia de maestros cubanos se reunió, llegando a completar una cifra superior a los 11 300 por año, que constituyeron el Contingente Pedagógico Augusto César Sandino, durante un período que se extendió desde 1979 hasta 1984.

La mayoría de ellas y ellos ocuparon aulas como maestros primarios, en lugares de muy difícil acceso, para enseñar a niños y adolescentes, así como a adultos analfabetos, mientras otros sirvieron como asesores. Fue una hazaña su permanencia allí y conforma un digno capítulo de nuestra historia educacional contemporánea.

Una semana después de que el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) obtuviera la victoria, luego de la guerra desarrollada durante 20 años, la dirección del Frente viajó a Cuba para celebrar junto al pueblo cubano ese triunfo histórico en el acto por el 26 de Julio de 1979. Fidel apuntó en su discurso que hacía falta hacer una gran campaña de educación: «A mí me parece que hay maestros por allá que muestran su entusiasmo (...). Y, repito, si para realizar esa gran campaña de educación no son suficientes los maestros de Nicaragua, estamos dispuestos a enviarles cuantos maestros necesiten».¹

¹ Fidel Castro: Discurso pronunciado en el acto central conmemorativo por el XXVI aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos

2 Maestros en Nicaragua. Historias para contar

El Contingente Pedagógico lo iniciaron 1 200 maestros y en el período 1980-1981 la cifra se elevó a 2 000, de los cuales 900 eran maestras. Estos cooperantes impartieron clases a 72 000 alumnos y a 10 300 adultos, a los cuales alfabetizaron. Como si fuera poco, dejaron construidas 1 200 escuelas, 1 300 pizarras, 2 100 mesas, más de 15 000 bancos o pupitres. Las escuelas o las aulas eran rústicas, con techos y paredes precarias, pero suficiente para impartir clases a todos los que lo requerían. El objetivo fundamental de escolarizar las zonas rurales del país se cumplió exitosamente.

Esas cifras se mantuvieron entre los años 1982 y 1983, cuando dieron clases a unos 70 000 alumnos y 8 000 adultos y se levantaron unas 200 escuelas, en aquellos lugares donde los maestros ocuparon nuevos espacios, mientras repararon y embellecieron centenares de locales.

Los maestros cubanos demostraron poseer una gran conciencia del papel que allí desempeñaban y con un enorme sacrificio llevaron la enseñanza hasta los lugares más abruptos de la geografía nicaragüense, incluyendo zonas donde se combatió contra las bandas contrarrevolucionarias al servicio del imperialismo yanqui.

Cuatro de nuestros compañeros resultaron muertos en actos de verdadera ignominia. Ninguno de ellos estaba armado, porque no fueron al hermano país para sostener encuentros de esta naturaleza. Se encontraban allí solos, rodeados del pueblo nicaragüense, y sus armas eran libros, libretas, tizas, lápices, y como trinchera el aula, una pequeña escuela con solo uno o dos locales. Vivían en lugares muy aislados, a grandes distancias de las

Manuel de Céspedes, efectuado en la Plaza de la Revolución Mayor General Calixto García Íñiguez, de Holguín; Versiones taquigráficas del Consejo de Estado.

comunidades más cercanas y generalmente en casa de uno de los pobladores de la comunidad a la que habían sido destinados.

En el momento que fueron asesinados recibieron los honores merecidos y pasaron a ocupar un lugar en la historia patria y en el corazón del pueblo. De igual manera, el resto de sus compañeros expresaron su ira y su dolor ante hechos como estos. Pero, sobre todo, se pronunciaron para ocupar el lugar que quedó vacío. Miles de maestros se sumaron a esta respuesta como magnífica réplica al gobierno norteamericano que propició estos crímenes.

Los que entregaron allí sus vidas se nombraban: Francisco Concepción Castillo, Pedro Pablo Rivera Cué, Bárbaro Rodríguez Hernández y Águedo Morales Reina, que pasaron a ocupar un lugar en la historia del magisterio cubano. Para ellos nuestro respeto y homenaje imperecedero.

Una vez más esta tarea concebida y planeada por Fidel se cumplió de modo ejemplar para honor del magisterio y del pueblo todo. Aquella masa de jóvenes, en la que pocos llegaban a los 30 años de edad, supo crecerse con una enorme voluntad, llevada por un hondo sentido del patriotismo.

La falta de recursos en los territorios que fueron ubicados, determinó no solo lejanía sino serios problemas para proporcionarles una debida atención material. Hablamos de privaciones y peligros no para enaltecer su quehacer, sino como el registro de un hecho que no tuvo comparación en la práctica internacionalista de nuestro magisterio. Cuando se mejoró el abastecimiento, facilitándole algunos de los productos, ninguno de los maestros dudó en compartir estos recursos con las familias donde residían.

Ninguno pretendió ser héroe ni heroína, pero escribieron una historia auténtica para quienes hoy ocupan sus lugares en

las aulas. Todos fueron a enseñar, y en ese intercambio con un pueblo hermano, ellos también aprendieron y reforzaron sus convicciones sobre los valores revolucionarios. En la medida en que el ser humano se entrega a una obra colectiva de manera desinteresada y altruista, se nutre de una savia mejor. Los que así se comportaron fueron mayoría y eso es lo importante.

Los cubanos y cubanas fueron tremendamente respetuosos de la dignidad y la soberanía del pueblo nicaragüense. Dos principios que forman parte de la cultura cubana y que se asentaron de forma irreversible durante la lucha por la segunda independencia, hecha realidad definitivamente al amanecer del 1ro. de enero de 1959. Se creó un nuevo sentido de pertenencia y la comprensión de que son más los elementos que nos unen que aquellos que nos separan. Por eso constituimos parte indisoluble de la América Nuestra.

La actitud de los educadores fue guiada y estimulada por profundos ideales y, al mismo tiempo, por el llamado del compañero Fidel. Todo lo que harían después de este combate solidario contra la ignorancia, llevaría el sello de su amor por la Revolución y la fidelidad a los principios. Las actuales generaciones de educadoras y educadores, incluso aquellas que hoy estudian en las escuelas pedagógicas, tienen en las honrosas páginas legadas por el Contingente Augusto César Sandino, un vivo ejemplo de solidaridad internacionalista.

Agradecemos a la autora haber reunido este grupo de testimonios como ejemplo vivo de decisión y entrega de nuestro magisterio, que siempre acompañó al Comandante en Jefe.


José Ramón Fernández Álvarez
27 de mayo de 2014.

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



INTRODUCCIÓN

Nunca vamos a tener otro 19 de junio de 1979, ni el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) será el mismo. Todo sigue una indetenible evolución. La simiente fue sembrada por Augusto César Sandino en fecha tan temprana como la década del treinta del pasado siglo. Otras generaciones la hicieron revivir y el árbol logró enraizar con tanta fuerza que en nuestros días continúa creciendo.

La ayuda solicitada por el hermano país centroamericano a Cuba hace más de 40 años fueron maestros y médicos. Los primeros docentes ni siquiera conocían muy bien qué les esperaba. Todo lo descubrieron en el diario quehacer, en el local paupérrimo que luego creció y se convirtió en escuela, con apenas un par de aulas. Era suficiente para quienes, por vez primera, tenían acceso a la enseñanza, a los libros, al maestro.

La experiencia les sirvió para poder impartir clases solo con un programa y escasos libros. Fueron, además, capaces de poder elaborar sus propios materiales didácticos, acorde a las circunstancias. El idioma era el castellano, pero a muchos objetos se les nombraba de modo muy diferente. Nada fue un obstáculo para cumplir con su determinación de estar allí y tejer la esperanza sin fecha de término.

Estar en la tierra de Sandino, el *General de hombres libres*, significaba para nuestros educadores defender sus certezas más profundas. Era preservar a aquel pueblo y en especial a sus

niños, pues allí se construiría un futuro mejor; era salvaguardar a Latinoamérica. Constituía la mayor expresión de altruismo y solidaridad que habían podido concretar.

Ninguno de los maestros lo pensó dos veces. Para ellos fue un acontecimiento único, tanto en lo personal como en lo profesional. Tenían la práctica conquistada en Cuba, los principios revolucionarios y la disposición de querer acercar los saberes a todos.

La mayoría había participado con sus mayores en desfiles y trabajos voluntarios, sentían una vinculación con la actividad laboral de la madre, a quien acompañaban, mientras dormían en cualquier butacón o jugaban en un lugar cercano. Ahora llegaba el momento de demostrar su disposición para contribuir a la acción inmensa.

Atrás quedaba la familia, que en muchos casos incluía hijos, lo que suponía una dura prueba. Se impuso la seguridad de que su labor era necesaria y eso formaba parte también del ejemplo que podían transmitir a su descendencia.

Fue un fardo particularmente pesado para las compañeras. Su trabajo fue reconocido por el Comandante en Jefe, el 8 de marzo de 1980. Ya estaban en Nicaragua los primeros 1 200 docentes y casi el 50% eran mujeres, muchas de ellas, madres. Destacaba Fidel que ese Contingente fue a trabajar a lugares de muy difícil acceso, a vivir con las familias campesinas y a enseñar a niños y a adultos. Dondequiera que fueron: montañas, bosques y llanos, conocieron momentos de soledad y de tristeza, del «gorrión» que asomaba cuando sentían la distancia de sus seres queridos, pero ganaron los sentimientos de generosidad y desinterés, desde un país que les era desconocido y ganó un espacio en sus corazones para siempre.

Cuando decidí escribir sobre esta historia solicité ayuda al compañero José Ramón Fernández Álvarez, a quien le pareció justo dejar constancia de esa etapa de trabajo del magisterio cubano. A él debo haber podido localizar a compañeros decisivos para armar estas páginas, como Manuel Alfaro Hernández y Sonia Romero Alfau.

A Reinaldo Guido Castaño Spenglert – a quien conocí hace 60 años, cuando cursábamos la Escuela Normal para Maestros de La Habana – le debo su interés por dejar en blanco y negro estos recuerdos. Fue él quien abrió el sendero por donde transitó esta obra múltiple. Su ayuda me permitió contactar con el grupo de hacedores de estas memorias que hoy hacemos renacer.

De igual manera debo dejar constancia de mi gratitud a amigas y colegas que revisaron y sugirieron aspectos no considerados originalmente, entre ellas Daysi Jardines, Aurika Rubio García y Gladys Egües Cantero, Premio Nacional de Periodismo José Martí.

Para todos, mi reconocimiento y mi profundo agradecimiento.

Magali García Moré
Julio de 2023.

COLECCIÓN DIÁLOGOS EN CONTEXTO



CAPÍTULO 1: NACE LA AURORA

Una semana después de la victoria sandinista, la dirección del FSLN viajó a Cuba para celebrar con el pueblo cubano aquel triunfo histórico, que sentíamos como propio. Por segunda ocasión se hacía realidad en Nuestra América, en ese siglo, la llegada al poder de una revolución, luego de una larga y cruenta lucha popular.

En la plaza Mayor General Calixto García Íñiguez, de Holguín, el 26 de julio de 1979, la celebración del Día de la Rebelión Nacional se convirtió en un acto de homenaje a la Revolución Sandinista.

Fidel, durante su discurso, con profundo orgullo reconocía que el acontecimiento más extraordinario era la presencia de «un numeroso contingente de combatientes, de jefes abnegados y heroicos, de dirigentes del hermano pueblo de Nicaragua que deseaban estar con nosotros».¹

Se refirió a la relevancia histórica, el significado y la connotación que tenía el triunfo sandinista en el hermano país, y se preguntaba: «¿Qué ha calado más profundamente nuestros

¹ Fidel Castro: Discurso pronunciado en el acto central conmemorativo por el XXVI aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, efectuado en la Plaza de la Revolución Mayor General Calixto García Íñiguez, de Holguín; Versiones taquigráficas del Consejo de Estado.

sentimientos, qué nos ha interesado más en estas semanas, qué puede habernos emocionado más y alentado más que esta popular y heroica victoria?».²

Y continuaba: «¿Y qué honor mayor podíamos recibir nosotros, qué mayor realce a esta fecha revolucionaria nuestra, qué mayor honor para esta ciudad y esta provincia que la visita fraternal, afectuosa y solidaria de esta constelación de heroicos, valerosos, inteligentes y capaces comandantes y combatientes del Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua?».³

Tras un detallado análisis de la situación en que se encontraba la hermana nación centroamericana luego de un proceso largo y cruento para su pueblo, Fidel expresó: «Nosotros no somos ricos, nosotros no podemos competir con Estados Unidos en número de aviones y en toneladas de alimentos. Algo mandaremos, porque de nuestra pobreza somos capaces de sacar algo... Y una cuestión muy importante: si no tenemos recursos financieros o recursos materiales, tenemos recursos humanos».⁴

Ya en noviembre de ese año los primeros 1 200 maestros llegaron a Managua.

Maestros en tres continentes

Desde 1973 Cuba había iniciado un movimiento de colaboradores internacionalistas que hasta 1990 sumaba más de 20 000 maestras y maestros que habían desarrollado su labor en 29 países de tres continentes: cuatro de América, concretamente del Caribe; 17 de África y 8 de Asia.

El mayor número de cooperantes cubanos durante esos 17 años correspondió a dos países: Angola, con los Destacamentos

² Ídem.

³ Ídem.

⁴ Ídem.

Che Guevara y Frank País, integrados por estudiantes de las carreras docentes, quienes se formaban en los diferentes institutos pedagógicos del país; y Nicaragua, donde se congregó la mayor presencia de maestros cubanos, en un período que se extendió desde finales de 1979 hasta 1984.

La mayoría de ellos ocuparon aulas como maestros primarios, casi todos en lugares abruptos, para enseñar a infantes, adolescentes y adultos analfabetos. Otros sirvieron como asesores y especialistas en diferentes modalidades y niveles de enseñanza. Fue una hazaña su permanencia allí, un hecho que es parte de la historia de Latinoamérica y constituye un hermoso ejemplo del cual sus participantes sienten un sano orgullo.

La misión fue ayudar a Nicaragua justo desde el mismo instante en que la Revolución Sandinista triunfó. También en el Caribe, 20 años antes, Cuba había removido sus raíces hasta borrar la ignominia.

Los maestros cubanos tuvieron una fuerte representación en la Cruzada de Alfabetización, convocada por los sandinistas a pocos meses del triunfo, pues tuvieron a su cargo la atención de una buena cantidad de los adultos que vivían en sus comunidades, a la vez que servían de asesores de los jóvenes alfabetizadores. Debemos tener en cuenta que el porcentaje de analfabetos en Nicaragua era dos veces y medio mayor de lo que encontró la Revolución Cubana en el año 1961.

La segunda batalla por la liberación

Luego de un combate desigual durante años de manera valerosa y sin tregua, la Revolución Sandinista tomó el poder. Más del 42% de la población trabajadora adulta no sabía leer ni escribir, especialmente en las zonas rurales.

Este por ciento era la cifra oficial de la dictadura de Somoza, pero la verdad era aun más dramática pues la casi totalidad de las escuelas rurales —donde habían— solo tenían cursos de dos o tres grados de primaria. Y peor aun era el índice de escolarización: de cada 100 niños que ingresaban en primer grado, solo 21 terminaban la escuela primaria.

El entonces ministro de Educación Carlos Tunnermann declaró en una oportunidad que había zonas del país donde los analfabetos llegaban al 90% y en algunas cubrían el 100%.

En noviembre de ese año 1979 se llevó a cabo un censo de población que permitió determinar que de 1 439 000 personas mayores de 10 años, 722 000 eran analfabetos. Eso significaba más de 50,2% en todo el país. La población de las zonas urbanas exhibía un índice del 30%, pero en las zonas agrarias ascendía al 75%.

Se creó la Comisión Nacional de Alfabetización, cuya labor se sostenía en las organizaciones sociales. El año 1980 fue denominado «Año de la Alfabetización», y se concibió la Cruzada con una decisiva participación de los jóvenes, aunque todo el pueblo participaría en ella. Fue tal el impulso que dieron a esta hermosa obra el Frente Sandinista y el Gobierno de Reconstrucción Nacional que la convirtieron en «la segunda batalla por la liberación».

Esta parte de la historia comenzó cuando 80 000 estudiantes de nivel medio superior y alumnos de grados avanzados, que conformaron el destacamento de vanguardia del ejército popular de alfabetizadores, salieron de la capital de Nicaragua para ocupar sus plazas en las zonas rurales. Unos 200 000 voluntarios tomaron parte en la Cruzada.

Se preveía alfabetizar en la primera etapa alrededor de 400 000 personas. Más adelante se trataría de llevar el esfuerzo

principal a las regiones donde los pobladores no hablaban español, sino miskito, sumo e inglés. El conjunto de alfabetizados debía redondear la cifra de 850 000 personas.

En agosto de 1980 la cuantía de los alfabetizados fue de 406 000 personas, luego de cinco meses de dura faena, la cantidad de analfabetos disminuyó de un 50,2% a un 13%. La acción podría calificarse como heroica. Ese mismo año Nicaragua obtuvo el Premio Internacional de Alfabetización N.K. Krúpskaya, otorgado por la UNESCO.

Los maestros cubanos tuvieron una participación en la Cruzada, pues ellos alfabetizaron a una buena cantidad de los adultos que vivían en sus comunidades, a la vez que servían de asesores a los jóvenes alfabetizadores.

Guerra sucia contra Nicaragua

El 1ro. de agosto de 1979 ya los medios daban a conocer que francotiradores de bandas militares, parapetados en la catedral de Managua, disparaban contra el personal que se encargaba de custodiar el Palacio Nacional.⁵

Muchos de los integrantes del Contingente Pedagógico Augusto César Sandino no tuvieron conciencia exacta de cómo avanzaba la situación de guerra en el país, sobre todo a partir del año 1981. Ello dependía de los territorios donde estaban trabajando, pues las acciones de las fuerzas contrarrevolucionarias en un inicio se vincularon fundamentalmente a países que tenían fronteras con Nicaragua: sobre todo Honduras y, en alguna medida, Costa Rica. A los que se sumaron los gobiernos de Guatemala y El Salvador.

⁵ Fabián Escalante Font: *Nicaragua Sandinista. ¿Un conflicto de baja intensidad?*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, p. 293.

Por otra parte, lo que iban conociendo les llegaba a través de los comentarios de la población, de las orientaciones que recibían por medio de los coordinadores y asesores que atendían su zona, o de los funcionarios nicaragüenses que les apoyaban.

El principal objetivo de la Contra —como le llamaban los nicaragüenses a las fuerzas opositoras— era impedir la obra que iba desarrollando la Revolución, al precio que fuera necesario.

Parte de los cooperantes vivieron momentos realmente difíciles, pero siempre respondieron a las disposiciones que determinaban quienes cuidaban de sus vidas. Muchas brigadas cambiaron de zonas de trabajo en varias oportunidades, hasta ser ubicadas en sitios donde apenas existieran riesgos.

Los maestros internacionalistas cubanos llegaron a Managua a pocos meses del triunfo sandinista. Ya en agosto de ese año, los medios de prensa denunciaban acciones de bandas paramilitares constituidas por exguardias somocistas en la propia capital del país. Iniciaron temprano su labor.

En julio de 1982, en el tercer aniversario de la Revolución, el comandante Daniel Ortega denunciaba que «la agresión silenciosa y sangrienta contra Nicaragua fue lanzada por aire, mar y tierra, mientras 2 000 guardias somocistas, apoyados por helicópteros y tropas hondureñas, realizaron 18 ataques contra puestos guardafronteras desde el pasado 4 de julio» y agregaba: «no son fantasmas quienes ejecutan estos planes apoyados por Honduras y dirigidos, financiados y estimulados por el gobierno del presidente Reagan».⁶

Era fundamental la participación de los medios en este proceso y el primer lugar lo ocupó el diario *La Prensa* que, subven-

⁶ Ibidem, pp. 112-113.

cionado por la embajada norteamericana, y con orientaciones precisas, ya había comenzado «una campaña mediática en función de desmontar el proceso emprendido y agitar el fantasma anticomunista y anticubano».⁷

Estaciones de radio se sumaron a este objetivo, dada su cercanía al territorio nicaragüense. Perseguían extender la efectividad de lo que hoy se denomina guerra mediática, y hacer constante el trabajo que les había asignado el imperio yanqui en su violento enfrentamiento contra la Revolución Sandinista.

El plan concebido por los imperialistas pretendía abrir tres frentes. Uno en la zona noroccidental que estaba en manos de las Fuerzas Democráticas Nicaragüenses; el grupo de los somocistas, apadrinados por los militares argentinos;⁸ y otro en la región atlántica del país, que iría hacia la zona Puerto Cabezas-Bluefields y reclutaría sus fuerzas entre las etnias allí asentadas (miskitos y creole). Hay que añadir el Frente Sur, que con sus fuerzas debían empujar desde el sur, en la frontera con Costa Rica.

En 1983 «la guerra escaló sus acciones y escenario, extendiéndose prácticamente a toda la geografía rural del país (...). Acudieron a todo el arsenal de que disponían incluida la utilización de mercenarios y armas sofisticadas, (...) a lo cual se sumó el desencadenamiento de una guerra civil de proporciones desconocidas en el continente americano».⁹

⁷ Ibídem, p. 92.

⁸ Cuando poco tiempo después Argentina invadió las Islas Malvinas, Estados Unidos le retiró la ayuda a su más fiel aliado en la región, aunque muchos de ellos permanecieron como mercenarios a sueldo trabajando para la CIA.

⁹ Fabián Escalante Font: *ob. cit.*, pp. 113-114.

Frente al asesinato de nuestros compañeros

Como parte de las criminales acciones de la contrarrevolución somocista, fueron asesinados cuatro jóvenes maestros internacionalistas: Francisco Concepción Castillo, Pedro Pablo Rivera Cué, Bárbaro Rodríguez Hernández y Águedo Morales Reina, quienes cayeron en el combate contra el analfabetismo y la incultura, cumpliendo con su deber revolucionario.

Este libro también rinde homenaje a ellos. Así honramos su memoria, porque las razones que les hicieron responder al llamado de la Revolución no les permitieron abrigar temores. Su labor estuvo muy por encima de la solidaridad y el altruismo.

Todos nacieron pocos años antes del triunfo de enero de 1959. Crecieron y se formaron con los principios de la Revolución Cubana, que abrió para ellos un futuro ni siquiera soñado en el seno de sus familias. Cada uno por su parte enrumbó hacia el magisterio como modo de vida; para lograrlo se nutrieron de los mejores sentimientos y virtudes de nuestro pueblo.

El Comandante en Jefe se refirió a ellos en la carta que dirigió a los maestros internacionalistas cubanos que terminaron su labor en Nicaragua en 1982. En esa oportunidad, Fidel destacó que junto a la satisfacción del deber cumplido, la sangre de jóvenes maestros internacionalistas abonó la heroica tierra de Sandino.

Más adelante afirmaba: «Tan horrendos crímenes no lograron intimidar ni hacer retroceder a nuestros maestros; ante las dificultades y agresiones que enfrenta actualmente el pueblo de Nicaragua ustedes son ejemplo de valor, responsabilidad, sacrificio y firmeza de convicciones revolucionarias».¹⁰

¹⁰ Fidel Castro: Carta que dirigió a los maestros internacionalistas cubanos que terminaron su labor en Nicaragua, 1982.

Es por ellos que consideramos imprescindible dedicar unas líneas a recordar sus breves y fecundas vidas, como ejemplo inolvidable de su íntegra existencia.

Francisco Concepción Castillo

Tenía 29 años de edad, había nacido en Villa Clara el 28 de junio de 1952 y residía en Camajuaní, en la propia provincia. Era casado y tenía una hija.

En 1971 se incorporó a un curso de maestros emergentes donde obtuvo el título de maestro primario. Se desempeñaba en la escuela Jesús Menéndez de su municipio. Era militante de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC).

Realizaba su primer año de misión en Nicaragua, como integrante de los miles de maestros internacionalistas que allí prestaban sus servicios, cuando fue agredido por una banda contrarrevolucionaria el 7 de junio de 1981. Los Contra atacaron por sorpresa a dos indefensos maestros en las montañas de Las Nubes, ubicadas en el distrito de San Miguelito, Departamento de Río San Juan. Francisco resultó gravemente herido. La bala le penetró por el brazo y se alojó entre el pulmón, la columna vertebral y el esófago.

Sus compañeros lograron rescatarlo y pudo ser trasladado a Cuba, donde fue intervenido quirúrgicamente en dos oportunidades para intentar salvarle la vida. Lamentablemente, falleció el 6 de septiembre de 1981.

Pedro Pablo Ribera Cué

Nació en la provincia de Matanzas, el 14 de febrero de 1955 y fue asesinado el 21 de octubre de 1981. Se había graduado como maestro primario en el curso 1971-1972, en el Instituto de Perfeccionamiento Educacional (IPE). Era militante de la UJC.

En Cuba, trabajaba en la escuela taller Antonio González, ubicada en el municipio de Jovellanos, provincia de Matanzas, donde fungía como secretario docente en el momento de ser seleccionado para cumplir la misión. Entonces acumulaba 11 años de experiencia como docente, y había desempeñado diversas responsabilidades como maestro, subdirector y director. Con la hoja de servicios que ya tenía, Pedro Pablo fue seleccionado para ser incluido en el Contingente Pedagógico Augusto César Sandino y partió hacia Nicaragua.

La brigada a la que pertenecía fue trasladada de zona por la cercanía de los Contra. Pedro Pablo fue atacado por un grupo contrarrevolucionario en la comunidad Consuelo Bajo, cerca de Siuna —poblado minero—, ubicado en el departamento de Chontales. En esta agresión resultaron muertos también Bárbaro Rodríguez Hernández y dos jóvenes campesinos. Al momento de su muerte estaba cumpliendo su segundo año de labor en Nicaragua.

Bárbaro Rodríguez Hernández

Nació el 17 de diciembre de 1953 y fue asesinado el 21 de octubre de 1981 cuando tenía 27 años de edad, por la agresión de un grupo contrarrevolucionario. También militaba en las filas de la UJC.

Realizó los estudios de maestro primario mientras laboraba como tal y los culminó en 1978. Una vez graduado ocupó una plaza en el internado ubicado en la Ciénaga de Zapata, provincia de Matanzas —donde había nacido—, y años después fue seleccionado para cumplir misión internacionalista en Nicaragua. Era casado y tenía un hijo pequeño.

En su hoja de servicios de 12 años de experiencia como docente había ocupado distintas responsabilidades que incluía inspector rural (tres años), jefe de grado y maestro primario.

Estaba cumpliendo su primer año en Nicaragua, como integrante del Contingente Pedagógico Augusto César Sandino cuando fue asesinado junto a Pedro Pablo Ribera Cué y dos hermanos campesinos nicaragüenses. Otro joven nicaragüense, nombrado Daniel, quedó gravemente herido en este ataque.

Águedo Morales Reina

Nació el 5 de febrero de 1953 en Pinar del Río. Tenía 28 años y era padre de dos hijos. Se graduó de maestro primario en el curso 1977-1978 con resultados satisfactorios. Militaba en la UJC e integraba el comité municipal en Consolación del Sur.

Ocupaba un aula como maestro en la escuela Manuel Fajardo, en Consolación del Sur. Acumulaba siete años de trabajo cuando se incorporó al Contingente Pedagógico en Nicaragua. Fue situado en la comunidad de Sierrawás, en el Departamento de Chontales y de allí fue trasladado hacia Villa Sandino, al conocerse que estaba muy cerca un grupo de bandidos.

Cumplía su primer año de trabajo en ese país cuando encontró la muerte a manos de los contrarrevolucionarios, como consecuencia de una herida que recibió en la zona intercostal izquierda, que le perforó el pulmón. Falleció el 4 de diciembre de 1981.

Para ellos son estas páginas cargadas de decisión y fidelidad a nuestro pueblo y a la Revolución.

REVISTA CONTEXTO LATINOAMERICANO



Publicación de la Editorial Ocean Sur que pretende analizar los procesos políticos y la coyuntura actual en América Latina y el Caribe desde un posicionamiento crítico y revolucionario, rescatar la memoria histórica del continente, traer la filosofía y el marxismo, actualizados, a nuestras luchas por la emancipación y promover el debate.

CAPÍTULO 2: HISTORIAS PARA CONTAR

«Elevó el magisterio cubano a lo más alto»

Manuel Alfaro¹¹

Manuel Alfaro Hernández no duda en calificar a esta misión internacionalista en Nicaragua como un hecho que eleva al más alto nivel la labor del magisterio cubano. A pesar del auge que ya tenían las misiones educacionales en otros países, en diferentes regiones del mundo, la mayor fuerza se desplegó en Nicaragua entre 1979 y 1984. Enfatiza que el pueblo cubano consideraba las misiones internacionalistas como un hecho de enorme valor político, ideológico, patriótico y solidario. Estaba muy presente el ejemplo del Guerrillero Heroico Comandante Ernesto Che Guevara y constituía una condición que el cubano quería alcanzar.

Esta fue una tarea educativa de masas. El Ministerio de Educación (MINED), con Fernández al frente, se preparó para cumplir con alta eficiencia la política internacionalista que aprobaba el Partido Comunista de Cuba (PCC), en la persona del Comandante en Jefe.

El trabajo tuvo un sentido muy colectivo: nos vinculábamos con las organizaciones políticas encabezadas por el Partido,

¹¹ Manuel Alfaro Hernández: ocupó el cargo de director de Cuadros del Ministerio de Educación y luego viceministro del equipo que laboraba con el compañero José Ramón Fernández.

la UJC, el Sindicato de Educación, los Ministerios de Salud Pública, del Interior, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Cubatécnica y los gobiernos provinciales.

Lo primero fue garantizar la estructura para responder con agilidad, disciplina, exigencia y rigor, como orientaba el ministro. Cumplir una misión era un honor para la Dirección de Cuadros y las restantes dependencias que tenían parte en el plan.

Georgina Ramírez, integrante de la Dirección, se ocupaba de la misión en Nicaragua. Se crearon las direcciones de ese Contingente, que correspondieron a Mercedes Almiñaque y Sonia Romero, sucesivamente, quienes contaban con un grupo de asesores seleccionados de entre los maestros para llevar la tarea a feliz término.

Para ser más exactos, en 1979 a Nicaragua arribaron 1 251 cooperantes, que constituían el 73% de todos los que cumplían misión en otros países. Esa cifra se mantuvo en 1980, y representaba el 40% del total. En 1981 subió a 2 001, para un 49%; en 1982 sumaron 2 117, para un 52%; en 1983 siguió ascendiendo hasta 2 212 —la cifra más alta de todo el período—, que constituía el 63%. Disminuyó al año siguiente (1984) a 1 588, para un 51% del total.

Cuando las condiciones cambiaron fue necesario retirar a los cooperantes, lo que ocurrió en 1983 con las maestras y en 1984 con los maestros. No obstante, durante el período 1985-1990 varias centenas de profesores y especialistas de los diferentes niveles y tipos de educación continuaron laborando en Nicaragua como asesores en el Ministerio de Educación, en departamentos y municipios.

Se fue exigente en los requisitos del personal seleccionado, que debían ser maestros graduados y tener como mínimo tres años de experiencia. Esta misión adoptó una estructura muy

similar a la que se aplicó al inicio de la Revolución en Cuba, cuando se crearon los Maestros Voluntarios, quienes se prepararon de forma emergente para llevar la educación a las montañas y a los lugares más apartados del país en 1960, previo a la Campaña de Alfabetización.

Fueron gloriosas las misiones Che Guevara y Frank País, en Angola, así como el trabajo realizado en otros 27 países, pero ninguna superó la gloria del Contingente Pedagógico Augusto César Sandino, en los años que se mantuvo en tierras nicaragüenses.

Estábamos mancomunados en la realización de revoluciones verdaderas, a la vez que nos unían un idioma común, idénticas raíces culturales, la historia de lucha y los rasgos identitarios como pueblos latinoamericanos y caribeños, y los mismos enemigos: la metrópoli española y el imperialismo yanqui. Los maestros cubanos escribieron una página de las más hermosas en su rica historia revolucionaria.

Primero Nicaragua, después Angola

Sonia Romero¹²

Recuerdo que conocí a Sonia Romero Alfau como directora de la Escuela Pedagógica Presidente Allende y más tarde de la Escuela Vocacional Vladimir Ilich Lenin. Luego, de octubre de 1982 a noviembre de 1983 pasó a dirigir el Contingente Augusto César Sandino y, posteriormente, en enero de 1984, fue a Angola al frente del Contingente Frank País.

El encuentro tuvo lugar en un local de la Asociación de Pedagogos de Cuba, que gustosamente nos permitió reunirnos con Sonia y otros

¹² Sonia Romero Alfau: fue directora fundadora de la Escuela Pedagógica Presidente Allende. En 1976 pasó a dirigir la Escuela Vocacional Vladimir Ilich Lenin. A finales de 1982 y durante el año 1983 dirigió el Contingente Pedagógico Augusto César Sandino, en Nicaragua, y en enero de 1984 fue a Angola, como jefa del Contingente Frank País.

compañeros del Contingente Pedagógico Augusto César Sandino, en lo que constituyó una inolvidable jornada de trabajo.

Las circunstancias eran particulares, pero no únicas en un país subdesarrollado, pues era enorme la población de niños y niñas nicaragüenses —a los que debemos sumar los adultos— que fueron marginados de la educación. La Revolución Sandinista se propuso desde los primeros días del triunfo eliminar ese terrible flagelo.

Considero que fue fundamental la actitud de nuestros maestros, hombres y mujeres, quienes demostraron una altísima sensibilidad ante los problemas de ese pueblo y una profunda solidaridad.

Cuántas veces oigo mencionar estas palabras la imagen que viene a mi memoria es la de aquellos a los que conocí y también a los que nunca vi. Recuerdo, sobre todo, los lugares tan distantes, sería mejor decir aislados, donde cumplieron sus servicios. En aquellas comunidades donde la mayor parte de las veces tuvieron que levantar el aula o la pequeña escuela —no más de dos locales— y que a veces incluía el lugar donde ellos residían.

Era un trabajo arduo, que requería no solo de los conocimientos profesionales, sino la disposición para permanecer solo a grandes distancias de sus compañeros de labor. Por eso la dirección del Contingente ponía un énfasis particular en la atención a los cooperantes, no solo con las visitas sistemáticas de los asesores y los jefes de brigada, sino con la preparación pedagógica, que incluía tanto los cursos como las orientaciones que debíamos impartirles.

Los asesores debían permanecer toda la semana en las diferentes zonas que atendían, y su trabajo se apoyaba de modo fundamental en los coordinadores y jefes de brigadas. La pre-

sencia de ellos en las zonas de trabajo era un factor de confianza para los cooperantes.

Esa estructura se adoptó desde la formación misma del Contingente, con la llegada de los primeros maestros y maestras, y esa fue la solución para poder alcanzar a todos.

Hay que recordar que los nuestros fueron destinados a los territorios más distantes y, aun cuando se encontraran en departamentos no tan lejanos de la capital, siempre se trataba de los sitios más aislados de los centros poblacionales. Así se garantizaba el 100% de la cobertura de los niños en edad escolar y los analfabetos adultos.

Ellos fueron a ocupar los espacios donde nunca antes había estado un maestro. Eran sitios difíciles no solo para llegar; especialmente para mantenerse allí.

Tenían, eso sí, unos enormes deseos de hacer valer su disposición y el compromiso con Fidel de laborar codo a codo con el pueblo nicaragüense, que recién tomado el poder solicitó la presencia de médicos y maestros cubanos, para acelerar su avance en estas actividades, y borrar de ese modo tantos años de atraso.

Sonia vuelve a recorrer en voz alta aquellos lugares que no ha olvidado: Rivas, Granada, León, Masaya, Chinandega, Waslala. Otros muchos quedan sin ser mencionados, mientras nos muestra varias decenas de fotografías donde quedó constancia de la presencia de educandos, maestros y escuelas en aquellos escenarios nunca olvidados.

Donde estuvieran promovían iniciativas entre sus compañeros y vecinos. Todo nuestro pueblo se sensibilizó y desde Cuba, por ejemplo, les enviaban libros para fomentar pequeñas bibliotecas escolares y algunos recursos para apoyar su gestión.

Asimismo, muchos pudieron tener un botiquín de primeros auxilios con que resolver de momento un pequeño accidente entre los

pobladores —lo que no pocas veces también ocurrió—, y apunta: «la solidaridad se expandía en nuestra tierra con la presencia del magisterio cubano».

En el momento en que estuvieron en la hermana nación centroamericana, coincidieron con el contingente de constructores cubanos y eso permitió que muchas de las escuelas que se levantaron en ese período tuvieran muy buenas condiciones.

Hay que decir que el 90% de los maestros y maestras no solo estaban en lugares lejanos, sino de extrema pobreza. Entre los que recuerdo, Masaya y Managua (zonas rurales) eran las que mejores condiciones tenían en cuanto a la situación material y social.

Estoy plenamente convencida del valor de la presencia de nuestros cooperantes, por esas razones que enumeré antes y por su participación en labores en la comunidad y en la casa de la familia donde residían. Su ayuda fue agradecida por todos, de ahí el prestigio que ganaron al poco tiempo de su arribo, todo ello sin abandonar el aula y a los escolares.

La disciplina de los cooperantes fue ejemplar. Cuando por razones de seguridad era necesario efectuar un traslado, había que actuar de inmediato, como un ejército, y como comprenderás sentíamos una enorme responsabilidad, todos nosotros, por la vida de los maestros y maestras. Eso era lo primero y velábamos porque nada les ocurriera.

Le pido entonces una valoración del legado que los cooperantes dejaron a las presentes y futuras generaciones del magisterio en nuestro país.

Sin ninguna duda, ellos constituyen un verdadero ejemplo para nuestro magisterio. Una legítima herencia de un modo

de actuar y de cumplir con una tarea fundamental. Las próximas generaciones deben mirar hacia su obra, como un modelo. Es importante que los más jóvenes conozcan lo que hicieron quienes les antecedieron, pero sobre todo cuánto hicieron los que conformaron esa fuerza que dejó escrita una historia de heroísmo y entrega sin igual.

Recuerdo especialmente la actitud de los jóvenes que habíamos conocido como estudiantes en las Escuelas Pedagógicas. Ya tenían los tres años que se exigían para el cumplimiento de la colaboración y fueron tan disciplinados como los demás. No pidieron nada especial, ni reclamaron un lugar diferente al de sus compañeros. Estuvimos al tanto de los que enfermaron y se negaron a regresar a Cuba. Ingresaban en un hospital y una vez resuelta la enfermedad se incorporaban nuevamente a su aula. Para ellos, terminar la misión fue una cuestión de honor.

Gigantesca tarea

Guido Castaño¹³

En marzo de 1980, cuando salí del aeropuerto de Managua, al observar un grupo de niños descalzos, entre los cuales algunos pedían limosnas, otros vendían periódicos o algunas golosinas y más allá otros limpiaban parabrisas, tomé exacta conciencia de la gigantesca tarea que debía asumir la joven Revolución Sandinista.

¹³ Reinaldo Guido Castaño Spenglert: fue maestro voluntario en 1959 y permaneció impartiendo clases en la Sierra Maestra hasta 1961, cuando culminó la Campaña de Alfabetización. Ocupó responsabilidades en Bayamo, y luego en La Habana cursó la especialidad de Matemáticas en la carrera profesoral de enseñanza media, y finalmente en la Facultad de Ciencias Sociales del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona, donde trabajó como profesor. Fue seleccionado y sirvió como asesor del Contingente desde 1980 a 1982.

Iniciado mi trabajo pude confrontar esas primeras imágenes con la realidad existente en aquellos parajes que debí recorrer, donde laboraban los primeros maestros y maestras del Contingente Pedagógico Augusto César Sandino. La dictadura somocista había sido derrotada, pero sus consecuencias estaban allí presentes, y se expresaban en el desamparo en que vivían las clases más humildes.

Para los educadores cubanos los niños se convirtieron en su razón de estar allí, su principal y más importante motivo para permanecer el tiempo que se les pedía, a pesar del sacrificio que suponía en el orden personal. Valía la pena compartir esos días en la atención de los niños nicaragüenses.

Para nosotros constituyó una enorme alegría el triunfo sandinista especialmente durante la visita de los comandantes y su participación en el acto por el 26 de Julio, en Holguín. Unos días después se abrió la posibilidad a nuestros maestros de participar como colaboradores en Nicaragua.

Ese año el Departamento de Cuadros del MINED le solicita al Instituto Superior Pedagógico mi incorporación como asesor del Contingente. Siempre recordaré el honor que sentí en aquella ocasión. ¡Mi entusiasmo no tenía límites!

Viajé en marzo de 1980 y ya el trabajo estaba organizado de forma muy parecida a la que tuvo la brigada de maestros de Vanguardia Frank País, que se mantuvieron ocupando aulas en las montañas en los primeros años de la Revolución y el cual integré.

También en Nicaragua los cooperantes se organizaron en grupos, y uno de ellos servía de coordinador. Varios grupos constituían una brigada, frente a la cual se situaba un jefe, que no ocupaba aula para poder atender y orientar a los docentes desde el punto de vista técnico-educacional. Cada asesor aten-

día varias brigadas. La jefa del Contingente coordinaba toda la labor.

Desde que llegué fue intenso el entrenamiento sobre las tareas de los asesores, sus responsabilidades, visitas a los maestros en sus escuelas, reuniones con los jefes de brigadas y la presentación ante funcionarios del Ministerio de Educación nicaragüense y otros colaboradores cubanos. La labor de todos estaba regulada por un reglamento acorde a las condiciones políticas y sociales del país.

En la casa donde residíamos radicaba la dirección del Contingente, un bello lugar a unos 15 kilómetros de Managua, en el cual se celebraban cada mes las reuniones con los jefes de brigadas. De allí salimos un día muy temprano hacia Bluefields,¹⁴ en el departamento de Zelaya sur en *jeep*. Fue mi primer recorrido...

El vehículo enrumbó para llegar al Rama, poblado a orillas del río de igual nombre; iba acompañado de Luis Joel Mesa Boera, jefe de brigada de Nueva Guinea, buen conocedor de la zona.

Después de varios kilómetros llegamos al muelle de donde salía el lanchón. Varias horas nos llevó el recorrido en aquella

¹⁴ Bluefields es un municipio de la Región Autónoma del Atlántico Sur (RAAS). El origen está ligado a la presencia en la costa del Caribe nicaragüense de piratas europeos de potencias enemigas de España. En 1730 Bluefields pasó a depender de la gobernación británica de Jamaica; para ello contaron con la alianza entre los ingleses y la etnia miskita; 100 años después el territorio formó parte de Nicaragua. En 1860 se creó la Reserva de la Mosquitia, por acuerdo entre norteamericanos e ingleses, en el cual Nicaragua no tuvo parte. Las naciones europeas crearon una economía de enclave, con una marcada diferenciación social en cuya cúpula se encontraban los blancos representantes de las empresas extranjeras. El gobierno de Nicaragua incorporó la Reserva de la Mosquitia al territorio nacional a finales del siglo XIX, extinguiendo la monarquía miskita. El idioma oficial es el español, pero un número alto de nativos tienen como lengua materna al inglés criollo.

embarcación, en medio de numerosos pobladores, muchos de los cuales eran comerciantes que trasladaban los productos más diversos.

Seguimos hasta entrar por río Escondido, especie de carretera fluvial por donde circulaban pequeñas barcas, lo que determinaba aminorar la velocidad para evitar que se volcaran por el oleaje que generaba el lanchón. Navegábamos hacia el sur y a medida que avanzábamos se podía divisar el paisaje de las zonas de selvas tropicales: árboles enormes y en profusión cubrían las tierras que se extendían a lo largo de ambas márgenes.

Mi acompañante me hablaba de las características de la población de la zona, conformada por diversos grupos étnicos con distintas condiciones de vida, color de la piel y que hablaban lenguas diferentes, aunque empleaban también el español.

Varias horas nos tomó este traslado y descendimos en un pequeño muelle en el que había atracadas varias embarcaciones, de donde descargaban las mercancías.

Había sido alertado acerca de las características del viaje, por lo que iba preparado con una mochila donde portaba hamaca, botas de goma, linterna. También algunos alimentos y ropa, todo protegido con un gran *nylon* pues la lluvia sería permanente. Nos dirigimos hasta la casa de nuestros colegas; era típica de esta región, con varias habitaciones, baño y cocina. En el centro del patio tenía un aljibe donde se almacenaba el agua de lluvia por medio de canaletas.

El inmueble había sido asignado a la brigada por el gobierno sandinista. Allí vivían los maestros enfermos cuando debían ver al médico; se celebraban las reuniones mensuales con los coordinadores, y servía de alojamiento del jefe de brigada. En todos los departamentos se pudo contar con una instalación como esta, que resultaba indispensable.

Se efectuó la reunión con los coordinadores, a quienes se ofrecieron las orientaciones correspondientes. Además, recibieron el estipendio mensual que les permitía adquirir artículos de primera necesidad, o para cualquier gasto imprevisto. También los artículos de aseo personal, cigarrillos y otros, que recibían periódicamente.

Ellos se refirieron al desempeño de los cooperantes, informe que se elaboraba cada mes, e incluía datos sobre la matrícula y asistencia de sus alumnos, las actividades culturales, deportivas, de la construcción o reparación de las escuelas y aulas; de las visitas y reuniones con los padres, entre otras.

Continuamos nuestro derrotero visitando al grupo ubicado en la más lejana de las comunidades, La Cruz de Río Grande.¹⁵ El inspector nicaragüense de la zona localizó una panga (una lancha con motor fuera de borda) que nos llevó a nuestro destino.

Fuimos bordeando la costa a buscar el río Kukra Hill. La belleza del paisaje me impresionó: aguas tranquilas que bajaban suavemente; filas de cocoteros en las orillas, y el vuelo y el canto de las aves completaron un bello paraje.

Avanzábamos muy bien gracias al dominio de quien manejaba la lancha; el coordinador del grupo que me acompañaba me informaba acerca del recorrido que él había realizado ya varias veces.

¹⁵ La región se ubica en la Planicie Costanera del Atlántico, con poca pendiente. La población supera los 23 200 habitantes. Actualmente es una zona eminentemente agrícola y ganadera de pequeña y mediana producción. No hay referentes claros sobre los pobladores originarios que habría sido un territorio miskito. Hoy quedan allí muy pocos pobladores de esa etnia. La historia conocida se inicia en la segunda mitad del siglo XX, cuando se asentaron en la zona empresas norteamericanas que crearon enclaves de producción de banano, hule, cañi-lla y madera y se retiraron luego de una explotación intensiva.

Las condiciones variaron a partir de dejar el río y penetrar en la Laguna de Perlas, aquí sucedió lo que se esperaba: eran las horas del mediodía, la lluvia y el oleaje comenzaron a hacer difícil y no muy agradable el viaje.

La Laguna estaba muy cerca del mar y se nutría también de las penetraciones costeras en momentos en que el viento soplabá, por lo que en ella habitaban tiburones, lo que inquietaba a los viajeros.

Luego de varias horas entramos al río Grande de Matagalpa, nombre muy bien puesto, por su enorme caudal y fuertes corrientes que debíamos remontar. Si antes hablamos de una «carretera» fluvial ahora se puede hablar de una «autopista». Entramos al río por un lugar muy próximo a la desembocadura y les puedo asegurar que cuando estábamos cerca de una orilla, la otra apenas se divisaba. Nunca había visto corriente tan caudalosa.¹⁶

Después de más de 10 horas de navegar por río, mar, laguna, río, llegamos a nuestro destino, cuyas características específicas —semiurbanas—, lo hacía muy diferente a las comunidades que habíamos visto hasta el momento. Aquí las viviendas eran amplias, muchas de ellas de cemento; tenían un pequeño centro sanitario, un cuartelito con algunos militares. La escuela del coordinador era de mampostería, muy bien construida.

Elaboramos un plan para precisar el recorrido que haríamos y pregunté al coordinador a quiénes no había visitado y por qué. Mencionó a varios y las razones fundamentales eran el difícil acceso a esos lugares, por las enormes distancias y el tiempo que demandaba, considerando que él también debía

¹⁶ Entre los ríos más grandes de este país se encuentran: río Coco (680 km.), río Grande de Matagalpa (465 km.) y río San Juan (200 km.)

dar clases y solo disponía de sábado y domingo para las visitas. Decidimos comenzar por los que se encontraban más lejos.

Del muelle de La Cruz partimos río arriba en la lancha, en horas tempranas. A medida que avanzábamos la corriente se estrechaba, perdía profundidad, aparecían gigantescas piedras y rápidos que a veces impedían el avance. Pensaba que hasta allí llegábamos y que tendríamos que alcanzar la orilla para continuar a pie, pero no fue así.

Salimos cargando la pequeña lancha y ascendimos por la orilla hasta encontrar otro tramo que tuviera las condiciones que nos permitieran continuar el viaje por la vía fluvial. Luego de varias horas llegamos a la comarca donde ya muchos vecinos nos estaban esperando, porque el ruido del motor les avisaba y todos se reunieron en la orilla a esperar la llegada de la lancha. Nos llevaron hasta la escuelita donde los alumnos y el maestro nos recibieron con gran sorpresa. ¡Qué alegría la de aquel compañero!

Referí los más recientes sucesos de Cuba e inmediatamente entramos en materia: su labor, situación en la zona, la alimentación y la salud.

Luego dio salida a los alumnos y nos dirigimos a la casa donde se alojaba. Allí también se encontraban otros vecinos y todos elogiaron las buenas relaciones con el maestro y de este con sus alumnos. Ya dominaba algunas palabras y frases propias de la zona, pues eran familias de origen miskito, aunque casi todos hablaban también el español.

Al regreso nos detuvimos en las sucesivas comunidades, todas a orillas del río y encontramos a los maestros en su lugar. Algunas de las aulas estaban en construcción, y comprobamos las difíciles condiciones en que desarrollaban su labor docente, por la falta de recursos, pero destacaba en ellos la seguridad para llevar adelante su deber.

Algunos maestros ya habían cumplido el horario de clases y se hallaban en otras labores, muchos ayudando a la familia que los albergaba.

Las primeras maestras que encontramos expresaron sentimientos de alegría en los que se mezclaban risa y llanto cuando conocieron que veníamos de la dirección del Contingente. ¡Estaban tan contentas de que hasta aquellos lejanos parajes llegáramos para conocer las condiciones en que cumplían su labor! A la vez tenían noticias recientes de Cuba al entregarles las cartas que habían recibido, que de inmediato comenzaron a leer, mientras yo hablaba con los vecinos y observaba las condiciones del lugar.

Las viviendas y las escuelas, tenían características similares: pequeños locales levantados sobre apoyos a la orilla del río, con techos de ramas de plantas parecidas a la palma, pisos y paredes de madera trabajadas a mano con cualquier herramienta, probablemente el machete.

En diálogo con las maestras me preocupé por conocer la situación sobre la alimentación, las condiciones higiénicas y la atención que recibían de las familias, así como por su seguridad.

Las circunstancias no eran nada fáciles. La alimentación era limitada, pues compartían lo que la familia que las acogía podía ofrecerles y a veces contribuían otros vecinos. La mayor parte de los pobladores subsistían de lo que cultivaban en pequeñas parcelas, con medios muy primitivos: arroz, maíz y frijoles, o plátanos, que eran los productos básicos, alguna vez acompañados de lo que pescaban y cazaban.

El agua que empleaban era de arroyos o de ríos, lo que provocaba brotes de paludismo, cólera, enfermedades estomacales, pues en esas aguas, además, se bañaban y lavaban la ropa.

Dormían en pequeños lechos de madera confeccionados con palos, tablas, bejucos, con colchonetas hechas de pajas recogidas en el monte. Para iluminarse solo disponían de un mechón, por ratos, ya que el combustible era escaso.

La mayoría de los integrantes de ese grupo procedía de Cienfuegos y de las provincias orientales, y las precarias condiciones hacían más admirable su actitud. En todos los casos escribieron a sus familiares en Cuba: madres, padres, hijos, esposos o esposas, que eran su mayor preocupación en medio de la lejanía y la soledad, teniendo siempre el cuidado de no inquietar a la familia con sus palabras. ¡Eran heroicas!

En el pequeño poblado a orillas del río de igual nombre, por donde ya había pasado de camino hacia La Cruz de Río Grande, trabajaba un grupo de docentes, formado fundamentalmente por maestras jóvenes bien preparadas en el ejercicio del magisterio, casi todas de la provincia de Granma. Allí encontré condiciones materiales diferentes. Era zona rural, pero tierra adentro vivían en su mayoría trabajadores de un pequeño central azucarero, cuyas cañas se cultivaban en los alrededores. Ya en esos momentos allí se levantaba un nuevo central donado por Cuba al gobierno sandinista.

Se veían campos sembrados, animales domésticos: aves, puercos y algún ganado vacuno. Las viviendas mejor construidas, aunque generalmente pequeñas.

Los maestros estaban mejor atendidos y los residentes, como siempre, muy agradecidos por tener a quienes pudieran instruir a sus hijos y a ellos mismos.

Una de las mayores dificultades que encontraban los maestros era la privacidad, sobre todo a la hora de dormir. Y los vecinos, como es lógico acogían hombres o mujeres, de acuerdo con las condiciones existentes en su seno familiar.

Una de las maestras que visité me contaba que la familia solo disponía de un local que servía de sala, comedor, cocina y cuarto, así que para ella colocaron una camita separada del resto de la habitación por una cortina de *nylon*. Siempre iba a dormir bien tarde, a pesar de que se levantaba muy temprano.

El recorrido lo hicimos por atajos y caminos fangosos generalmente, pues la lluvia era abundante en toda la Costa Atlántica. En estas comunidades se atendieron la totalidad de los niños. A veces bastaban 10 pequeños para crear un aula y ubicar el maestro.

Para no olvidar

Marina C. Cedeño¹⁷

Lo recuerdo como si fuera hoy. Aquella mañana lluviosa de domingo de noviembre de 1979, recién llegados a La Libertad, las maestras y los maestros cubanos nos alistábamos para partir hacia las comarcas asignadas.

Todos los campesinos que nos albergarían habían dormido en el pueblo para salir bien temprano y asegurar así que no nos cogiera la noche en el camino y tener que pernoctar en cualquier lugar.

A cada uno le dieron el nombre de la persona que nos acogería en su hogar. La mía era Mercedes Gutiérrez. Nos reunimos bien temprano en la casa del Frente Sandinista, el mismo lugar donde la tarde noche anterior los pobladores nos dieron la bienvenida.

¹⁷ Marina C. Cedeño Agramonte: estudió magisterio por el plan de Formación de Maestros de Minas-Topes-Tará «Antón Makarenko». Trabajó en la escuela primaria José Luis Tasende, en el municipio Playa. En 1979 fue seleccionada para participar en la misión en Nicaragua.

Poco a poco fueron llegando los campesinos y le presentaban al maestro o maestra que le correspondía, de inmediato la conversación necesaria, y luego acomodaban en el lomo de las bestias los equipajes. Todos los que llegaban eran hombres.

Yo esperaba algo impaciente, pero me decía que tenía suerte, porque sería más fácil hablar e intercambiar criterios con una mujer que con un hombre.

Avanzaba el reloj y Mercedes no llegaba. Los campesinos presentes se mostraban preocupados.

—¿Qué le habrá pasado? —preguntó uno—. ¿Se habrá emborrachado?

—No acostumbra a eso —respondió otro—, sabe que debía estar aquí temprano.

Al escuchar la posibilidad de la borrachera de Mercedes me acerqué a la maestra Margarita Poey y le comenté que la situación me preocupaba. Ella me aconsejó que esperara y no me adelantara a los acontecimientos.

—¿Qué les parece?, ahí está Mercedes —dijo un joven con cierta alegría.

Yo miraba afanosamente a la callejuela para ver si la mujer venía borracha.

—¡No la veo! ¿Dónde está? —pregunté.

Solo veía a un hombre que venía a todo galope en un caballo y también traía un mulo preparado que galopaba a la par del caballo.

El buen hombre se detuvo frente al grupo, bajó lentamente y con un gesto risueño nos dijo:

—Aquí estoy, pero antes de venir tuve que llevar el machito de la maestra a ponerse el zapato que perdió anoche.

Nos presentaron, él indagó por mi equipaje para acomodarlo sobre el lomo del caballo.

Margarita me miró socarrona y riéndose a más no poder me dijo muy bajito: «Mercedes no es una mujer, es un robusto hombre», y se dirigió a montar su caballo.

Entonces yo también reí y solicité que me aguantaran el mulito para poder montar. Ya todo estaba completo y nosotros listos para iniciar la larga cabalgata para poder llegar a las respectivas comarcas.

Comenzó la marcha con Mercedes siempre al frente, como el guía de la pequeña caravana.

Todo un largo día sobre un caballo que avanzaba lentamente por el estrecho camino que parecía un río de lodo y ya al anochecer, ¡por fin!, llegué al lugar al que fui designada. Allí un grupo de unas 20 personas aguardaban para darme la bienvenida. Aplaudían, sonreían y algunos me miraban como a un ser extraño. Unos niños me tocaban y otros se enredaban en las faldas de las madres para ocultar sus caritas.

De esta manera describe Marina su llegada a la comarca El Parlamento, del municipio La Libertad,¹⁸ en el departamento de Chontales, muy lejos de la ciudad de Juigalpa, la capital departamental.

A esa intrincada zona de montaña, en el centro del país, la maestra cubana arribó cansada una tarde de noviembre de 1979, después de recorrer tantos lomeríos. Dos jóvenes sandinistas la acompañaban. El campesino Mercedes Gutiérrez la alojaría en su hogar para echar a andar una nueva escuela.

¹⁸ El municipio de La Libertad, se encuentra ubicado a 34 km. de la ciudad de Juigalpa y a 174 km. de la ciudad de Managua. Actualmente tiene una población de 12 512 habitantes, de ellos el 42% está ubicada en el área urbana y el 58% en la rural. Dentro de la economía municipal, la minería ocupa el segundo lugar. Tanto en empresas mineras, así como la pequeña minería son importantes fuentes de trabajo para los liberteños.

Uno de los jóvenes que me acompañaba explicó a los presentes —con el modo y la entonación propios de su tierra, a la que pronto me acostumbraría— el porqué de mi presencia en el lugar y la labor que yo realizaría. Aquí quiero detenerme, porque a pesar del agotamiento que sentía, debido al largo camino recorrido, me maravilló ver la atención que prestaban todos al discurso improvisado por aquel joven, cargado de amor patrio y de sandinismo. Y también de la ayuda solidaria de nuestro pueblo en esta hermosa tarea.

Todos guardaban silencio. Al finalizar el joven sus vibrantes palabras, se escuchó: «¡Viva Nicaragua!», «¡Viva el novio de la Patria roja y negra, Carlos Fonseca Amador!». En ese momento comprendí que era mi turno de decir unas palabras de saludo, y traté de enmascarar mi agotamiento. De manera muy concisa les dije de la disposición de los maestros cubanos de ayudar a un pueblo hermano, llevando el saber hasta el último rincón de Nicaragua para todos los que no supieran aprender a leer y a escribir, como querían Sandino y Carlos Fonseca. Ellos me escuchaban y sonreían y se miraban, como confirmando la certeza de que comenzaba una nueva etapa en sus vidas.

Una voz se alzó con un fuerte: «¡Viva Cuba!», y todos respondieron: «¡Viva!». Para mí eso resultó una inyección de energía renovadora. La comida esperaba en una larga mesa que fue rodeada rápidamente por niños y adultos. Me senté y comí de un plato que conocía sus ingredientes: yuca con boronillas de chicharrones. Enseguida conocí que allí le llaman bigorón. Alguien me sirvió una tortilla de maíz, plato indispensable en la mesa nica y que probaba por vez primera.

Terminada la comida, Mercedes se acerca y nos explica que su casa quedaba un poco más adelante y que debíamos continuar, pues ya estaba muy oscuro.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



MUJERES EN REVOLUCIÓN

Coordenadas para un feminismo cubano socialista

Karima Oliva Bello

En este libro se unen las voces de mujeres muy fuertes; solo algunas, porque felizmente hoy son muchas las que trabajan para forjar la igualdad; con la intención de entretrejer miradas diferentes, desde lugares y experiencias de lucha diversas en América Latina, para una aproximación compleja a la cuestión feminista.

240 páginas, 2022, ISBN 978-1-922501-58-5

A pesar de mi cansancio y con mucho trabajo, volví a montar el caballo y nos pusimos en marcha. Anduvimos cerca de una hora al trote normal de los animales, que parecían conocer el camino de memoria.

Nos detuvimos con una luz tenue y una señora rodeada de niños nos saludó. Habíamos llegado. Me ayudaron a bajar del caballo y entonces Mercedes me presentó a su esposa, Celia Cruz Cruz, y a sus hijos. Terminados los saludos acomodé en un rinconcito la mochila que era todo mi equipaje y me senté sobre ella a descansar. Al rato me indicaron donde dormiría esa noche, me senté en la cama improvisada, me acomodé, cerré los ojos y dormí muchas horas.

A la mañana siguiente, los seis hijos del matrimonio, así como los jóvenes que fueron sus acompañantes, aguardaban para desayunar. Los niños la observaban y se reían cuando ella hablaba. Una de las niñas, Geraldina – de más o menos 8 años –, la llevó hasta una quebrada cercana para que pudiera tomar un baño. Ya en el patio esperaban los caballos para iniciar el recorrido por la comarca. Con ella irían los dos jóvenes y Celestino, el hijo mayor de Mercedes, como guía.

En ese momento me di cuenta que todas las casas estaban muy distantes unas de otras y los caminos eran angostos entre el lomerío. Un río con un caudal considerable, denominado El Siquia, recorre la comarca con sus aguas estrepitosas. La ausencia de puentes obligó a vadearlo muchas veces.

Visitamos las 12 casas de la comarca, pero por la distancia que las separaba, los lodazales del camino y mi poca habilidad de montar a caballo, vine a completar la faena luego de tres días.

Mientras, la maestra anotaba los rasgos de la población y las condiciones de las viviendas: casi todas bohíos con paredes de bambú, techos

de paja y pisos de tierra. Solo dos de las casas tenían techos de zinc, y paredes y piso de madera aserrada. No había baños ni letrinas sanitarias. La ausencia de pozos era común, pues se servían el agua de manantiales cercanos, tanto para el consumo de las familias como de los animales.

Por supuesto, tampoco había escuela. Solo en una casa, la de don Erasmo Cruz, había vivido tiempo atrás una maestra a quien el dueño contrató para que les diera clases a sus cinco hijos.

La pesquisa arrojó que en la comarca vivían 53 personas; de ellos 24 adultos y 29 menores —13 de 0 a 5 años y 16 de 6 a 14—. La población analfabeta era mayoritaria, solo cinco personas sabían leer y escribir.

Con la participación de los vecinos se logró levantar la escuelita, con una sencilla estructura: paredes de bambú y techo de paja. Fue ubicada en lo alto de una mesetica que se encontraba casi en el centro de la comunidad. Los asientos y las mesas eran rústicos, pero yo los encontraba divinos.

Para inaugurar la escuelita improvisaron un sencillo acto con los vecinos del lugar. En un lenguaje muy propio, muchos expresaron su alegría por tener una maestra para que todos aprendieran a leer y escribir. Don Erasmo, un campesino respetado en la comarca, expresó sobre Sandino que era el guía de la Revolución y quería que todos sus hijos aprendieran a leer y escribir.

Ellos aplaudieron con fuerza sus palabras, entonces pasé a explicar qué hacía la Revolución Cubana en apoyo a la Revolución Sandinista y que para ello miles de maestros se sumaron al Contingente que tenía el nombre de Sandino, para llevar la

instrucción hasta las más apartadas regiones del país, por más recóndito que fuere.

La maestra pidió poner un nombre a la escuela de El Parlamento y sugirieron el de Arlen Siu, una jovencita que había entregado su vida luchando con el Frente Sandinista.

Yo tenía la bandera de Nicaragua y se las mostré. Me la habían dado en La Libertad al llegar, antes de subir a la comarca. Les expliqué que la bandera ondearía al frente de la escuela, y que la primera actividad de cada día sería izarla y cantar el Himno Nacional de Nicaragua.

Uno de los hijos de don Erasmo se ofreció a llevar la soga para izar la bandera y también traería una enseña del FSLN, para que ondeara junto a la bandera nacional. Además, al día siguiente trajo la pizarra utilizada por la maestra que había trabajado en su casa. Así comenzó la escuela Arlen Siu, de la comarca El Parlamento. Era un hermoso espectáculo ver a los niños por los caminos del lomerío cuando se dirigían a la escuela cada mañana.

Fue una verdadera explosión la alegría y entusiasmo de los alumnos cuando recibieron lápices, libretas y la cartilla por primera vez.

Mostraron mucha preocupación por mi seguridad en el lugar. Se organizó entre los vecinos quién debería acompañarme cada vez que debía ir a la ciudad, incluyendo las bestias que se emplearían para la transportación. Pasado un tiempo, buscando un lugar más seguro, me ubicaron en la casa de doña Victoria Sosa, más cerca de la escuelita, por lo que tenía que caminar menos y podía ir sola.

La casa era más confortable: paredes y piso de madera aserrada, techo de zinc, solo un cuarto donde dormíamos doña Victoria, dos nietecitos y yo. En la sala, el hijo y otro nieto de la dueña de la casa.

A los niños les impartía clases por la mañana; por la tarde ayudaba en los quehaceres de la casa y por la noche daba clases a los adultos. En los primeros meses nos alumbrábamos con velas, pero más tarde recibimos el farol de la Cruzada de la Alfabetización.

En esta zona la actividad económica fundamental era la cría de ganado vacuno y de forma dispersa se observaban sembradíos de milpas y de frijoles en las laderas de los cerros.

En las casas la alimentación era repetitiva (frijoles, tortilla y cuajada). La leche era destinada a la elaboración de quesos que eran vendidos en el pueblo cuando bajaban, una o dos veces al mes. Con el dinero que obtenían compraban lo más elemental.

Esperaba con impaciencia los días que debía bajar de la montaña para ir al pueblo a recibir las orientaciones. Allí nos reuníamos los cubanos que trabajábamos en las comarcas del municipio La Libertad y era el momento de poder conversar de nuestras familias e intercambiar entre nosotros los problemas de trabajo y la vida en la comunidad: Margarita Poey, Lourdes Peñones, Marina Badía, Manuel Chirino, entre otros; sumábamos 32, de los cuales nueve éramos mujeres.

Esos encuentros ayudaban a mitigar la añoranza de estar con nuestras familias, que habíamos dejado atrás cuando partimos y que, a veces, nos hacía difícil el desempeño de nuestra ya ardua tarea.

El entorno se mostraba tranquilo y todos estaban confiados en las promesas del Frente Sandinista. Me animaba escuchar parte de la historia de Nicaragua contada por ellos mismos.

Grandes dificultades tuve que afrontar, pero siempre conté con la ayuda del FSLN para colaborar en la inmensa tarea educativa emprendida por el hermano pueblo nica. Las mayores dificultades fueron lo intrincado de la zona y la transportación a caballo, sobre todo en la época de lluvia, en la que los animales se atascaban en el lodo pegajoso. A lo que puedo sumar las picaduras de las garrapatas, que se adherían tanto a la piel de las bestias como a la de las personas.

Pese a los obstáculos, las experiencias de esta hermosísima misión para mí son imperecederas. En ese tiempo crecí como persona, al sobreponerme a las vicisitudes y cumplir con verdadera dedicación mi labor. Igualmente pasé por alto las dificultades propias del medio, trabajando junto a los nicaragüenses en los deberes que fueran necesarios.

Pienso que el cuidado con que cumplimos este quehacer —al igual que el resto de mis compañeros y compañeras, que formamos parte del primer grupo del Contingente Augusto César Sandino— propició elevar el número de escuelas y educadores en una población minada por el analfabetismo, que en igual medida comenzó a ampliar sus horizontes.

Llevar la educación y la cultura a ese pueblo sumido en la ignorancia, que a partir de ese momento tendría posibilidades de ver las cosas de un nuevo modo, fue lo mejor que podía sucederme. Desde ese entonces fui mejor como maestra, amé más mi profesión, fui más responsable y afiancé más mis convicciones.

Vivo orgullosa de haber representado a mi país en la patria de Sandino. Haber representado a la Revolución y al Partido en una tarea noble y magnífica, cumplida por un pueblo con tales atributos, y que supo hacerlo con gallardía, firmeza, alegría y ternura.

Insoportablemente injusto

Guido Castaño

La población, al igual que en otros lugares, se veía afectada por padecimientos y enfermedades provocadas por el hambre y la falta de higiene, que dejaban huella, sobre todo, en los niños.

En el camino entre las comunidades escuché una conversación entre dos vecinas, una de las cuales manifestaba no entender la actitud de otra que, ante la muerte de un hijo, lloraba sin consuelo. Ella afirmaba que no hacía eso «porque si Dios lo llamó, no debo llorar». Y es que para muchos, la muerte no era una desgracia y encontraban resignación con sus creencias. Donde no había ni médicos ni medicinas, ¿qué otra cosa hacer? Era el atraso de cientos de años, situación que desde los primeros momentos la Revolución Sandinista comenzó a tratar de resolver.

Para poder cumplir el programa de visitas debía permanecer allí varios días, comer lo que aparecía y dormir en la hamaca que portaba y donde pudiera, dentro o fuera de la vivienda. Siempre, antes de dormir, pensaba en mi familia: mi madre, mi esposa e hijos, mis hermanos, y hasta mis compañeros y vecinos. Encontraba en ello la fuerza necesaria, porque de otro modo me cogía el «gorrión», que no era más que la tristeza por la lejanía de Cuba y la familia.

Comentaba mis impresiones con los maestros y maestras, con los jefes de brigadas, que mayoritariamente eran jóvenes y no habían vivido los tiempos anteriores al triunfo revolucionario, siempre fijando la enorme responsabilidad que teníamos y lo que se esperaba de nosotros. El aliento y la comprensión ante cualquier deficiencia de aquellos compañeros, sobre todo de las compañeras, eran imprescindibles.

En una ocasión realicé una visita a una maestra que vivía en una de las comunidades más lejanas de Kukra Hill, adonde llegué acompañado del nuevo jefe de brigada. La maestra se alojaba en una vivienda bastante buena comparada con las restantes de la zona. En horas de la tarde nos presentó a sus «padres», quienes resultaron personas muy atentas. Se mostraron además muy hospitalarios y me invitaron a comer un fricasé de gallina. Servida la mesa, nos esperaba la carne de gallina, el «gallo pinto» (arroz con frijoles colorados), plátanos hervidos, y mi estómago lleno de alegría comenzó a recibir estos alimentos. Sin embargo, cuando probé la gallina fue difícil tragarla, pues estaba cocinada con aceite de coco, que en nuestro país no se usa para cocinar.

En la Costa Atlántica el coco es un producto muy apreciado pues de él extraían aceite, con la cáscara hacían fuego y podía utilizarse como explosivo. Además de consumir la masa y el agua.

En otra oportunidad tuve que hacer un viaje a Kukra Hill acompañado por dos médicos de la brigada de Bluefields que periódicamente visitaban el poblado para consultar a vecinos del lugar. Mientras ellos atendían a los pacientes yo me dirigí a la comunidad del maestro que era secretario del núcleo del Partido a recoger un acta de la reunión más reciente, en la que se había elegido el delegado al Congreso del Partido Comunista de Cuba. Esos núcleos eran atendidos por un comité del Partido y la atención a los militantes de la Juventud recaía en un comité de la UJC.

Debo precisar que cuando nos referimos a comunidades no quiere decir que todas las viviendas estuvieran una cerca de la otra. A veces veíamos cinco o seis casitas y el resto se encontraban muy dispersas.

Por los senderos y caminos por donde accedíamos a las casas, o en los patios, a veces veíamos una cruz de madera que señalaba un enterramiento, porque donde alguien moría, ahí lo enterraban. Nunca vi un cementerio.

Un día la directora departamental me informa que la maestra cubana de la comarca de Caño chiquito, ubicada en la zona de Punta Gorda,¹⁹ se encontraba enferma y necesitaba atención médica.

En esa zona teníamos un grupo que yo no conocía y no sabía cómo llegar. Ella indicó que podría arribar en una embarcación que solo disponía el delegado de la Agricultura. Era un hombre joven y luego de explicarle la situación, de manera muy operativa mandó a preparar el transporte para salir a la mañana siguiente. No dejó de sorprenderme su rápida respuesta. Durante el diálogo explicó que estuvo en Cuba, pasando un curso de entrenamiento para su trabajo y recibió todo tipo de atenciones y su deber era colaborar al máximo con los cubanos. Entonces le informé las dificultades alimenticias que confrontaban algunos cooperantes, e inmediatamente dio instrucciones para que les suministraran una cuota periódica de arroz, azúcar, aceite, frijoles y cualquier otra ayuda.

Al día siguiente la lancha estaba en el muelle desde temprano. Era una mediana embarcación con todas las condiciones para ese viaje y su tripulación eran tres hombres.

Salimos rodeando la costa con rumbo sur. Ellos iban nombrando las comunidades que se observaban a lo largo de la ribera, con las casitas típicas de estas zonas bañadas por el mar, que en esas primeras horas del día se mostraba tranquilo. A

¹⁹ Es una zona y río de Nicaragua en el departamento de Zelaya a través de la cual se propuso construir el Canal de Nicaragua, vía fluvial que conectaría el mar Caribe con el océano Pacífico.

medida que avanzábamos comenzó el oleaje a batir con fuerza y se fue acrecentando, de tal manera que me ofrecieron medicamentos para el mareo y los posibles vómitos.

En el viaje explicaron las dificultades para llegar a nuestro destino y continuamos navegando, pero alejándonos de la costa para el momento en que tuviéramos que entrar por la desembocadura del río Punta Gorda, donde habría que maniobrar con mucho cuidado, pues allí la corriente y el mar formaban una turbulencia difícil. La maniobra se llevó a cabo: la embarcación se alejó de la costa a poco más de un kilómetro y luego se acercó buscando la desembocadura para remontar el curso de la corriente, hasta llegar a un pequeño poblado a orillas del río.

Apenas desembarcamos contraté a un vecino que tenía una canoa y que me llevó hasta el lugar donde se encontraba la maestra enferma y regresé a Bluefields.

A Punta Gorda hice una segunda visita, esta vez para recorrer la zona. La mayoría allí eran maestras que trabajaban en comunidades situadas también a orillas del río. En esta segunda visita llegué en una embarcación que hacía el viaje regularmente desde Bluefields, con vecinos de la zona cargados de mercadería, quienes compraban productos para comerciar.

Esa noche tuve que dormir en la barca, pues una vez que habíamos entrado al río, ya oscureciendo, el capitán no quiso continuar el viaje por lo peligroso que podía resultar durante la noche.

Al día siguiente, busqué al dueño de la canoa que había utilizado en el viaje anterior y el vecino me acompañó en este recorrido. Íbamos río arriba y tuve que ayudar a remar, porque el guía solo no podía con el peso de la canoa, sumados además los objetos que llevábamos.

Como en el resto de la Costa Atlántica, por el río se veía el constante ir y venir de las canoas, a veces con niños, mujeres o solo ancianos, y observándolos me resultaba muy interesante la habilidad con que maniobraban en aquellas peligrosas aguas. Este era el único medio con el cual ellos podían resolver sus más apremiantes problemas, incluso para que los infantes asistieran a la escuela.

Cuando ya habíamos avanzado varios kilómetros, la corriente perdía profundidad y cambiamos los remos por varas de madera que se afirmaban en el lecho del río y empujando hacia adelante hacíamos avanzar la canoa. Esto no me resultó fácil, pero con las instrucciones del guía logré sincronizar los movimientos en la maniobra de ascenso.

También en Punta Gorda trabajaban varias compañeras en condiciones de soledad y aislamiento, pues en ningún caso había dos en la misma comunidad. Las carencias eran una constante. Y mientras, trataban de ayudar a paliar las dificultades de los residentes, ante quienes habían adquirido una gran responsabilidad.

Un tiempo después tuve que regresar a la zona y en esa ocasión fui acompañado por el jefe de brigada, Francisco Quesada. Se había recibido información de un problema suscitado en una colectividad cercana donde una maestra tenía relaciones con un vecino, quien además era casado. Aquello tomó una dimensión que afectaba el prestigio de todas las maestras de la zona, así que la dirección del Contingente decidió analizar el caso y tomar la decisión que correspondía.

Tratamos de localizar al guía que anteriormente nos trasladó, pero no estaba. Y por el apremio de llegar al lugar, tomé la decisión de alquilar una canoa y entre los dos llevarla.

Alquilamos la canoa para ir hasta el lugar de destino. Una y otra vez lo intentamos, pero no pudimos avanzar. La corriente nos empujaba siempre hacia la orilla. Eso me demostró mi incapacidad y falta de responsabilidad al tomar aquella decisión de forma un tanto impensada. Al final tuvimos que esperar al guía, quien además nos alertó de lo peligroso de aquel intento pues las fuertes corrientes pudieron arrastrarnos y provocar una verdadera tragedia. Al día siguiente partimos.

Ya en la comunidad entrevistamos a la maestra para conocer lo ocurrido. Expresó que todo era tal y como nos habían informado, que el hombre la visitaba y se enamoraron. Le hicimos ver las dificultades que había creado en la zona y le pedimos que recogiera sus cosas. No fue este el único caso de relaciones de este tipo. Algunos se mantuvieron ocultos, pero otros fueron motivo de dificultades.

La mayoría de los integrantes del Contingente eran personas adultas, de experiencia, con parejas en Cuba, pero era casi inevitable que ocurrieran hechos como estos.

En fin, creo que la soledad y la nostalgia en mucho contribuyeron a hacer surgir estos inconvenientes, que tuvieron mayor o menor repercusión, lo que dependía de las características de los individuos que eran protagonistas en ellos.

Era muy difícil la situación cuando se trataba de un embarazo de una pareja no oficial. Eso traía aparejado pérdida de prestigio, sobre todo para la mujer, por los prejuicios y el machismo predominantes en la época. Además, era imprescindible una atención médica y los galenos cubanos trabajaban en hospitales con dirección nicaragüense, y no estaban autorizados a realizar interrupciones de embarazos, ya que el pueblo nicaragüense tiene profundas convicciones religiosas.

Tuvimos un caso complicado en este sentido. Una maestra quedó embarazada, y para que no se dieran cuenta usó faja y mantuvo en secreto su situación hasta el último momento. Parió su hijo y tuvo toda la atención médica de la dirección del Contingente y de la embajada, que le permitió todo lo necesario para que el niño tuviera un nacimiento normal.

En la reunión mensual presidida por la jefa del Contingente, se ofrecía una información amplia sobre diversos temas de sumo interés. Se analizaban situaciones —a veces complicadas— y en oportunidades participaban compañeros de otros sectores. Posteriormente, cada asesor se reunía con sus jefes de brigada para ser informados y tratar aspectos específicos de cada territorio.

La colaboración educacional se fue ampliando y llegaron profesores de otras muchas especialidades y asesores para la Cruzada de Alfabetización. Algunos de estos asesores fueron a residir a Monte Fresco, hasta completar la capacidad de alojamiento, unas 15 cabañas. No los dirigía el Contingente, pero se les brindaba atención.

El desempeño como asesores no consistía únicamente en visitar a los maestros, incluía también tareas ocasionales y otras de carácter permanente.

Por ejemplo, la compañera Josefina Domínguez tenía también a su cargo la atención a la cocina-comedor. Eso incluía confeccionar el menú del día, considerando tanto el número de comensales como el avituallamiento de que se disponía. Además, enseñó a las compañeras que laboraban en la cocina a confeccionar los alimentos como lo hacíamos en Cuba.

El compañero Amalio Santos hacía las veces de administrador, y se ocupaba de los abastecimientos, así como de los choferes y demás personal.

Jorge Batista, el segundo jefe, tenía a su cargo la coordinación con los compañeros del Ministerio de Educación nicaragüense. Cuando yo me incorporé atendí otras tareas fuera del plan, y se añadieron algunas más por indicación de la jefa del Contingente.

Con la ampliación de los colaboradores fue necesario elevar el monto de los recursos materiales para atender el trabajo de los 20 o 30 que allí laborábamos, número que se duplicaba cuando nos reuníamos con los jefes de brigada. En este grupo se incluían algunos maestros sustitutos, quienes tenían como labor primera ocupar las aulas de aquellos que presentaban dificultades personales o de salud, y a los cuales era necesario suplir durante un tiempo.

Para poder cumplir con las muchas y a veces complejas tareas de la Dirección, se organizó una guardia operativa, que cumplían los asesores, quienes durante una semana o 15 días se mantenían en Monte Fresco con este fin.

En esas guardias teníamos una relación muy estrecha con el grupo del Ministerio de Educación, que trabajaba unido a los colaboradores. Se prestaba atención a las llegadas y salidas hacia Cuba de maestros y funcionarios, la compra de los alimentos, el funcionamiento de los trabajadores de servicios, la relación con los colaboradores de distintos sectores, entre otras.

Una experiencia única fue la compra de los alimentos. Me dieron el listado y la moneda nicaragüense y con uno de los choferes nos dirigimos a Managua, al llamado Mercado Oriental, tan extenso que no se veía el final. Eran varias manzanas o bloques con establecimientos dentro de viviendas y en las calles, y los vendedores voceaban lo que ofrecían. El mercado funcionaba bajo las leyes de oferta y demanda, se practicaba el regateo de precios, una habilidad que yo no poseía y allí era lo

usual. El control de los gastos y de los productos adquiridos era muy riguroso.

En una oportunidad, estando de guardia, la compañera Mercedes me comunicó que era preciso ir a buscar un lote de carros que había llegado al Puerto de Corinto, en la zona norte de la costa del Pacífico, en el departamento de Chinandega. Los compañeros de Cubatécnica solicitaban choferes para recoger los carros, entre los cuales estuve durante varias semanas, puesto que no había otros en ese momento.

Regresamos en caravana. Fuimos para nuestra sede llevando dos Lada, un *jeep*, un microbús, una camioneta y un camión ZIL comercial. Yo manejaba uno de los Lada.

La licencia de conducción que poseía era solo para autos y cuando comencé a manejar el ZIL tuve que aprender, pues era algo completamente diferente, por las dimensiones de aquel equipo. Resultó difícil la tarea, si a ello sumamos que debía ayudar a cargar el camión y estibar los productos. Era una verdadera odisea llegar hasta el almacén que Cubatécnica tenía en el centro de Managua, pues debía hacerse en marcha atrás.

Se gestionó con las autoridades la obtención de la licencia de conducción, y también las licencias para portar armas, que nunca usé.

Aún no tenía suficiente práctica para manejar el camión cuando me indicaron distribuir los artículos que llegaban de Cuba periódicamente hasta las cabeceras departamentales.

Este recorrido me permitió conocer una buena parte del país: desde la brigada que estaba en Rivas, departamento que limitaba con Costa Rica por la carretera sur hasta los límites con Honduras, por la carretera norte. No me cansaba tener que manejar y fue un modo muy práctico de conocer un país hermoso y en el que cada vez descubría nuevos paisajes.

Siempre viajaba acompañado por uno de los choferes nicaragüenses que no podía manejar camiones. Durante unos 15 días estuve en esa tarea, y casi tuve un accidente que pudo ser fatal, en la Carretera Panamericana, cuando al cruzarme con otro vehículo por poco me salgo del borde de la vía. La maniobra impidió que me volcara o chocara, y pude reincorporarme a la senda, sin graves consecuencias.

Cuando llegaron tres compañeros que se hicieron cargo de los vehículos fui liberado de aquellos menesteres, reincorporándome a mis deberes fundamentales. Las guardias operativas continuaron y muchas fueron las gestiones no previstas que me ocuparon durante ellas.

Un golpe muy duro

José Ángel González²⁰

Aun bajo las circunstancias en que desarrollamos esta misión —condiciones de vida, peligros a los cuales nos exponíamos, problemas de alimentación, entre otras—, de los cientos que componíamos el Contingente del llamado de los años 1981 al 1983, solamente dos abandonaron la misión. La mayoría mantuvo una conducta ejemplar, que mucho nos reconfortaba y nos permitía salir adelante, aun en las más complicadas situaciones.

Me forjé como maestro emergente en un llamado de la Revolución realizado en 1971, mientras atendía un aula de tercer grado y estudiaba para alcanzar el título, lo que logré en 1975.

²⁰ José Ángel González Espinosa: Se formó como maestro emergente en un llamado realizado en 1971. Trabajó en la escuela primaria Enrique Hart Dávalos, en Mariano, antes de ir a cumplir la misión internacionalista en Nicaragua.

A Managua llegué en 1981 y me enviaron al Departamento Zelaya Norte, concretamente al municipio Siuna.²¹ Sin haber mediado mucho tiempo de preparación fui reubicado en la comunidad de Siluy Coperna, lugar muy montañoso y lejano, bastante cerca de la frontera con Honduras.

El campesino dueño de la casa donde me alojaron me presentó a los restantes vecinos y a los niños a quienes iba a impartir clases de primero a quinto grado, pues ya tenían grupos con cierto nivel de conocimientos, a partir de que en los dos años anteriores maestros cubanos habían trabajado en ese lugar.

Apenas transcurridas dos semanas, se comenzó la construcción de una nueva escuelita, porque la existente se encontraba en muy mal estado. Este lugar era de difíciles condiciones, con una población en extrema pobreza, lo que para mí fue una sacudida ya que nunca había estado en un lugar con tales características. En realidad, pude adaptarme, pues de antemano conocía cuál era la situación que me encontraría en aquellas montañas y a los peligros a los que debía hacer frente.

A pesar de mi disposición, no fue mucho lo que demoraron en cambiarme otra vez. A los 20 días me comunicaron que tenía que abandonar la zona sin hacer comentarios pues había indicios de bandas contrarrevolucionarias por aquellos parajes. Todos los maestros de este municipio fueron trasladados con urgencia, mientras esperábamos que se normalizara la situación.

²¹ El municipio de Siuna nace con el descubrimiento de los depósitos minerales en 1896. El auge industrial del oro y la plata comenzó en gran escala a partir de las décadas del treinta y cuarenta, con el establecimiento de empresas canadienses y estadounidenses. Siuna posee extensos bosques de madera preciosa. En las montañas de Pispís, de la Cordillera Isabelia, se localiza el distrito minero (municipio) de Siuna, que hoy pertenece a la Región Autónoma del Norte. La cabecera municipal está ubicada a 318 km de la ciudad de Managua.

Más o menos dos meses después las autoridades del lugar comunicaron a la dirección de la misión que ya podíamos incorporar a nuestras aulas, pero esta vez me correspondió una comunidad más cerca del pueblo, distante solo dos horas de camino, aunque siempre en una zona montañosa.

Fui recibido con entusiasmo por el campesino que me dio albergue en su casa y estaba realmente contento con mi llegada. Él era el presidente del Comité de Defensa Sandinista. Más tarde, con la ayuda de los vecinos, se pudo levantar la escuelita, y aunque rústica, se podía trabajar en ella.

En la primera semana me di a la tarea de recorrer la comarca para conocer el número de niños y organizar los horarios de clases. En total pude incorporar 29 niños que recibirían las lecciones de primero a cuarto grado. Los padres, a pesar de sus carencias y pobrezas, asumieron con entusiasmo el hecho de que sus hijos tendrían un maestro y asistieran a clases.

Para mí fue un verdadero regocijo contar con pobladores tan entusiastas, que ofrecieron toda su cooperación. Inclusive el local de la escuela estaba distante más de media hora del lugar donde residía y una campesina se brindó para llevarme el almuerzo todos los días, porque debía laborar en las dos sesiones.

Cierto día se me acercó un vecino para decirme que en Nicaragua se comentaba que en Cuba a los ancianos, cuando ya estaban en una edad muy avanzada, los mataban y los usaban para fabricar jabones. Tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerme y no contestarle de muy malos modos, porque me alteré mucho con aquella pregunta tan indignante y que dejaba traslucir tal miseria humana. Cuando pude responderle le dije que era una mentira oprobiosa y que solo se explicaba por el deseo de hacerle daño a mi país, por el feroz anticomunismo que esgrimían las fuerzas que se movían contra el sandinismo.

Seguí explicándole sobre la atención que se ofrecía en Cuba a los niños y a los ancianos, así como la generosidad de la Revolución Cubana. Realmente no sé si asimiló la explicación, pero se calló y no volvió a hablar, ni de ese ni de ningún asunto.

También en otro momento tuve que oír a algún campesino diciendo que los cubanos venían a Nicaragua a lavarles el cerebro a los niños. Siempre pensé que todo ello era producto de la ignorancia y de la propaganda que las fuerzas más reaccionarias desplegaban por emisoras de radio, fundamentalmente instaladas en Costa Rica y por el periódico *La Prensa*, de Nicaragua.

A mí y a mis compañeros nos sacaron de los lugares donde trabajaba la brigada a la que pertenecíamos. El trabajo con los niños en aquellas condiciones era algo peliagudo, pero no imposible, y era esa la razón de ser de nuestra presencia allí. Llevaba seis meses en esa faena incesante y me sentía contento donde me encontraba, por los resultados que estaba alcanzando. Era evidente que a los alumnos no solo les gustaba ir a la escuela sino que aprendían algo nuevo cada día.

En una ocasión se me acercó un compañero nicaragüense que me informó debía recoger mis cosas y que fuera para el pueblo, para la casa de los maestros, en la que nos ubicaban cuando había cualquier emergencia. Las condiciones de la zona no resultaban seguras: había bandas contrarrevolucionarias y nos concentraron en el lugar que nos indicaron.

Estuvimos algún tiempo inactivos, pero no podíamos hacer otra cosa pues las bandas de alzados asolaban la comarca.

Una noche dos de nuestros compañeros: Pedro Pablo Rivera Cué y Bárbaro Rodríguez Hernández, ambos matanceros, durante la comida comentaban que en sus comunidades se les

habían quedado algunas pertenencias y un trabajo pendiente y debían regresar a su zona. Nunca olvidaré sus rostros.

Los que estábamos alrededor de ellos tratamos de persuadirlos para que no hicieran ese viaje, pero resultó inútil, no nos escucharon y a la mañana siguiente se fueron sin decir nada. Pasamos ese día y el siguiente muy preocupados porque no sabíamos de ellos. El jefe de la brigada, Alfonso Álvarez Moya, también matancero, estaba muy molesto porque los compañeros no le informaron lo que habían decidido hacer y ningún maestro estaba autorizado para abandonar el área y menos en aquellas circunstancias.

Al tercer día supimos, por campesinos del lugar, que en la comunidad Consuelo Bajo, distante a unos 30 kilómetros, habían matado a dos maestros cubanos, conjuntamente con dos campesinos que residían en la casa donde pasaban la noche. Según relataban, tuvieron que sacarlos de la zona con un helicóptero, toda vez que era un lugar abrupto, de acceso difícil y apartado. Esta comunidad pertenecía al poblado minero de Siuna, en el Departamento Zelaya Norte.

Fue un golpe muy duro para todos nosotros. Tengo grabados en mi memoria esos instantes y creo que nunca se borrarán. Estábamos muy molestos y alterados, habían sido asesinados vilmente, iban desarmados, como todos nosotros, y los ultimaron solo por ser maestros cubanos en cumplimiento de una misión patriótica. Estábamos indignados ante lo acontecido.

Ese recuerdo me persigue, pues tengo una foto que me hicieron junto a Bárbaro, días antes de salir para Nicaragua. Era un joven con un carácter amistoso y noble, un campechano, así lo recuerdo.

Pasado un tiempo se decidió que no permaneciéramos en esa zona, y finalmente fuimos reubicados en otros departamen-

tos lejos de la frontera con Honduras, lugar donde se asentaban el grueso de las bandas contrarrevolucionarias en ese momento.

A pesar de lo narrado, nos mantuvimos en el desempeño de la misión hasta llevarla a feliz término. Las penurias fueron muchas, pero la decisión de cumplir de nuestro gobierno, con el apoyo de las autoridades nicaragüenses, nos hizo mejores revolucionarios, más humanos, porque sabíamos que estábamos ayudando a un pueblo humilde, abandonado por los gobiernos anteriores que los convirtieron en excluidos permanentes. Siempre he pensado que la mejor ayuda que se brinda al que la necesita es tenderle la mano.

Terminé mi misión en 1983, en San Juan del Sur, Departamento de Rivas. No dudo en afirmar que fue una experiencia única, y todavía hoy puedo asegurar que fui mejor persona después de ese tiempo en Nicaragua.

Creo haber puesto un granito de arena en la ayuda a un pueblo que supo conquistar su independencia y soberanía. El camino fue abonado con la sangre de muchos y la guía de Augusto César Sandino.

Para nosotros fue un honor haber recibido la Medalla de Trabajador Internacionalista, y cumplir con la joven Revolución Sandinista, enseñando a leer y a escribir a su pueblo, que así empezó a construir un mundo mejor.

La noticia del crimen

Guido Castaño

El Comandante de la Revolución Daniel Ortega dio a conocer la noticia en Nicaragua. Las circunstancias del crimen cometido fueron divulgadas por los medios. Fue la acción monstruosa de quienes pretendían hacer retroceder al país con la derrota de la Revolución San-

dinista. El doloroso hecho tuvo además una amplia repercusión, pues junto a los maestros también asesinaron a dos hermanos campesinos que vivían en la casa donde se encontraban los jóvenes cubanos Pedro Pablo y Bárbaro.

La indignación de nuestros compatriotas fue general. Desde la Isla llegaron las repercusiones del hecho: miles de actos celebrados en todas las provincias. Jóvenes estudiantes, trabajadores y combatientes expresaron su condena y su dolor por la bárbara agresión. Más de 29 000 maestros y maestras dieron su disposición para ocupar los lugares de los compañeros asesinados.

En nuestras filas, al dolor y la tristeza inicial, siguió la firmeza y el compromiso de continuar con más decisión la tarea a la que había convocado la Revolución.

Tuve que trasladarme a Siuna y allí permanecer hasta que todo volviera a la normalidad.

Los maestros llevaban varias semanas en la cabecera municipal ante la situación creada por la presencia de las bandas contrarrevolucionarias. Había una gama de sentimientos que transitaban desde el dolor y la tristeza hasta la más profunda indignación, pero todos estaban dispuestos a concluir su compromiso.

Lo que ocurrió con los compañeros caídos se resume de la siguiente manera: Pedro Pablo y Bárbaro en conocimiento de que podían ser trasladados a otras zonas, comentaron con algunos compañeros la necesidad que tenían de ir a sus comunidades, pues habían dejado asuntos de trabajo pendientes en ella. La distancia hasta Consuelo Bajo, más o menos a 30 kilómetros del lugar donde se encontraban, podría demorar no menos de un día de viaje. Las bandas operaban en parajes como ese, desolados, en decenas de kilómetros nadie tendría

dónde ocultarse y los residentes vivían a merced de las acciones criminales de los Contra.

Cuando recogí la información que necesitábamos regresé a Managua. Los cooperantes todavía demoraron algún tiempo allí, pero finalmente fueron reubicados.

En total atendí cinco brigadas, de ellas dos cuyos cooperantes estaban distribuidos en comunidades y poblados pertenecientes al municipio minero de Siuna, en el departamento de Zelaya. El recorrido lo hice acompañado de Luis Ávila, jefe de brigada y arribamos por vía aérea, en un vuelo que partía del aeropuerto de Managua. Las naves eran pequeñas, para 20 o 25 pasajeros.

Apenas había transcurrido una hora de vuelo, el avión comenzó a descender, pero al mirar por la ventanilla me doy cuenta que volábamos muy bajo, se divisaban muy cercanas las elevaciones y los árboles. Eran alturas pequeñas y medianas, con una tupida vegetación, que ofrecían un panorama impresionante. Los tripulantes dirigían la nave como si fuera un auto por una carretera, con maniobras a la derecha y a la izquierda, evadiendo las lomas, a la vez que mostraban aquel espectáculo natural de increíble belleza.

Finalmente, divisamos un llano pequeño, donde debíamos aterrizar. Fue necesario hacer un nuevo giro, pues hubo que sacar una vaca y un caballo que pastaban en la «pista», conformada por una mezcla de arena, tierra, gravilla y en las orillas crecía la hierba, así como en algunos tramos en el centro mismo.

La región de Siuna es muy importante económicamente pues en ella se encuentran las minas de oro Rosita y Bonanza, comunidades cuyo modo de vida se vincula al trabajo de la industria extractiva.

El jefe de la brigada se alojaba en una casa ubicada en un reparto fuera del centro de la población. Las viviendas de madera muy bien construidas, pertenecieron a los más altos empleados de la empresa minera que operaba la industria. Eran de una o dos plantas, amplias y ventiladas, que me recordaban las casas de los empleados de más alto nivel que trabajaban en los centrales azucareros, antes de 1959 en Cuba.

Luis era un buen conocedor de la zona y elaboró el programa de visitas a las comunidades que permitían llegar en carro, pues había una amplia red de caminos. Eran aquellas por donde transitaban los vehículos que conducirían el material rocoso hacia la industria minera, y otros con productos industriales y agropecuarios para consumo de la población.

En ocasiones solo era necesario caminar un tramo para llegar a algunos de los lugares donde se encontraban nuestros docentes.

Una tarde noche llegamos a una comunidad en la que nos recibió una joven maestra muy conversadora. Presentó a la familia de la casa y recogimos los datos del trabajo desarrollado. Y como allí debíamos pasar la noche, antes de que fuera totalmente oscuro, el jefe de brigada y yo decidimos ir hasta un arroyo que pasaba por detrás de la casa. Me quedé sobre una piedra lisa casi cubierta por el agua, donde se veía que se bañaban y lavaban la ropa. Me bañé, me senté en la piedra y comencé a secarme con los pies en el agua, y de pronto entre los pies cruzó una culebra. Di un enorme salto y salí del agua, con un gran susto para mí y para ella, que huyó rápidamente, buscando la orilla.

No lo he olvidado. Era un animal que debía medir un metro y si no me picó, como dicen por allá a la mordedura, fue porque mis pies estaban tranquilos en el agua y no la molestaban. Estas

culebras-serpientes venenosas abundaban en Nicaragua, y eran un potencial peligro sobre todo en estas apartadas zonas. Los incidentes se repitieron, lo que me obligó a tomar precauciones.

Las condiciones sociales en esta zona eran muy diferentes a otros lugares visitados. Aquí las poblaciones estaban más agrupadas, las viviendas eran mejores, y aunque con dificultades, no eran castigados por la soledad y el aislamiento, como en Zelaya sur. La región estaba surcada por arroyos y riachuelos que en aquellos días se veían con aguas claras, bajaban de las lomas cercanas y a su paso arrastraban tierra, arenas y piedra, material que daba ocupación a pobladores de la zona.

Por primera vez vi cómo ejercían el oficio de buscadores de oro o lavadores de arena, exactamente no recuerdo cómo les llamaban. El asunto es que a la orilla de estas corrientes se veían personas con un pequeño cajón cuyo fondo estaba cubierto con una malla, en el que depositaban el material de las orillas y sacudían el cajón para que cayeran la tierra y la arena al agua. Las piedras y pequeñas partículas, que podían contener oro, se mantenían en ese tejido del fondo, y eran recogidas por ellos. Esta acción constante les permitía acopiar algún oro, que podían comerciar y ello le proporcionaba un ingreso, cuando tenían suerte.

Al finalizar el recorrido por las comunidades y por mi interés en conocer la actividad extractiva acudí con el jefe de brigada a la instalación de la empresa minera, donde fuimos recibidos por un funcionario, quien nos explicó el proceso. Este se inicia con el descargue del material que portan los camiones y finaliza en el local donde se guardaban las barritas de oro, lo cual podría demorar un mes o más, dependía de las condiciones existentes.

Aquel compañero, de gran cultura laboral, me mostró una nueva manera de ganarse la vida absolutamente desconocida por mí. Algo más que debía agradecer a los nicaragüenses. Todo lo que allí vi aún perdura en mi memoria.

De nuevo en Managua permanecí cerca de 15 días, por las úlceras provocadas por las botas, pues en el paso por los ríos se mojaban y luego al secarse, la piel se endurecía y el roce me provocó lesiones. Y no podía quitármelas pues las puntiagudas piedras del fondo de los ríos me hacían igual o peor daño.

En el próximo viaje llegué al aeropuerto de Puerto Cabezas²² procedente de Managua, junto a Jonás Miranda, jefe de brigada y maestro primario de la Isla de la Juventud, de experiencia y con magníficas relaciones con los organismos administrativos y políticos del lugar. Mostró siempre un gran sentido de responsabilidad y conocimientos del trabajo de su grupo.

En Puerto Cabezas también había una brigada médica que atendía a los pobladores y tenía en sus manos el sostén de la salud de los cooperantes cubanos.

Era un privilegio estar en este lugar por lo que históricamente significaba para Cuba. Allí se había entrenado —al abrigo del dictador Somoza—, la brigada mercenaria organizada y preparada por el gobierno de Estados Unidos en 1961, que desembarcó por Bahía de Cochinos y encontró su final en las arenas de Playa Girón.

²² Municipio de la Región Autónoma del Atlántico Norte (RAAN) en Nicaragua, es capital de la Región Autónoma del Atlántico Norte recientemente por Reforma a la Ley no. 59 que trata sobre la división política y administrativa de la República de Nicaragua, aprobada el 21 de junio de 1996, se encuentra ubicado en la franja costera. La zona es atravesada por numerosos ríos y lagunas, y está ubicada a 560 km de la ciudad de Managua.

La casa de los maestros y aquella donde se ubicaban los médicos se encontraban cerca. La casa del jefe de brigada me sirvió de alojamiento en esos días.

Al día siguiente abrimos el recorrido, para lo cual Jonás había conseguido un *jeep* militar, con un chofer conocedor de aquellos parajes.

La brigada sumaba unos 30 colaboradores; varias maestras estaban ubicadas en los mejores lugares, los más accesibles, a los que podríamos llegar en el carro. En la mañana nos dirigimos a sus escuelas, que estaban bien construidas, conversamos el tiempo necesario con cada una y ello me permitió obtener la información necesaria. Entregaba las cartas y continuábamos viaje.

En las primeras horas de la tarde, ya cerca de la última comunidad que veríamos, al salir de una curva a menos de cuatro metros, en medio del camino encontramos una serpiente. El chofer dio un frenazo y desde mi posición pude observar aquel animal de un metro y medio aproximadamente, cuya cola y cuerpo formaban un ángulo recto. La cola en posición horizontal en el suelo y el cuerpo cuan largo era en forma vertical, con el cuello tenso, inflado, sacando y metiendo la lengua, dispuesta para la pelea, como retándonos. ¡Fue impresionante!

El chofer sin pensarlo dos veces abrió la puerta y sacó la pistola para disparar. Pensé: ¡que valentía!, pero reaccionó y dijo: «mejor pasarle por arriba», y con un acelerón golpeó al animal, que se deslizó hasta la orilla y se perdió en la maleza. El chofer creía que estaba enredado en la dirección del carro; solo al llegar a la comunidad y luego de registrar el vehículo con la ayuda de algunos vecinos, se convenció de lo contrario. Los pobladores le explicaron que había hecho bien en no bajarse, pues posiblemente hubiera sido atacado por el animal.

Al día siguiente fuimos en una camioneta también con su chofer, hicimos varias visitas, llegamos a una comunidad, nos bajamos en la escuela y de regreso al carro, al abrir la puerta, saltó una serpiente. Esta no tenía más de medio metro y era fina. Rápidamente penetró por la pizarra y la perdí de vista. Llamé al chofer y a Jonás y entre todos registramos el carro, pero nada encontramos. Sin embargo, el chofer la vio en un lateral y con un palo pudo sacarla del escondite; la dejó huir hacia la orilla del camino donde se perdió entre la hierba. Era mi tercer encuentro con serpientes.

Salimos de Puerto Cabezas y viajamos hacia el sur por la orilla de la costa, rumbo a Prinzapolka,²³ población situada a unos kilómetros más abajo, donde trabajaban dos maestros. Indagando llegamos a la casa donde se albergaban y nos indicaron que siguiéramos el trillo; avanzamos hasta encontrarlos.

Debajo de algunos cocoteros, junto a sus alumnos, estaban ellos rompiendo cocos para tomar el agua y comer las masas. Eran ya las 2:00 p.m. más o menos, y después del saludo les comento que era una buena merienda. Y uno de ellos respondió: «este es nuestro almuerzo».

Mientras, observaba a un jovencito que subía y bajaba de los cocoteros sin más ayuda que las manos y los pies, con una agilidad que demostraba experiencia en el oficio. Tumbaba cocos

²³ Municipio que pertenece a la Región Autónoma del Atlántico Norte (RAAN). Su cabecera es Alamikamba. Limita al norte: con los municipios de Rosita y Puerto Cabezas, al sur: con los de la Cruz de Río Grande y desembocadura del Río Grande, al este: con el Océano Atlántico (Mar Caribe), al oeste: con el municipio de Siuna. La población del Río Prinzapolka, que en su mayoría es de la etnia miskita, además de su lengua natal, hablan el español y algunos el inglés creole; los mestizos hablan solamente el español.

que consumían los alumnos y también disfrutaban las gallinas, puercos y perros que allí estaban.

Ya separados del grupo, los maestros explicaron la situación alimentaria, pues había familias que no disponían de recursos suficientes para una mínima atención.

De regreso a la casa, la familia expuso la misma situación, pero añadieron que no había otra casa mejor para atenderlos, pues por allí nadie tenía condiciones materiales para poder dar alojamiento y comida. La situación indicaba que era necesario buscar una ayuda adicional, aunque era solo posible paliar los problemas ante la falta de recursos.

Con los maestros comenté el caso de un colega cienfueguero ubicado en la Cruz de Río Grande, que llegó a Bluefields aquejado de alguna enfermedad. No tenía fuerzas y había bajado más de 20 libras y el coordinador decidió que lo viera un médico, que al examinarlo determinó que no estaba enfermo, su debilidad se debía a la escasa alimentación. En unos 15 días se recuperó y regresó a su zona a terminar su cometido.

En esos días participé en otras reuniones de coordinadores y siempre salía optimista al apreciar la voluntad para cumplir con la tarea y la ayuda que entre todos se brindaban.

Al finalizar esos encuentros informaba del ambiente que hallaba en los departamentos visitados, así como de los logros. Dejaba orientaciones de la dirección del Contingente y a la vez les trasladaba palabras de estímulos por su labor. Incluía, además, las valoraciones hechas por Fidel, quien los situaba en el más alto nivel del internacionalismo cubano.

En este recorrido enriquecí mis conocimientos culinarios, probé alimentos como la carne de tortuga y de venado, que aunque no abundaban, se encontraban en algunas comarcas y tuve posibilidad de probarlas en la despedida de mi visita.

Agradecí a los médicos y a Jonás sus atenciones, sobre todo por las facilidades que creó para trabajar. Reconocí su labor, pues lo consideraba uno de los mejores jefes de brigada.

A Managua regresé por avión, en aquel momento el único modo de comunicación de la Costa Atlántica al Pacífico. Había un contingente de constructores cubanos que abría un camino desde el poblado de Tuma y atravesaba el territorio norte-centro, por la ruta Waslala, Siuna, Puerto Cabezas, en el cual encontraban grandes dificultades, pues todo lo que avanzaban en el período menos lluvioso se perdía cuando llegaban las lluvias.

En la ciudad de Granada —situada en la orilla noroeste del lago Nicaragua—, abordamos un lanchón que nos llevaría a San Carlos, cabecera departamental de Río San Juan. Ya yo había visitado la ciudad en uno de los viajes cuando transportaba los artículos que recibíamos de Cuba, pues allí había una brigada.

La ciudad es una de las más bellas de Nicaragua: bien diseñada, con edificaciones de estilo colonial que la hacían destacarse. Y pensamos que los colonizadores quisieron recordar aquí a la que dejaron en la península. Ese día, una suave brisa proveniente del lago proporcionaba un agradable bienestar. El tibio sol le daba un especial esplendor y, todavía hoy pienso que todo el que la visita se siente reconfortado. Los maestros allí radicados estaban orgullosos de ese lugar.

Nos dirigimos a la casa de las maestras —los maestros estaban ubicados en zonas más alejadas—, mientras atrás quedaba la feria y su ambiente de compra-venta y jolgorio.

Al abordar el lanchón en el muelle de Granada me dije: nuevamente «el pez al agua», porque inmediatamente se rompió el encanto de Granada para recordar mis peripecias por los ríos de Zelaya.



ANTOLOGÍA GENERAL ERNESTO CHE GUEVARA

ISBN: 978-1-922501-94-3

La *Antología General Ernesto Che Guevara* constituye la mayor y más completa antología que existe del Che a nivel mundial.

Reúne textos esenciales para comprender la evolución y desarrollo del pensamiento político del joven médico que recorre América Latina, se suma a la lucha insurreccional en Cuba, se convierte en uno de los dirigentes del Gobierno Revolucionario socialista en la Isla y, fiel a sus principios internacionalistas, lidera las gestas guerrilleras en el Congo y en Bolivia.

Buscamos cómo acomodarnos en la cubierta donde también se aglomeraban personas, bultos, y paquetes de todo tipo cuyo destino era San Carlos. En lo que pudiéramos llamar las bodegas del lanchón hacían el viaje reses, cerdos, jaulas con aves y no sé cuántas cosas más.

Entre nuestros acompañantes había tanto pobladores como comerciantes, quienes con sus mercancías se establecían en una especie de feria agropecuaria e industrial, muy esperada por los residentes de San Carlos y sus zonas colindantes.

Luego de varios meses de trabajo realicé esta visita al río San Juan. Las referencias que tenía de la brigada, tanto de su faena, como de las condiciones geográficas y dificultades que afrontaban, constituían un reto para todas y todos.

Tomás Conde Saure era el compañero que llevaba seis meses al frente de más de 50 colegas procedentes de la provincia de Sancti Spiritus. Él tenía una gran experiencia y control del trabajo, lo cual le había hecho ganar un gran prestigio entre los demás jefes y la dirección del Contingente. Cuando tuve la oportunidad de efectuar el control a la brigada —era la única que me faltaba por visitar—, me preparé para permanecer 15 días.

Mientras nos acercábamos a la casa pude percatarme de la confianza y familiaridad con que todos saludaban a mi acompañante, lo que patentizaba sus excelentes relaciones humanas.

Ya en la casa, las maestras que allí estaban y con quienes conversé, expresaron la satisfacción con que cumplían su labor, a pesar de lo mucho que extrañaban a la familia y a nuestra patria. Eran seis o siete compañeras ubicadas en comarcas cercanas. El resto de la brigada —unos 40 hombres—, estaban en los lugares más lejanos.

Cuando saludamos a las autoridades educacionales, esta vez con el director del departamento, no faltaron elogios para

la labor de nuestros compañeros que cubrían todas las necesidades, aun en parajes que, como me confesó, no conocía de su existencia hasta la llegada de las maestras y maestros cubanos.

Iniciamos el camino por los lugares más alejados, que según Conde se ubicaba en la zona del Morrito, poblado situado a orillas del lago y cerca del cual pasamos en el lanchón, por lo que debíamos regresar. Conde me dijo que era preciso buscar a otra persona, pues él no conocía bien los caminos. El guía apareció y en el Morrito consiguió tres caballos. Así que reiniciamos el recorrido, cruzando potreros, lomas, llanos y otra vez más lomas, para llegar a nuestro destino.

Los maestros nos explicaron que desde su llegada pusieron su mayor énfasis en la construcción de sus escuelas, a la que ellos también se incorporaban en las horas en que no impartían clases, y después de organizar y censar a los niños. Mientras terminaban el local, reunían a los pequeños en cualquier lugar, incluso en las casas donde se alojaban.

Fueron bien recibidos por los campesinos, acorde con las posibilidades de aquellos nuevos «padres» que habían encontrado.

Un maestro me contó que no le fue difícil esa parte de su estancia allí porque él procedía de una zona rural de Sancti Spiritus, y así participó activamente en la obra, con la ayuda de los vecinos. Incluso con la cooperación de los alumnos de más edad, pues —aplicando un buen principio pedagógico—, ellos cuidarían mejor la escuela que ayudaran a levantar.

Luego de ese camino por los lugares más apartados dejamos los caballos y continuamos por caminos estrechos y más cortos que llevaban de una a otra comunidad.

Casas grandes y otras más pequeñas de construcción rústica, parcelas cultivadas, algunos animales domésticos y pobladores

humildes era lo que veíamos a medida que avanzábamos hacia las zonas boscosas y selváticas.

En uno de aquellos caminos nos sorprendió un animal que cruzó velozmente frente a nosotros y según el guía era un tigrillo, que aunque poco comunes, habitaban por aquella región.²⁴

Dejaron de ser los olvidados

Gloria Enriqueta Rodríguez²⁵

A pesar de las grandes dificultades que afrontamos nuestra labor fue fructífera y al final obtuvimos resultados muy positivos.

Nos reconfortaba apreciar los cambios que tenían lugar en los niños, pero también en los padres y en la familia toda. Esta relación me permitió percatarme de que durante nuestra estancia aprendieron a agradecer lo que la Revolución Sandinista hacía por ellos, que así dejaron de ser los olvidados de siempre.

En el orden personal fue para mí una gran experiencia pues al compartir con ellos momentos felices, y tristes también, ¡cómo no!, adquiriré una más alta consideración por otros seres humanos.

Pero más que todo estoy muy contenta de haber cumplido con ese deber y conocer durante todo ese tiempo de la preocu-

²⁴ La región de las grandes selvas se localiza en la costa oriental. La selva lluviosa se da en el Río San Juan y en las regiones autónomas RAAN y RAAS. Agrupa a la mayor biodiversidad del país. En ella se encuentra el jaguar, el puma, el danto, la guacamaya y el águila harpía. Además, forma un gran corredor con los bosques del sur de Honduras de 2,4 millones de hectáreas, consideradas los pulmones de América Central y la segunda selva umbrofila en tamaño de las Américas.

²⁵ Gloria Enriqueta Rodríguez Rivera: cursó la carrera de magisterio por el plan que culminaba en Tarará y terminó los estudios en 1974. A partir de ese momento fue ubicada en la escuela primaria República de Chile, en Ciudad Libertad. En 1980 se sumó al Contingente.

pación del Comandante en Jefe Fidel Castro por nuestra presencia en Nicaragua, en condiciones muy diferentes a las que teníamos en nuestro país.

En 1980 me integré al Contingente y fui ubicada en la comunidad La Uva, en el municipio de San Francisco Libre,²⁶ perteneciente al departamento de Managua. La comarca estaba formada por nueve casas, y en cada una de ellas, una familia. Estaba ubicada en lo alto de una elevación, que resultaba inaccesible a los vehículos. Me hacía pensar que estaba más cerca del cielo que de la tierra, cuyo impresionante paisaje no me cansaba de admirar.

En este lugar, como en otros muchos adonde fuimos destinados, no había escuelas y nunca contaron con un docente. Así que muy determinada instalé el aula en la sala de la casa donde me alojaron, con la autorización de la familia, desde luego.

Comencé organizando dos sesiones de clases. Una por la mañana a la que asistían los más pequeños, que iban de primer a tercer grado. En la tarde agrupé a los que podrían tener entre cuarto y quinto grados, y eran jóvenes de 14 a 20 años que, además, en la mañana ayudaban a su familia laborando en el campo.

No demoró mucho en llegar material escolar y 20 sillas de paletas, una pequeña pizarra y algo que me ayudó mucho: el programa de clases de enseñanza primaria de Nicaragua, por el cual impartimos las lecciones, dosificado y con el planeamiento

²⁶ San Francisco Libre comenzó a desarrollarse en 1826. En 1961 fue declarado municipio. Tiene una extensión de 756 km cuadrados y la cabecera municipal está a 79 km de Managua. Posee un clima tropical seco y se caracteriza por ser llana, rocosa y con serranías en toda su extensión.

hecho para aulas multigrados. Sin esto era difícil cumplir nuestros objetivos.

En realidad recibí una buena acogida por parte de la comunidad, que estaba esperando la llegada de la maestra y para ellos fue un motivo de alegría saber que sus hijos iban a poder aprender, lo cual les era desconocido hasta ese instante. Tuve algo que no me ayudó y fue que por aquellos parajes la escuela se encontraba a mucha distancia, y los padres preferían que los niños permanecieran en las casas, para ayudar en las tareas del campo. Este era un hecho generalizado para todo el campesinado nicaragüense y en las reuniones con el coordinador intercambiábamos el modo de vencer tamaño problema. Igual fue en Cuba antes del triunfo de la Revolución.

Así que una de mis primeras tareas fue crear la escuela de padres, con los cuales dialogábamos para explicarles las ventajas que representaba la escuela para todos en la comunidad y llamando a que los enviaran, tanto a los niños como a los jóvenes. Sobre todo estos últimos, para quienes lo fundamental constituía el laboreo en el campo, sin tener ni siquiera la enseñanza elemental.

La reacción de los adultos fue excelente, me apoyaron y contaban conmigo para todo. Me comentaban sus problemas y demandaban consejos, opiniones. Eso me confirmaba lo importante que resultaba nuestro trabajo.

Puedo asegurar que en mi área de labor no confronté problemas de actitudes negativas contra el proceso revolucionario, ni tampoco contra mí como maestra. Por el contrario, siempre tuvieron una posición de colaboración y considero que de apoyo, todo lo cual permitió consolidar los resultados de mi labor.

Sin embargo, el trabajo que demandaban los padres a los muchachos no pocas veces se convirtió en un problema para posibilitar su asistencia a las clases. A pesar de esto, una conversación a tiempo daba buenos resultados y ellos siempre tenían una respuesta positiva, para que ambos pudieran realizarse y se afectara lo menos posible la asistencia de los alumnos.

Al finalizar el período de clases pude constatar cuánto aprendieron, no solo a leer y escribir, sino también nociones de cálculo, geografía e historia de su país. Los objetivos básicos de nuestra presencia en el hermano país se cumplían. Y lo que más me satisfacía era la alegría que mostraban con cada nueva materia que asimilaban.

Eso fue, además, el argumento más fuerte para comparar cuánto hacía la Revolución Sandinista por ellos. Nada tenía que ver con lo ocurrido en todos los años anteriores de existencia de su país, período en el cual los gobernantes solo explotaron y abusaron de los desposeídos. Realidad que nada ni nadie podía ocultar a partir de ese momento.

Un gesto de absoluta entrega

Guido Castaño

La decisión de no perder un alumno fue una constante de los cooperantes y en sus recuentos de aquellos días aparece con mucha fuerza el trabajo dirigido para obtener ese objetivo, aun en las más difíciles circunstancias.

Nuestros compañeros pudieron evitar la deserción escolar gracias a las iniciativas que pusieron en práctica para mantener el interés de los niños.

Un maestro me explicaba que había desarrollado iniciativas y puesto en práctica la imaginación para hacer más creativos los

métodos aplicados. Otro más exponía que había echado mano a las costumbres, juegos, cantos y tradiciones de la comunidad, para que el proceso de enseñanza-aprendizaje les resultara ameno y familiar. Así aprendieron cantando y jugando, a la vez que ayudaron a la formación de hábitos para asistir a la escuela.

En general, los integrantes de la brigada habían superado las dificultades de la primera etapa y avanzaban en la labor social comunitaria, en las reuniones de padres, en el conocimiento de las medidas higiénico-sanitarias. Igualmente en la práctica de actividades deportivas, culturales y otras.

La sencillez de su actuación, la sensibilidad humana y la dedicación al trabajo contribuyeron a lograr una comunicación fraternal con las familias. En una palabra: se ganaron el cariño de los niños y el aprecio de los adultos. Recuerdo especialmente las palabras de un padre, persona que tenía cierto nivel de enseñanza, y recordaba que él había ido a la escuela en San Carlos, y afirmaba «no haber conocido maestros como los cubanos que trabajan por acá. Son personas llenas de comprensión, sabiduría y generosidad, por lo que se han ganado nuestro eterno respeto y agradecimiento».

Expresiones como estas escuché en lugares tan distantes entre sí como Zelaya y el departamento de Río San Juan, en la frontera con Costa Rica. Oír tales criterios me emocionaban tanto como cuando escuchaba el Himno Nacional o veía izar la bandera cubana, a cientos de kilómetros de la Patria.

Y no puedo dejar de preguntarme qué recuerdos quedará de ellos entre quienes los conocieron y los trataron, entre los que fueron sus alumnos, aprendieron las letras y tuvieron su primera escuela.

Fue una tarea que cumplieron con el orgullo y la responsabilidad de ser embajadores de la Revolución Cubana. Aquellos maestros y la obra que levantaron allí deben constituir un ejem-

plo y una guía para las nuevas generaciones de educadores de nuestro país.

Siempre valoré la labor de los maestros y maestras como un gesto de absoluta entrega a la obra común con la que ayudaban a crecer a muchos.

Mi recorrido por el Río San Juan terminó en la casa de un familiar de nuestro guía, quien nos ofreció pescado, muy abundante en el lago cercano. Pero el plato más frecuente en la mesa de los campesinos nicaragüenses era la tortilla. Algunos maestros se han referido a cómo aprendieron a hacerla y se adaptaron a consumirla en desayuno, almuerzo y comida. Además, participando en su elaboración ayudaban a la familia que los había acogido.

Al final, a corto o a largo plazo, todos aprendimos a saborearla. Cuando venía acompañada de frijoles, alguna carne u otro relleno, se comía con más gusto, tal como el casabe que se conoce sobre todo en la región del oriente cubano y que se preparaba casi siempre con puerco asado.

Un día, después de visitar varias comunidades avanzábamos por un trillo que serpenteaba entre enormes y frondosos árboles, que apenas dejaban pasar un rayo de sol, cuando sorpresivamente sentimos unos fuertes rugidos. De inmediato me detuve y pregunté al guía si por allí había leones, y sonriente me contestó que aquellos ruidos los emitían unos monitos que señaló, mientras saltaban y rugían desde lo alto de los árboles y continuaron haciéndolo hasta que abandonamos el área.

Durante el regreso recordé que la vía acuática Río San Juan-Lago Nicaragua tiene una historia que se inicia con la fundación de esta última, a principios del siglo XVI. Esta ruta la utilizaron filibusteros y piratas, los poblados fueron atacados, saqueados e incendiados en varias ocasiones. Fue además una ruta para

transitar de la Costa Atlántica al Pacífico por residentes del este norteamericano hacia el oeste, durante la llamada «fiebre del oro». La vía por el Río San Juan hizo considerar a los yanquis la posibilidad de construir un canal, aunque después se decidieron por Panamá.

Seguidamente mi interlocutor me cuenta que Alfonso Álvarez Moy, jefe de brigada que esta vez le acompaña, era un joven cienfueguero, sin experiencia de dirección, pero muy trabajador y conocía muy bien el servicio de sus compañeros.

Programamos las visitas, alertándome que todas serían a pie. Así pasamos varios días en largas caminatas, subiendo y bajando por senderos pedregosos, pasando arroyos y ríos. Las comunidades estaban tan dispersas que a veces no podíamos ir de una a otra sino volviendo al punto de partida, para emprender otro camino.

En una de las visitas encontré el único caso de negligencia de un maestro, que se dejó vencer por las dificultades y no atendió debidamente su trabajo. Antes de verlo, ya los vecinos nos comentaron que a veces no impartía clases. Constituía un hecho injustificable, pues afectaba a los alumnos, así como el fruto de su desempeño.

Conversé con él y me percaté que sus problemas eran reales, pero no justificaban la falta de atención a su labor. El jefe de brigada le subrayó que sería separado de la misión, entonces reaccionó y prometió rectificar. Así que se le dio una nueva oportunidad. Dio resultado y terminó su permanencia en la misión.

Una visita muy recordada después fue la que hicimos a la comunidad El Consuelo, donde trabajaba el maestro Pedro

Pablo Rivera Cué, a quien recuerdo como un joven de mediana estatura, delgado y muy locuaz.

Conversamos con la familia que lo atendía y manifestaban estar muy satisfechos con su trabajo. El «padre» de la casa era muy conocedor de la zona y al contarle mis incidentes con las serpientes me dio una información muy provechosa. Él era muy famoso por aquellos lugares por sus conocimientos sobre el tema, que le habían permitido salvar algunas vidas.

Avanzábamos por un ancho terraplén, siempre con rumbo norte, observándolo todo y preguntando mucho. A ambos lados se veían terrenos semidesérticos con troncos a veces chamuscados, expresión de que fueron bosques sometidos a una sobreexplotación.

Esta desoladora imagen era el resultado de la voracidad de las empresas madereras, que durante años se mantuvieron en buena parte de los países latinoamericanos. Hoy constituyen una enorme preocupación, por la forma en que se ha agredido el medio ambiente y es una de las principales causas del cambio climático que sufre el planeta.

Iba en un camión-ómnibus — que había partido de Puerto Cabezas —, acompañado por el jefe de brigada que laboraba en Waspán, un poblado situado en el margen sur del río Coco, a poca distancia del cabo Gracias a Dios, en la desembocadura del río en el Caribe. Conformaba su parte más ancha y a simple vista parecía un mar.

Era muy temprano y con nosotros también viajaba el inspector nicaragüense de la zona. Utilizamos, además, un lanchón, medio de transporte habitual, pues también aquí las comunidades estaban a orillas del río y en cada parada aprovechamos para visitar a maestros y maestras.

En esta zona, de igual forma, tenía lugar el primer encuentro de la población infantil con un docente y el proceso de enseñanza-aprendizaje. La mayoría de los muchachos estaban descalzos, pero asistían a las clases con gran disciplina y muy respetuosos, algo que —era evidente— habían aprendido de sus mayores, y que los cooperantes sabían aprovechar muy bien en su labor educativa.

Estas comunidades eran mayoritariamente de origen miskito y mantenían una organización con sus líderes y autoridades. Esa noche dormimos en el lanchón, pues el timonel hizo una parada en una comunidad donde tenía familiares.

Teniendo como cama el piso del lanchón, calculé que estábamos a unos 450 kilómetros de Managua, algo ni remotamente imaginado cuando salimos de Cuba.

El recorrido lo completamos navegando durante varios días en una lancha que, puesta a nuestra disposición, nos permitió realizar las visitas, dedicándole un poco más de tiempo a los colegas y así apreciando mejor el trabajo desplegado, compartiendo sus dificultades y conociendo los estados de ánimo.

Para acceder a las colectividades había que escalar las paredes del cauce, en plano inclinado, y que podían tener 50 o 60 metros de altura. Era el modo de darle seguridad a las viviendas, que se encontraban algo alejadas de ese cauce, pues el río solía crecer en épocas de lluvia y ocupar aquel terreno.

En esos días, grandes masas de agua corrían tranquilamente y por ellas transitaban todo tipo de pequeñas embarcaciones rústicas, la mayoría construidas con materiales de la zona, por oficio de los residentes.

Una de ellas no la había visto en ningún otro lugar. Era una especie de balsa realizada con maderos redondos, atados con sogas o bejucos. Cargaba numerosos bultos y un hombre

de pie la guiaba hacia uno u otro lado, dejándose llevar por la corriente. Los bultos transportados eran productos del agro o mobiliario de algún poblador que iba a establecerse en otro lugar. Resultaba difícil creer que muchas veces la balsa era abandonada, pues no podían subir con ellas.

Todo era muy interesante. Conocí de las habilidades para construir sus embarcaciones y que la experiencia para navegar, sembrar o cazar era transmitida de padres a sus descendientes. Las utilizaban para que las familias, a veces numerosas, pudieran llevar una vida de simple subsistencia con el aporte de todos.

Para los maestros suponía una situación compleja. Su mayor interés era que ellos no perdieran las clases, que aprendieran, y la situación familiar los obligaba a ausentarse por muchos días y en ocasiones a desertar de las aulas, hecho que se repetía en todas las colectividades.

Era preciso adoptar estrategias, aplicar experiencias pedagógicas y además una buena dosis de comprensión, tacto e inteligencia para no originar discrepancias con la comunidad y sus líderes. Muchas fueron las decisiones que adoptaron ante cada caso. Hubo quienes encontraron solución a los problemas siendo flexibles en el horario, estableciendo sesiones contrarias, o media jornada de clases durante las épocas de siembras y de cosechas, o en época de intensas lluvias; llegando hasta dar clases a los niños enfermos en sus casas. ¡Aprovechaban todas las oportunidades para no interrumpir o suspender definitivamente la instrucción!

Las ideas y logros obtenidos en estos aspectos eran motivo de análisis y discusiones en los intercambios entre los jefes de brigada, coordinadores, maestras y maestros, buscando el modo de generalizar experiencias, aplicar métodos y procedimientos novedosos en el desarrollo de habilidades y destrezas, en el

cumplimiento de los objetivos. Para todos era imprescindible resolver las dificultades que nacían de la situación socioeconómica de las comunidades.

Ninguno de los maestros tenía experiencia suficiente para poder ejecutar una tarea más eficiente en las condiciones descritas, pues el desempeño de su trabajo en Cuba estaba lejos de presentar tales problemas. Esas arduas labores hubo que aprenderlas en aquel medio.

Mientras navegábamos río arriba le pedí al timonel que se acercara a la orilla del lado hondureño —el río delimitaba la frontera entre ambos países—, para apreciar la vegetación que desde lejos se veía abundante, con árboles frondosos. Al acercarnos, el timonel me preguntó si veía algo que se movía por allá. Respondí que sí y me contestó: «pues son lagartos y no podemos acercarnos por aquí». Y entonces me percaté que llamaba lagartos a los cocodrilos, que entraban y salían del río.

En el territorio que abarcaban mis cinco brigadas, a mediados de 1980 se habían creado muchas más de un centenar de escuelas.

Allí el analfabetismo era casi del 100%. Nuestros docentes tuvieron un papel preponderante en el inicio de la revolución educacional, promovida por el gobierno sandinista. Pero no quedaron rezagados otros sectores.

La colaboración cubana era amplia en materia de salud. En Puerto Cabezas había una brigada médica. En Siuna encontré un matrimonio que prestaba asistencia médica en un consultorio; en Bluefields una brigada de médicos brindaba servicios a la mayor parte de la población en el hospital del lugar, y visitaban los poblados cercanos.

Estos centros de salud médicos en algunos centros escolares y en otras instalaciones públicas radicaban en las cabeceras munici-

pales. El gobierno había «heredado» muy poco y deficiente equipamiento y personal para desempeñarse en esta actividad.

En Bluefields encontré a Juan Vistuer, gloria del béisbol cubano, que actuaba como entrenador de ese deporte muy practicado entre los nicaragüenses.

Igualmente conocí a tripulantes de embarcaciones pesqueras que entrenaban a pescadores costeos. Sus barcos estaban atracados en el muelle, los visité y por la tarde pude disfrutar de una agradable comida confeccionada por ellos. También a un compañero de apellido Medianejas, un guantanamero jovial que, con gran sentido de responsabilidad, asesoraba a los nicaragüenses que dirigían la Cruzada de Alfabetización en esa zona. Además, había colaboración en la industria azucarera.

Los cubanos que cumplían esas obligaciones en la Costa Atlántica, brindaron toda la ayuda posible a los educadores que les quedaban más cerca. Era el modo de contribuir y beneficiar también a la población, aunque en muchos casos era solo un paliativo.

Feroz anticomunismo

Berto Augusto Cornelio²⁷

Lo que más dificultades creó en este lejano lugar donde fui ubicado, fueron las ideas de feroz anticomunismo que recibían los campesinos a través de la radio de Costa Rica, en la que repetían una y otra vez que queríamos llevarnos a los niños nicaragüenses para matarlos y enlatarlos. Con el trabajo y las relaciones

²⁷ Berto Augusto Cornelio Oliva: fue ubicado en una escuela rural y después en un seminternado de primaria en Alquízar. Se graduó en el segundo curso de la Escuela Formadora de Maestros Presidente Allende.

con los padres, nos ganamos a los pobladores y pude sentirme satisfecho de lo que allí logramos.

Siempre pensé que como había trabajado en zonas rurales durante mi servicio social, caminando grandes distancias y afrontando otras dificultades, al llegar a Nicaragua no me sería tan difícil. Pero la realidad superó las expectativas, nuestras vidas cambiaron por completo.

Estando en Bluefields oíamos muchos relatos de compañeros médicos, trabajadores del Banco nicaragüense y otros, pero nunca imaginé que la situación en la selva adonde me enviaron fuera tan despiadada con el ser humano. Esa pobreza y desempleo no la había visto nunca. Y a veces los relatos del pasado en nuestro país nos parecen muy lejanos. Las condiciones en que aquellos hombres enfrentaban la vida, tener una familia y poder alimentarla en nada se parecía a lo que nosotros vivimos. Cuba revolucionaria era otra realidad. Veníamos de otro mundo.

Corría noviembre de 1979, tenía 21 años de edad y ya contaba con tres de experiencia en el ejercicio de la profesión, cuando me seleccionaron para cumplir misión internacionalista en la República de Nicaragua. En ese momento trabajaba en el internado de primaria El guerrillero. Al graduarme fui ubicado en una escuela rural y después en un seminternado de primaria en Alquízar, en un lugar llamado El Dagame.

Para cumplir nuestra encomienda debimos ser muy disciplinados, velar por nuestra salud, porque era muy fácil jugarnos la vida. El entorno que encontramos era bellissimo, rodeado de ríos caudalosos, pero también grandes lodazales, serpientes, tigrillos y toda suerte de animales de la selva tropical. Así vivimos durante esos dos años.

Viajé con un grupo de compañeros procedentes de Granma y de Cienfuegos. La noche antes de partir nos reunimos con Fidel.

A Managua llegué el 30 de noviembre de 1979, con un calor abrasador pues había 40 grados de temperatura. Algo que recuerdo era que el módulo de ropa, que era más que suficiente, repetía los modelos y colores. Así que a veces nos reuníamos un grupo donde la mitad vestíamos el safari gris. De ahí también que el reaccionario diario *La Prensa* afirmara que éramos militares que íbamos a intervenir en Nicaragua.

Al amanecer del día 1ro. de diciembre nos trasladamos por ómnibus para Rama, un pueblo con el río del mismo nombre, que nos sirvió de vía para llegar a Bluefields al siguiente día. Fue muy laborioso poder ubicar nuestro equipaje, más toda la mercancía que ellos trasladaban, pues ese es el medio de transporte que une el Pacífico con el Atlántico.

El día 2, ya de noche, llegamos a una zona donde prácticamente llueve nueve meses del año. Esa noche descansamos en diferentes casas de maestros y simpatizantes sandinistas, y luego nos reunimos en la casa de los médicos cubanos en un acto donde nos dieron la bienvenida.

Como a 12 horas de Bluefields se encontraba la comunidad donde fui ubicado y a ella llegué en una lancha con motor, conocida como *panga*. Sin embargo, por razones de la estructura, me cambiaron de lugar y fui a una comarca llamada Tortuguero.²⁸

²⁸ Municipalidad ubicada en la parte norte de la Región Autónoma del Atlántico Sur (RAAS), a 530 kilómetros de Managua. Está integrada por cinco microrregiones, que integran 49 comunidades urbanas y rurales. Tiene una población de 22 300 habitantes. Y la urbana llega solo a 1 737. (Censo de 2005). Las principales actividades económicas son la ganadería y la agricultura. Empresas madereras norteamericanas explotaron durante 60 años los bosques de esa zona.

Este era un lugar remoto, había que salir de Bluefields, navegar por el río Kukra Hill y después se atravesaba por la llamada Laguna de Perlas, llena de postes numerados que indicaban la profundidad por donde debía avanzar el lanchón. Fue el primer encuentro con las difíciles condiciones en las que vivían quienes serían nuestros vecinos más cercanos.

Fuimos a Tortuguero, allí existía una rústica clínica donde laboraba y vivía un médico con un liderazgo reconocido por los pobladores y donde dejamos a un matrimonio para atender la escuela. Después partimos en mulo, y cabalgamos durante 19 largas horas, por lo que ni me podía sentar cuando llegué, entonces no reía como ahora cuando lo recuerdo.

Ya en el lugar hicimos contacto con el Padre de la Palabra, religioso que llegaba hasta estas comunidades y estaba construyendo una capilla rústica donde reunir a sus adeptos para rezar los domingos.

En reunión de padres, pocos días después, se acordó que en la capilla se impartieran las clases en el horario de la mañana. Mis alumnos venían de muy lejos, todos eran analfabetos y no tenían hábitos de asistir a la escuela, así que lo primero que hice fue enseñarles a estar dentro del aula. Cortamos una caña brava y en ella se izaba la bandera cada mañana. Poco a poco aprendieron el Himno Nacional y otras muchas cuestiones de su país, de las que nadie les había hablado antes. Hasta ese momento estuvieron también huérfanos de historia, de identidad.

No pocos alumnos perdí por enfermedades o mordidas de serpientes durante mi estancia allí. Por eso usaban botas de goma altas y un machete para caminar por el monte. Estaba tan lejos que, para poder mantenernos informados, el coordinador del grupo utilizaba a los arrieros o a cualquier persona que fuera en ese rumbo, que nos traían cartas y orientaciones.

La coordinación de nuestro grupo radicaba en Tortuguero y allí recibíamos cigarros y otros artículos, y desde luego las esperadas cartas. Durante el primer año comíamos lo mismo que la familia campesina donde residíamos. Para mí fue difícil, pues no me acostumbraba a la tortilla de maíz. Así, de 200 libras que pesaba cuando llegué, bajé a 150. En el segundo año comenzamos a recibir una cantidad de arroz, frijoles, latas de carne. Pero surgió un problema: si en la casa donde vives hay otras 19 personas no puedes comerlo tú solo. Así que debía compartirlos con todos. Ellos no tenían la costumbre de sazonar la comida y conseguir sal costaba un gran trabajo en esa comarca.

Al terminar el primer curso fui de vacaciones a Cuba y a mi regreso enfermé de paludismo y fiebre tifoidea. Tuve que ingresar en el hospital de Bluefields. No fue fácil en mi estado llegar desde mi comunidad a Tortuguero, una travesía que resultaba interminable y mucho más en mis condiciones.

Por suerte, el Padre de la Palabra me envió una mula, llamada Canducha. Me amarraron los pies a los estribos y luego a la montura. Yo casi ni veía, estaba con descomposición de estómago desde hacía una semana. En realidad no sé cómo aguanté solo tantas horas en esas condiciones. Y para colmo, casi al final de la travesía todavía me faltaba atravesar un lodazal donde la bestia se hundía hasta los ijares. Sentía que no llegaría. Y perdí la noción de la realidad.

Me cuentan que me recibió un doctor nicaragüense y una doctora argentina que hicieron todo lo posible porque viviera. Tuve la suerte de que dos días después llegaron unos epidemiólogos que en una panga me llevaron a Bluefields, y me ingresaron en el hospital.

Allí el doctor Rafael Vera, que procedía del hospital Lenin, en Holguín, me atendió. Era muy profesional, y cuando me vio

mejor me recomendó que no dijera que era un maestro cubano, pues allí había todo tipo de personas. Así que tuve que echar mano al vocabulario y el tono de los nicas para pasar como uno de ellos. Aquello duró como 15 días hasta que me dieron el alta.

Ya por aquel entonces nos asignaron una casa en Bluefields, para las maestras y los maestros cubanos, donde permanecí unos días, restableciéndome. Fue en ese momento que Marta Rojas me hizo la entrevista que apareció en *Granma* y después en su libro *El aula verde*.

De allí regresé con la misión de abrir la coordinación de Tortuguero 2, pues hubo que trasladar un grupo importante de cooperantes para Zelaya, más bien para Tortuguero, La Cruz de Río Grande y otros lugares, pues donde ellos estaban, en la zona del Pacífico, la contrarrevolución los hostigaba y peligraban sus vidas.

Allí tuve un grupo de compañeros que venían de Segovia, aproximadamente 16 cooperantes que nos reuníamos en Waspado arriba. Contamos con la colaboración de un campesino que nos acogía en su casa —allí permanecíamos hasta dos días—, les daba las orientaciones, conocía el desarrollo de su labor y entregaba los artículos que recibíamos de Cuba.

En ese período también participé en una conferencia de la UJC en Managua, representando a la brigada de Bluefields.

A principios del año 1980 murieron un grupo de niños —casi 25—, como consecuencia de una epidemia de sarampión en la zona de Kuriuwas, lo cual me afectó mucho.

Algo importante fue evitar por todos los medios dificultades con la población por motivos políticos o religiosos, así que si nos veíamos obligados a rezar, lo hacíamos.

Siempre aprovechaba las reuniones con el Padre de la Palabra para dar orientaciones higiénico-sanitarias y, a pesar de ello,

costó trabajo lograr que la mayoría construyera letrinas y las usaran.

Después de mucho ver y practicar, al final logré confeccionar la tortilla de maíz, que además requiere de mucho trabajo. Los campesinos casi siempre la mejoraban si contaban con una vaquita, para poder hacer cuajada, un tipo de queso blanco con que acompañarla. Aclaro que en la selva nunca vi otra cosa sembrada que no fuera el maíz.

En abril de 1980 participé en la Cruzada de Alfabetización, todos nosotros tomamos parte en ella, asesorando a un grupo de jóvenes muy entusiastas y alegres que fueron a enseñar a los adultos en nuestras comunidades, aunque ya yo tenía un pequeño grupo a los que les daba clases por la noche para que aprendieran a leer y a escribir.

Los muchachos y muchachas eran muy jubilosos con la tarea que cumplían. Tuve que ir a Tortuguero a buscarlos y traerlos hasta Waspado. Fue la primera vez que hice ese trayecto a pie hasta las comunidades. Después aprendí a caminar por la selva dentro del lodo, la lluvia, machete en mano y un saco de *nylon* como mochila atada con sogas que llevaba a la espalda, para que nada se mojara.

En ese momento fue que tuve una exacta conciencia de cuánto habíamos hecho con el granito de arena que aportábamos al internacionalismo.

En la primavera, en el tiempo en que no llovía y podíamos caminar por la selva con más facilidad, llevaba a un grupo de alfabetizadores hacia Waspado, pues faltaban campesinos por alfabetizar y dos de ellos trataron de regresar a Tortuguero. Los busqué y los traje. Nos sentamos bajo una ceiba con todo el grupo y les hablé... ¡Me dolía tanto que muchos de nosotros se estuvieran sacrificando y aquellos muchachos trataran de

abandonar su tarea! Al final, el grupo aplaudió y terminó con un fuerte «¡Patria Libre o morir!».

Recuerdo de manera especial los sucesos ocurridos en Bluefields, aunque no con detalles. Se conocía que muchos habitantes del lugar, instigados por la contrarrevolución, planeaban que esa parte de la geografía nicaragüense había sido colonizada por los ingleses y, por lo tanto, debían estar bajo su jurisdicción. En definitiva, proponían una posición de carácter separatista. Con esas pretensiones organizaron manifestaciones callejeras, enarbolando carteles con lemas en tal sentido.

Conocimos de la situación en la casa de los maestros. Se decidió trasladarnos de allí y fuimos a dar a una iglesia muy distante de Bluefields, hecho que se produjo de manera discreta. No podíamos olvidar que constituíamos el símbolo de la solidaridad, y de la condición de revolucionarios firmes y combativos. Por lo tanto, constituíamos el blanco preferido para un ataque de los contrarrevolucionarios.

Aquella comunidad selvática creció algo más antes de irnos, en 1981. Lo interpreté como una necesidad de la unidad, y así poder recibir la asistencia médica y la educación con más efectividad. Considero que no íbamos únicamente a lograr grandes índices académicos, sino a crear una influencia positiva en un colectivo cuya exclusión había sido su forma de vida durante todos los años anteriores, época que comenzaba a quedar atrás para su país.

Ellos empezaron a saber quiénes eran, cuáles eran los propósitos de la Revolución y conocieron la historia de su pueblo, de Sandino y del Frente de Liberación Nacional; entendieron por qué los enseñamos a cuidarse más y mejor a ellos y a sus hijos. Conocieron el significado de la palabra solidaridad e internacionalismo, como expresión de un nivel superior del ser

humano. Y nosotros ganamos, pues fuimos mejores personas y mejores maestros.

Estas palabras son de un revolucionario cubano a quien solo lo impulsaban los ideales, la convicción profunda de que el llamado de Fidel era una necesidad y nosotros estábamos dispuestos a contribuir a su solución.

Poseo diploma de reconocimiento de la Misión Educacional, tanto del primero, como del segundo año de estancia allí; diploma del Frente Sandinista de Liberación Nacional y del Gobierno de Reconstrucción Nacional; y la Medalla de Trabajador Internacionalista.

Eternamente agradeceremos a Fidel por esta misión que pudimos cumplir.

Ganamos en experiencia

Guido Castaño

Transcurridos varios meses de mi visita al departamento de Zelaya muy pocas comunidades y cooperantes me quedaban ya por visitar. Sin embargo, siempre me quedó la inconformidad de no visitar el grupo que trabajaba en Tortuguero, perteneciente a la brigada de Bluefields.

En esos meses ganamos en comunicación entre nosotros y en experiencia acerca de la disposición de los cooperantes, para poder medir sus estados de ánimo y establecer una relación de mutua confianza. Las conversaciones a veces nos tomaban largo tiempo. Era la mejor manera que encontrábamos para transmitir las contrariedades y las preocupaciones, en un medio al que no estábamos acostumbrados. Muchos se adaptaron rápidamente y a otros les tomó varios meses, pero lo lograron.

Eso sí, todos concordaban en que el tiempo transcurría de modo más fácil cuando se concentraban en las actividades docentes y las extracurriculares, porque fue un verdadero reto el proceso de adaptación.

Nuestros colegas alcanzaron esa adecuación de manera tan natural que no podía dejar de sorprendernos su capacidad para sumarse a la comunidad. Y en esa situación adquirieron nuevos e interesantes conocimientos sobre la naturaleza y el grupo humano con el que convivían. Pero en lo que todos estaban de acuerdo era en lo difícil de enfrentar las noches «silenciosas y oscuras».

Pasaba varios días de la semana en las comunidades que visitaba. Luego de conversar, al caer la noche, pero muy temprano, ¡debíamos ir a dormir!

El tema «noche» se convirtió en un asunto de conversación permanente. Y aunque no quisiéramos, hacíamos comparaciones y siempre nos referíamos a las noches sin televisión, sin radio, por lo tanto sin novelas, ni películas, sin juego de béisbol; sin paseos o visitas, o actividades de fin de semana. Así lo comentábamos, entre risas, pero a veces con tristeza y algunas lágrimas.

Eran noches en que solo se podían percibir los sonidos emitidos por aves, insectos y otros animales nocturnos desconocidos, o el sonido del agua del arroyo que corría allí cerca; o el ruido estruendoso del río que a su paso arrastraba árboles, piedras y todo tipo de cosas, en los días de lluvias intensas.

Noches oscuras en que tanto fuera como dentro de la vivienda, y aun a muy poca distancia, no se divisaba nada. Solo en las noches claras al mirar a lo alto del cielo estrellado, a algunos —sobre todo los románticos— nos alegraba la luna que iluminaba el bosque y se reflejaba en la corriente más próxima.

Aquella imagen me hacía recordar a Benny Moré cantándole a Manzanillo, o a Bienvenido Granda enviándole un mensaje a la mujer amada. Y sé que más de una o uno dejó correr una lágrima en aquellas noches de nostalgia, sin el amor de la pareja, sin el calor de la familia, sin el cariño de los hijos. Sin exagerar, siempre pensé que el secreto de la victoria personal estaba en vencer las inevitables noches.

Así terminaron las primeras visitas a las brigadas ubicadas en la Costa Atlántica, donde encontré un grupo de colegas entre los que aprecié una disposición que realizaba la ética del magisterio cubano, del amor a su profesión y su firmeza revolucionaria.

Volver a Monte Fresco después de 10 o 15 días de recorrido por las comunidades y visitas a los maestros significaba, generalmente, recibir el mayor de los estímulos: la correspondencia de la familia, tan añorada. Las cartas de mi madre y mi esposa constituían —puedo asegurarlo—, un eficaz y nutritivo alimento espiritual.

Prefería leer las cartas en la soledad, para poder disfrutar con la lectura de todo el cariño de sus mensajes que, en el silencio de la habitación, me trasladaban hasta mi casa a pesar de la distancia.

Las cartas de mi madre me llegaban profundamente, con su lenguaje directo y escueto, pero llenas de calor, de recomendaciones. No importaba que yo no fuera tan joven. Preocupado por su salud, antes de salir para Nicaragua la había llevado a que le hicieran un chequeo médico y me explicaron que no tenía enfermedad alguna, que solo eran achaques de sus 70 años de trabajo y sacrificios. Y con ello viajé más tranquilo.

La correspondencia con mi esposa transmitía esa otra forma de amor, más íntimo, que ilustraba el querer que nos profesábamos. Fue enorme la responsabilidad que tuvo que asumir con

el cuidado de nuestros dos hijos varones, adolescentes. En una edad en que mucho necesitaban del padre.

Semanalmente nos escribíamos y a veces me comunicaba telefónicamente, llamando a casa de mi madre, donde tradicionalmente nos reuníamos los domingos. En ocasiones estaban todos mis hermanos y algunas palabras nos decíamos, aunque la comunicación era deficiente en ese entonces.

La recepción del correo estaba bien organizada para los cooperantes. Salía de Cuba con los datos del colaborador y su ubicación en Nicaragua, dirigido a: cooperante internacionalista. En el aeropuerto de Managua se recogían, luego se clasificaban por brigadas y sus jefes las recogían en las reuniones mensuales o nosotros se las llevábamos en las visitas programadas.

Los jefes de brigadas las entregaban a los coordinadores y estos a sus maestros y maestras. Luego en sentido inverso, proceso a veces largo, podía demorar un mes o algo más, dependía de la distancia de la zona, solo que siempre llegaban a manos de los cooperantes y de sus familiares.

El trabajo del Contingente fue el primer y contundente golpe a la ignorancia, a la incultura; el resultado de un trabajo colectivo y del esfuerzo personal de quienes supieron comprender el hermoso papel que les correspondió.

Luego de las acciones con que cerraron el curso escolar en cada escuela, con la presencia de niños, padres y vecinos, los maestros y maestras se prepararon para pasar las vacaciones en Cuba.

El plan de desmovilización fue bien preparado, con un calendario escalonado que comprendía la salida de las comunidades hasta la llegada a las cabeceras departamentales, y de allí a Managua. Todos los jefes de brigada tuvieron conocimiento de ello y debían coordinar con las autoridades, quienes por su vía ya lo conocían.

Las mayores dificultades estaban en llegar y permanecer en las cabeceras de los departamentos; se tuvo el mayor cuidado para cumplir con las fechas fijadas.

Contribuyeron de manera especial las autoridades y los maestros pertenecientes a la Asociación Nacional de Educadores Nicaragüenses (ANDEN), quienes abrieron las puertas de sus casas a los internacionalistas cubanos.

Las brigadas ubicadas en los departamentos cercanos a Managua eran llevadas directamente al aeropuerto. Las brigadas de Zelaya, Río San Juan y otros departamentos más retirados, se alojaron en un centro escolar en Managua, y partieron al siguiente día.

La llegada de nuestros compañeros se sentía mucho antes de su entrada a la casa, por los himnos y cantos que entonaban, demostración de su enorme alegría. Bajaban de los ómnibus cargados de emociones, tanto como de maletas y paquetes. La efusión era tal que los besos y abrazos se sucedían, y de inmediato comenzaban las preguntas y respuestas. Comentaban los planes de vacaciones y no dejaban de hablar sobre ellos.

Escuché las historias sobre las salidas de comunidades y varias compañeras de La Cruz de Río Grande narraron cómo se formaron caravanas de pipantes —canoas—, acompañándolas en la bajada por el río. Niños y vecinos se sumaron al desfile y la llegada al pueblo de La Cruz se convirtió en una gran fiesta de despedida.

De las lomas de Siuna bajaron caminando grupos de maestros y campesinos, quienes los ayudaban a cargar el equipaje hacia la cabecera municipal.

Los lanchones hacia el Rama, Granada, Bluefields se llenaron de cubanos y cubanas, así como los aviones desde Siuna y Puerto Cabezas, todos con destino a Managua.

Otros hicieron la primera parte del trayecto a caballo desde las comunidades, donde tomaban camiones o camionetas para alcanzar la cabecera departamental.

Los resultados del trabajo, la vida en las comarcas, eran frecuentes temas de intercambio entre los grupos. Mientras otros se dedicaban a soñar los encuentros con los hijos, su pareja, la familia, su llegada. Mostraban regalos y recuerdos recibidos, así como los presentes que habían adquirido con los ahorros del estipendio que recibían y que muchas veces incluía no solo a la familia, si no a compañeros de trabajo y vecinos.

Muchos hablaban incluso del próximo regreso —ya se conocían las fechas—, pues se sentían muy seguros de poder hacer un mayor esfuerzo, luego de vencido este primer y arduo período.

Evoco especialmente la conversación en que participé con un grupo que se refería a las dificultades para desarrollar la labor docente. Una compañera explicaba que ella fue maestra en aulas urbanas, por grados. Así que resultó muy interesante oírla describir cómo empleó la creatividad para atender un multigrado con niños de diferentes edades, los cuales no sabían leer ni escribir.

Después de construido el local que usó como aula, puso en práctica otras iniciativas para conocer el nombre de muchos objetos y animales, y buscar la correspondencia entre las palabras en misquito y español, y viceversa. Asimismo, se percató del escaso vocabulario que manejaban, y que en muchas ocasiones no les permitía expresar algo conocido, ni siquiera sus sentimientos.

Un compañero, sin pretenderlo, daba una clase de Pedagogía, ya que en el proceso de enseñanza-aprendizaje partía de lo conocido a lo desconocido y trataba de hacerles comprender

con las palabras más sencillas posibles. En este sentido, recurrió a los padres y vecinos para conocer historias y costumbres del lugar, que intercalaba con fábulas y narraciones conocidas por él, y así lograba captar la atención de los muchachos, con técnicas participativas.

Algunos se refirieron al desarrollo de las habilidades en la educación artística y laboral con trabajos elaborados con semillas, flores, bejucos, hojas y resinas de los árboles, que los propios niños recogían y luego servían para adornar la escuela y las viviendas.

Todos tenían una historia que contar de estos meses de experiencias valiosas, tanto de su vida profesional como de sus relaciones humanas, y hasta en su modo de pensar y actuar.

Estas salidas tenían lugar mientras se efectuaban los preparativos para la celebración del primer aniversario de la Revolución en Nicaragua. La alegría se manifestaba por todas partes. Los dirigentes hacían el recuento de los propósitos alcanzados en esos meses. Y el pueblo llevaba muy adentro su principal logro: haberse liberado de la tiranía somocista.

Los educadores cubanos recibieron la mejor atención durante su descanso. Entre chistes, cuentos y risas transcurrieron aquellas horas: algunos inmersos en una espera ansiosa y callada. Ya en la noche se dedicaban a arreglar el equipaje y a la mañana siguiente como se dice, «vistiendo sus mejores galas», los trasladaban al aeropuerto. ¡Qué felicidad!

Entre los más sobresalientes hechos ocurridos en tan corto período, se mencionaban los miles de nicaragüenses que aprendieron a leer y escribir durante la Cruzada de Alfabetización, desarrollada en 1980, donde estuvo Raúl Ferrer, uno de los grandes maestros de Cuba. Él fue uno de los organizadores e impulsores de la Campaña en el archipiélago cubano. Después

dirigió la Educación de Adultos, desde el Ministerio de Educación, y como funcionario de la UNESCO, estuvo varios días en Nicaragua en tareas de ese organismo. En esa oportunidad nos visitó en Monte Fresco. Lo conocí siendo subdirector de educación de adultos en la región Bayamo-Jiguaní y de haber participado en un Seminario Nacional. Siempre lo recuerdo con particular afecto.

Recibíamos un nuevo curso y el convenio de colaboración educacional entre Cuba y Nicaragua fue ampliado. Para el período escolar 1980-1981 se decidió elevar a 2 000 el número de integrantes del Contingente. Atender la organización del nuevo período escolar requirió de algunos cambios en su estructura. Se crearon varias brigadas y se reestructuraron otras, teniendo en cuenta las comunidades y el territorio en que ahora se ubicarían los recién llegados. Para su mejor atención y hacer más operativo el trabajo se nombraron nuevos jefes de brigadas y asesores.

A la dirección del Contingente, ahora con más experiencia, se sumaron los directores departamentales e inspectores y el equipo del Ministerio de Educación de Nicaragua que nos atendía, quienes se pusieron en función de recibir y ubicar a los maestros, los cuales recibieron un nuevo módulo de artículos que incluía ropa, zapatos, maletas, maletines y otros objetos de uso personal.

Llegaron con nuevos aires, se veían fuertes y animosos. A los que ya conocía por haber trabajado en la zona que atendía, me era muy fácil reconocerlos, aunque ahora mostraban un aspecto más seguro. No había dudas de que las vacaciones en Cuba les habían nutrido física y mentalmente. Incluso poder leer los materiales de la prensa que reseñaban su labor en Nicaragua también contribuyó a estimularlos y proporcionarles una nueva energía para continuar el camino emprendido.

Fue una grata sorpresa encontrar entre los recién incorporados a compañeros con quienes trabajé en Bayamo, en los primeros años de la Revolución. Pero mi mayor satisfacción fue reconocer entre ellos a algunos jóvenes que fueron estudiantes en la Escuela Pedagógica Presidente Allende, en la cual impartí clases. Eran aún muy jóvenes, pero ya tenían cuatro o cinco años de experiencia y fueron seleccionados por sus méritos durante la práctica profesional.

Repaso las presentaciones de grupos culturales que tenían lugar en Nicaragua. Así tuvimos el gusto enorme de ver al Ballet Nacional de Cuba, y también al reconocido cantautor José Antonio Méndez. Fueron de los momentos más recordados por todos. Igualmente pudimos disfrutar de algunos encuentros deportivos.

Los colegas que regresaban utilizaron las vacaciones también para preparar y confeccionar numerosos materiales y medios, necesarios para perfeccionar el trabajo docente-educativo.

Fue una demostración del interés en mejorar su labor docente, su amor a la profesión, sus conocimientos pedagógicos. Esa fue la convicción cuando abrieron sus bultos y comenzaron a mostrar los útiles elaborados por ellos, que llevaban el mensaje de su voluntad.

Y para completar portaban lápices y papeles de colores y blanco, tizas, crayolas, recortes de tela, goma de pegar, tijeras, hilos, botones, cordeles. Aquellas escuelas se convertirían en verdaderos talleres para ampliar el mundo de infantes y adolescentes. A tantos objetos útiles, sumemos libros de cuentos y para colorear, pinturas, láminas y afiches.

Recuerdo una compañera que muy complacida mostraba piezas de canastilla para la señora de la casa donde se alojaba, que esperaba un hijo.

Creo que nada olvidaron, pues traían hasta medicamentos para el botiquín de la escuela —el cual podría ser de utilidad para cualquier poblador. Un compañero contaba que en su cuadra el Comité de Defensa de la Revolución lo recibió con un encuentro con los vecinos, ante quienes relató las dificultades de su labor, así como lo que había logrado. Al día siguiente, muchos de ellos comenzaron a enviarle desde ropa hasta juguetes para aquellos que esperaban su regreso en Nicaragua.

Según el compañero Berto Cornelio, coordinador de la zona de Tortuguero, en Bluefields, un maestro de su grupo portaba una caja con herramientas de carpintería para hacer su cama y ayudar a construir el mobiliario de la escuela y casa donde residía. Era realmente reconfortante ver y oír las iniciativas que acometieron para hacer más completa su gestión. Aquello resultaba un poderoso mensaje de solidaridad y no dejaba de pensar: ¡Si Fidel estuviera aquí para ver esto!

Los cooperantes expresaban así los valores que la Revolución había promovido en nuestro pueblo, sentimientos nobles y de justicia social, que los hacía crecerse.

En varios discursos el Comandante en Jefe expresó su conocimiento de cómo trabajaban los educadores cubanos, y por tanto el apoyo que recibimos fue constante, y el mejor estímulo a nuestra presencia allí. Fueron muchas las ocasiones en las que los colaboradores recibieron algún presente en días especiales: 26 de Julio, Día de las Madres y Día del Maestro. Muchos de esos regalos incluyeron un pequeño radio de baterías, para romper su incomunicación, pues en las comunidades de la Costa Atlántica, ellos podían escuchar muchas emisoras cubanas como Radio Progreso, Radio Rebelde y Radio Reloj.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



EL CONSENSO DE NUESTRA AMÉRICA. Construyendo la unidad desde el Foro de São Paulo

Abel Enrique González Santamaría

Cada país latinoamericano y caribeño avanza por senderos propios. Algunos procesos deben construir, consolidar o defender su consenso ideológico; en otros, es necesario, ante todo, un consenso político. Pero en todos los casos la izquierda continental tiene dos enemigos fundamentales: la desunión y el imperialismo. Ese debe ser el programa mínimo: unimos en el combate contra el imperialismo y el neoliberalismo.

152 páginas, 2018, ISBN 978-1-925756-18-0

¡Todavía sería cocinera!

Inés Milagro Rodríguez²⁹

Luego de haber estudiado la especialidad de Cerámica y Alfarrería en la Escuela de Artes y Oficios de Santiago de Cuba, donde me gradué en 1949, cursé el bachillerato en Guantánamo, que finalicé en 1956, para poder continuar estudios de Pedagogía en la Universidad, lo cual no pude realizar por el inicio de la insurrección.

Regresé para Santiago ya con dos hijos y en 1958 viajé a La Habana, donde trabajé como cocinera, pasando no pocas vicisitudes. Me había graduado y no pude comenzar a trabajar con mejores condiciones hasta el triunfo revolucionario. Si no fuera por eso, ¡todavía sería cocinera en una casa particular!

Y es que fue azarosa la vida tanto de ella como de otras muchas mujeres pobres y negras de nuestro país antes de 1959. Cuenta que en 1960 una vecina le dijo que estaban convocando a jóvenes con nivel medio de instrucción, para que pudieran prepararse como maestros e impartir clases en zonas rurales del país. Se presentó en el Instituto Nacional de Reforma Agraria y realizó una prueba en la Universidad de La Habana. Pero no la llamaron en el primer grupo, así que nuevamente se presentó para saber qué había ocurrido. En la oficina donde la atendieron, le dieron un paquete con varias carpetas y le pidieron que buscara su nombre y finalmente apareció. Su alegría fue mucha. Terminado el entrenamiento, se incorporó como maestra en la zona del Escambray, dando clases en un aula multigrado. El último año en las montañas lo

²⁹ Inés Milagro Rodríguez Torres: Llegó a los 27 años de servicios en el sistema educacional. Se hizo maestra voluntaria y luego de laborar varios años en el Escambray, regresó a La Habana y fue ubicada en la escuela Antonio Maceo, en La Lisa. Transitó por varios centros, incluyendo la Educación de Adultos y en 1980 se incorporó a la misión educacional en Nicaragua.

pasó en Minas del Frío, impartiendo clases de Biología de las plantas a los jóvenes que allí comenzaban su formación como maestros primarios.

Al regresar de la montaña me ubicaron en la escuela Antonio Maceo, en La Lisa. Después pasé a trabajar como maestra del Ejército Rebelde en La Cabaña, y tiempo después, por varios centros de la Educación de Adultos y en todos tuve un buen desempeño como docente. Luego de 27 años de servicios recibí la Medalla por la Educación Cubana.

En 1980 conozco de la necesidad de enviar maestros cubanos para impartir clases en la República de Nicaragua, donde recién había triunfado la Revolución Sandinista. Y enseguida me presenté para cumplir esa importante misión.

Los que conmigo viajaron salimos de La Habana el 28 de septiembre de 1980 y a las 9:45 a.m. estábamos arribando a Managua. El día 3 de octubre un grupo de 12 fuimos para el municipio Carlos Fonseca Amador, próximo a Managua.

Todos fueron ubicados allí y a mí me enviaron a un lugar llamado Los Sánchez, donde estuve tres días hasta que me fueron a buscar para trasladarme a una comunidad nombrada Loma Alegre. Recuerdo que la señora de la casa donde estaba alojada les dijo que no me llevaran para allá porque de ese lugar, cuando llovía, no se podía salir. Por fin, cuando salí eran las 2:30 p.m. y el camino era pésimo.

En realidad los primeros días no fueron buenos, pero yo estaba decidida a permanecer, no importaba la situación. Esos fueron los principios con los que nos formaron. Y el resultado se vio antes de lo que pensaba. Aquellas condiciones cambiaron. Yo visitaba a los pobladores con frecuencia, así podía relatarles las experiencias de los cubanos: cómo era Cuba antes y después de la Revolución.

Y les hablaba de mi caso: me había graduado y no pude comenzar a trabajar con mejores condiciones hasta el triunfo revolucionario. En la casa donde me alojaba los vecinos me visitaban y siempre querían que les hablara de cómo era Cuba. Les impactó la forma en que los maestros recibimos a los constructores que en un momento vinieron a cumplir también misión, por la fraternidad que existía entre nosotros.

Al regreso de las vacaciones, luego del primer año de labor en el contingente, no fui para Loma Alegre, si no para Las Salinas, municipio de Tola,³⁰ departamento de Rivas. Esta brigada la constituían 27 colaboradores, 16 maestras y los restantes, maestros. El jefe era Antonio Gutiérrez Mantilla, de Villa Clara y procedíamos de seis provincias.

En este nuevo lugar pasé trabajo para que los educandos se incorporaran al aula. Incluso la casa donde me alojaron no eran personas que estuvieran muy de acuerdo con la Revolución Sandinista.

Para que mandaran a los hijos a las clases, me vi obligada a hablar mucho con ellos y reiterarle las ventajas que representaba para las familias nicaragüenses que sus hijos pudieran estudiar y más tarde desempeñarse en otros oficios y profesiones. Todos se iban a beneficiar.

De esta forma pude llegar a tener 63 alumnos, divididos en dos grupos. Los mayores por la mañana y los pequeños por la tarde. Y programamos reuniones con los padres dos veces al

³⁰ Tola, municipio situado a 124 km de la ciudad de Managua y tiene una superficie de 562 km cuadrados. Cuenta con 69 comunidades y su correspondiente centro urbano. Principales actividades económicas: la agricultura, la pesca, la ganadería y el turismo de aventura. El nombre está dado por su origen, tierra del Tule, (de los toltecas): pueblo originario de ancestro mexicano. En 1855 fue atacada por los filibusteros norteamericanos de William Walter, que invadieron el país.

mes, no solo para informarles de cómo avanzaban los estudios, sino de algunas orientaciones de higiene que debían observar en las casas, para disminuir el parasitismo, que resultaba un serio problema en aquellos parajes.

Este trabajo social también lo llevaba adelante con los niños, a veces durante el receso, explicándoles que en mi país los niños ya no vendían periódicos, ni limpiaban zapatos; que había becas para continuar estudios superiores, y otras escuelas seminter-nas —para los hijos de madres trabajadoras—; escuelas de ofi-cios, donde los adolescentes se graduaban para poder ejercer un empleo una vez egresados.

Fueron muchas las cosas que pude hacer durante el cumpli-miento de la misión, como recompensa fui vanguardia, y en el año 1982 vine a La Habana, al Congreso que se celebró en Ciu-dad Libertad.

Desde todo punto de vista, mi estancia junto al pueblo nica-ragüense fue gratificante y recuerdo esos dos años allí como una experiencia de vida insuperable. Luego de los muchos años transcurridos, sigo pensando que valió la pena el sacrificio que hicimos al alejarnos de la patria y la familia.

Condiciones desiguales

Guido Castaño

Las condiciones socioeconómicas, geográficas y culturales en la zona de la costa del Pacífico eran completamente diferentes de aquellas que conocíamos en la Costa Atlántica.

En la primera se encontraba Managua, la capital: centro político, administrativo y comercial, así como otras importan-tes ciudades como León, Masaya y Granada. Igualmente, varios departamentos en la frontera con Honduras.

Las maestras y maestros laboraban en todos ellos, pero siempre en zonas rurales apartadas, en poblaciones humildes. A ello se adicionó, sobre todo en los departamentos fronterizos, de forma abierta, la guerra sucia que Estados Unidos hacía a la Revolución Sandinista.

Con la total cooperación de los gobernantes hondureños, ese territorio se convirtió en la base de operaciones militares que con objetivos precisos era llevada adelante por la Contra, armada, entrenada y financiada por el poderoso país del norte.

En alguna medida todo esto comenzó a afectar la labor educativa de los cooperantes, ponía en peligro sus vidas y su seguridad constituía una gran preocupación.

Las principales acciones de guerra tuvieron lugar en los departamentos situados en la zona norte del país. En 1981 había bandas operando, pero también en departamentos del centro como Chontales; en Rivas, departamento del sur frontera con Costa Rica, y en Zelaya.

El terrorismo y las acciones militares de los Contra se incrementaron y se volvieron más frecuentes los asesinatos de campesinos y los ataques a poblados. Los enfrentamientos contra el Ejército Sandinista constituían fieros combates que, según me dijo un compa — así llamaba la población a los integrantes del Ejército Popular Sandinista (EPS) —, eran a muerte.

En aquellos años (1980-1981) el gobierno de Estados Unidos aseguraba que no habría una nueva Cuba en América Latina, por lo que emplearon todos los medios necesarios para aplastar la Revolución en el hermano país.

La vida económica, social y política se vio afectada, toda vez que la mayor parte de los recursos eran destinados para enfrentar a los agresores.

El cuidado y la atención a los maestros por parte del Frente Sandinista, el Gobierno de Reconstrucción Nacional, la embajada de Cuba y la dirección del Contingente fueron constantes. Se estaba muy atento al desarrollo de los acontecimientos y en ocasiones se determinó retirarlos de los principales escenarios de los enfrentamientos armados y reubicarlos en otras áreas.

Era un tema permanente en las conversaciones con los cooperantes, incluso entre los amigos nicaragüenses, el interés de fortalecer la disciplina y estar atentos a las orientaciones que se impartían para nuestra seguridad. Precisaba exigir el más estricto cumplimiento de las normas establecidas. Mi experiencia de los años de maestro en la Sierra Maestra y luego como profesor de Historia de la Revolución Cubana me ayudaba para transmitirla a todos.

Entre otros males, los docentes cubanos se vieron afectados por los prejuicios que el enemigo había sabido crear en una parte de la población nicaragüense en relación con Cuba y su Revolución. De manera especial, estaba muy presente aquella famosa Operación Peter Pan que, dirigida desde Estados Unidos, facilitó que miles de niños cubanos salieron autorizados por sus progenitores para refugiarse en aquel país, ante la supuesta pérdida de la patria potestad por sus padres.

Una compañera que laboraba en el departamento de Carazo me relató lo sucedido en su comunidad a su llegada, donde fue bien atendida, pero en el recibimiento no había ni niños ni ancianos. Al comentarlo con la familia que la alojaba le dijeron que en Nicaragua muchos creían que en Cuba se comían a los pequeños y a los viejecitos los mataban para hacer jabón y con sus huesos hacían botones. Aquellas bárbaras ideas las pudo destruir solo mediante su trabajo, su conducta y los razonamientos que utilizó en las conversaciones con padres y vecinos.

Esas dificultades fueron muy bien enfocadas en el trabajo de todos. A ello se sumaron los resultados en la actividad educativa.

En las reuniones con los colaboradores insistía en que la misión era nuestro Moncada y nuestro *Granma*. Solo que ahora enarbolábamos armas de cultura y educación que tanto necesitaba el pueblo nica. Se trataba de que comprendieran el gran objetivo de nuestra labor, fortalecer el ánimo de quienes eran mayoritariamente jóvenes, además de interesarlos en la búsqueda de información. La comunicación permanente con los pobladores era indispensable.

Veía cómo nuestros compañeros no solo se habían adaptado al modo de vida en los lugares donde trabajaron, sino que ganaron en dominio y experiencia de su labor profesional y eran capaces de desarrollar un plan de clases acorde a las características de los educandos. Pero, sobre todo, era vital la solidaridad que transmitían con su presencia.

Entre los integrantes del Contingente no conocí ninguno que antes hubiera cumplido misión internacionalista. Y para todos tener noticias de Cuba era motivo de una gran alegría, tanto si estaban referidas a cualquier éxito de nuestro pueblo, pero particularmente, las de carácter familiar.

Con enorme alegría esperamos la llegada del 1ro. de Enero de 1981. Se distribuyeron artículos a las brigadas para que pudieran festejar la fecha. Reinaba un sano ambiente para recordar tan especial ocasión lejos de Cuba. En particular se incrementaba entre los cooperantes su identificación con los compañeros que estaban en Angola y otros países. Ser internacionalista era ya condición específica de la Revolución Cubana.

Aprendimos a querer y valorar el papel de Augusto César Sandino en la historia de lucha de su pueblo y nos identificamos con su acción y relatos.

La lucha armada que libró el General de Hombres Libres contra los gobernantes de turno y los invasores norteamericanos, señalaba el camino de los combatientes del Frente Sandinista de Liberación Nacional, encabezados por Carlos Fonseca Amador, fundador y artífice de la necesaria unidad ganada por las fuerzas revolucionarias, que finalmente liberaron a la Patria.

Mi diario...

María de los Ángeles Peñalver³¹

Cuando salimos de Cuba, Fidel nos pidió que lleváramos un diario ¡y yo cumplí! Por ello puedo referirme a aquellos dos años de trabajo en Nicaragua con tantos detalles y repasar sin tropiezos lo que viví.

La idea de incorporarme al Contingente Pedagógico Augusto César Sandino, comenzó cuando el 26 de julio de 1979 Fidel mencionó que Cuba enviaría maestros a Nicaragua, donde hacía solo unos días había triunfado la Revolución Sandinista. Nos ofrecimos miles de maestros y en la selección se tenían en cuenta varios indicadores, dos de ellos eran los decisivos: ser graduado con tres años de experiencia, y tener posibilidades para permanecer dos años en el lugar donde se le designara.

Me incorporé en septiembre de 1980, en el segundo grupo de 800 maestros. El día 6 de ese mes, el Comandante en Jefe se reunió con nosotros en el Teatro Carlos Marx y nos explicó la tarea que nos esperaba.

³¹ María de los Ángeles Peñalver Mederos: se hizo licenciada en Educación Primaria y trabajó en ese nivel y también en el secundario, así como en escuelas especiales. Se mantuvo en la docencia durante 48 años.

Este relato forma parte del diario que llevó en Nicaragua durante los cursos 1980-1981 y 1981-1982

Luego del chequeo médico y otros trámites pertinentes, el 23 fuimos al campamento que radicaba en Alquízar y allí nos dijeron el departamento al que nos enviarían. A mí me correspondió ir a Chontales, en el centro, a unos 150 kilómetros de Managua.

Al día siguiente nos entregaron radios, cámara, algunos medicamentos y otros productos de aseo personal. Ya en la madrugada salimos para el aeropuerto de La Habana y llegamos a la capital de Nicaragua a las 8 y algo más de la mañana.

Nos alojaron en la casa de las Milicias y posteriormente en la Casa de Cultura, para luego hacernos llegar a nuestro destino en los diferentes departamentos. Allí celebramos la primera reunión con el que sería el coordinador y las autoridades de la Junta de Educación. Nos dieron la bienvenida y nos indicaron los municipios adonde iríamos. A mí me situaron en el municipio La Libertad, en la casa de Melania y de José León, quienes tenían dos hijos varones.

El 1ro. de octubre nos reunieron y fuimos hasta el municipio de Santo Domingo, donde recibimos un seminario en el que participaron maestros cubanos y nicaragüenses. Finalmente, el día 6 me vino a buscar el campesino dueño de la casa y me trasladaron al lugar donde tendría mi escuela, en la montaña. Él trajo el caballo para transportarme y por mi falta de experiencia y las condiciones del camino, la travesía duró más de cinco horas.

El lunes 13 comencé a dar clases con siete alumnos por la mañana. Muchas veces iba yo sola al aula, pues los alumnos no se presentaban porque ayudaban a sus padres en las faenas del campo. Pero no importaba a la hora que llegaran, yo los incorporaba a las lecciones.

Pronto nos acostumbramos a la rutina del trabajo y la vida. Impartía clases mañana y tarde a los pequeños y a los jóvenes.

Por la noche se incorporaron algunos adultos unos días después. Lo más difícil eran las noches por la cantidad de ratones que abundaban en la casa y sus alrededores, efecto de la acumulación del maíz, que constituía el alimento fundamental de la población. Dejábamos las linternas casi todo el tiempo encendidas, para espantarlos.

Siempre que bajaba al pueblo debía ir acompañada con algún jefe de familia. Era una medida de seguridad muy útil y que nadie debía incumplir. En una oportunidad otra colega y yo nos atascamos en un lodazal, del cual nos pudieron ayudar a salir los campesinos, halándonos con unas sogas. En esta zona llueve mucho y los caminos se ponen muy malos, no era fácil transitarlos. Pero lo peor eran las serpientes. Me asustaban mucho y en varias ocasiones me encontré con alguna, incluso en la escuela. Nunca me curé de ese temor.

Motivo de interés me resultaba siempre conocer cómo nombraban las cosas, los objetos, a veces eran vocablos tan diferentes que casi hablábamos idiomas distintos. Esto nos obligó a aguzar nuestro entendimiento y así poder comprendernos mejor y establecer una conversación más fluida. En esa comarca no estuve mucho tiempo, pues el movimiento de la población me dejó casi sin alumnos. Fui destinada entonces para Quinuma, donde tuve alrededor de 14 alumnos entre niños y jóvenes. Los dueños de la casa eran ganaderos y quienes los visitaban no se mostraban muy de acuerdo con los sandinistas.

La escuela estaba situada cerca de la carretera, tenía bancos y mesas. Posteriormente, con la ayuda de los padres de los niños más pequeños, pudimos mejorar las condiciones. También pude hacer un huerto que nos dio muy buenos resultados. Con estas y otras decisiones, gané de modo consecutivo la emulación en mi grupo y llegué a ser la mejor maestra de mi

brigada. La evaluación era sistemática, tanto en docencia como en actividades extraescolares.

Al año siguiente, los alumnos habían vencido una parte de los objetivos propuestos, y aunque no podíamos utilizar los libros de Cuba yo confeccioné un grupo de láminas para ilustrar los fonemas y los grafemas y facilitar el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Traté de facilitar el trabajo y evitar dificultades con los vecinos, así que no imponíamos criterios sobre religión o política. Eso lo teníamos muy claro. Recuerdo que en marzo asistí a una reunión en la iglesia, y muchos de los vecinos me miraron muy extrañados, porque entre ellos comentaban que nos prohibían ir a la iglesia. Esos argumentos quedaron fuera de lugar a partir de ese momento.

En abril, durante la Semana Santa se hacen procesiones y otras fiestas no religiosas, por eso la escuela cerraba. En el pueblo donde yo vivía, la virgen que se adoraba era la Virgen de la Luz.

En una ocasión asistí a un casamiento en la iglesia y los invitados iban a pie detrás de los novios, rodeados de las damas de honor. Los cubanos que asistimos la pasamos muy bien, y compartimos con nuestros vecinos.

Igualmente recuerdo un juego de pelota entre cubanos y nicaragüenses donde nos encontramos un grupo grande de cubanos que laborábamos en distintas comarcas. Todo el tiempo estuvimos alentando a nuestros jugadores. Y como ganamos 6 a 2, nos tiramos al terreno y a una sola voz gritábamos: «¡Cuba!, ¡Cuba!, ¡Cuba!» ¡Fue mucha la alegría que sentimos en esa ocasión!

En julio saldríamos de vacaciones y estábamos muy contentos con la posibilidad de poder ver a nuestras familias. Dos semanas antes, en junio, nos ofrecieron un acto de despedida

por nuestro primer año en el trabajo. En la casa cural tuvimos una comida e hicieron entrega de diplomas. Ya para el día 11 estaba prevista la partida desde Juigalpa.

En la noche se celebró un acto político en el que se dio lectura a la carta que el Comandante en Jefe nos envió y la respuesta fue la firme decisión de cumplir nuestra misión. Concluimos el primer año de una tarea en la que habíamos empeñado nuestro mejor esfuerzo.

Regresamos a Nicaragua en septiembre, luego de las vacaciones. Veníamos con nuevos bríos y muchos deseos de hacerle frente a nuestras labores, con la ventaja de que ya conocíamos el país y a su pueblo. Al día siguiente nos fueron a buscar y nos trasladaron para La Libertad, donde nos informaron que había una situación política algo crítica.

A pesar de esos augurios fui muy bien recibida por la mayoría de los pobladores, quienes enseguida me ayudaron a limpiar y preparar la escuela para recibir a los alumnos al siguiente día.

Volvimos a encontrar la irregularidad en la asistencia, acorde con las necesidades del trabajo de los muchachos, por parte de la familia. Me mantuve abriendo la escuela y ellos se incorporaban en la medida en que les era posible. Mi objetivo estaba bien definido: que no permanecieran fuera del plantel y lograran ampliar sus conocimientos.

Hubo algunos movimientos, pensando en la seguridad de los cooperantes durante mi permanencia allí. Hay que decir que, a pesar de las dificultades, siempre se mantuvo la atención por parte de la dirección del Contingente, así como las reuniones con el coordinador y el jefe de brigada, quienes controlaban el proceso docente y nos daban las orientaciones que correspondían.

En este segundo año nos incorporamos al trabajo voluntario en el período de las cosechas. Algunos maestros fueron a

la recogida de algodón, otros al café o a otros cultivos. En ese tiempo los alumnos no asistían a clases, así que teníamos sobradas razones para ayudar también a los residentes. Al regreso a nuestras comunidades respectivas, las autoridades nos recibieron con una actividad cultural.

Cuando terminó este trabajo voluntario surgió un brote de hepatitis en la zona. Algunos maestros de mi grupo fueron remitidos para Cuba como consecuencia de la enfermedad. No me sentí muy bien durante unos días, pero al hacerme la prueba de la hepatitis no arrojó que estuviera enferma. Así me sorprendió mi cumpleaños y, aunque siempre fue triste por la lejanía de mi familia y de mi país, los padres de mis alumnos recordaron la fecha. Entonces no me sentí tan sola.

Por esos días, como integrante de la Comisión de Disciplina, fue necesario analizar dos casos de maestros que se ausentaron de su comarca. Lo primero era tratar de que los compañeros reconocieran su error, puesto que en este caso se trataba de un asunto de seguridad y no se podía obviar. Pero teníamos en cuenta que ya estábamos finalizando la misión y no los queríamos sancionar con el regreso a Cuba. Así que estos casos fueron cerrados con una amonestación al expediente.

Llegó el Día de las Madres y de nuevo no me sentí muy bien tampoco. Era muy difícil estando tan lejos de mi mamá. Pero esa noche nos reunimos un grupo de maestros y fue quedando atrás la nostalgia, mientras oíamos música y conversábamos de nuestras familias.

En el mes de mayo conocimos de la muerte de una compañera cuando trataba de salvar a una familia durante un temporal. La maestra se ahogó con algunos integrantes de la familia, pues la fuerte corriente viró el bote y no pudieron salir de las aguas. Noticias como estas nos sorprendieron en más de

una ocasión y fue siempre un momento muy triste para todos nosotros.

En el mes de julio de 1982 nos reunimos en el Hollate, donde había una hacienda, y allí celebramos un nuevo aniversario del 26 de Julio. En esa oportunidad se hizo también el chequeo de la emulación y seleccionaron a los mejores maestros de mi coordinación. Se acercaba agosto, y en la medida que el tiempo avanzaba comenzábamos a medir cuánto nos faltaba para nuestro regreso a la Patria.

En ese tiempo continuaron los movimientos para la reubicación de los maestros, con el fin de acercarlos a los pueblos y carreteras, ya que la Contra nos seguía amenazando. Entre sus fechorías más recientes se encontraban la quema de un pequeño hospital y un taller. ¡Qué situación vivíamos en ocasiones como esas! Pero estábamos convencidos de que íbamos venciendo.

Faltaban pocos días para el 23 de octubre de 1982, fecha en que se cumpliría el segundo aniversario de la Cruzada de Alfabetización que desarrolló Nicaragua en aquel difícil período. Mis amigos y vecinos desde Cuba me enviaban libros de cuentos y de textos, con los cuales formé una pequeña biblioteca en la propia escuela.

El 3 de septiembre, al terminar mis clases a eso de las 5:00 p.m., fui a tomar el ómnibus para trasladarme al pueblo, pues el coordinador me envió un mensaje para que me presentara. Había llegado el médico cubano que estábamos esperando. Aun acabado de llegar, aquel compañero en poquísimos minutos se preparó y comenzó a atender personas que se aglomeraron en la casa.

Durante la permanencia en mi escuela muchas veces tuve que servir de enfermera, más bien sanitaria, en ayuda de cualquier campesino que resultó herido durante sus faenas. Casi

siempre solo hacía una buena limpieza a la herida y lo remitía al centro de salud, pues no podía hacer nada más.

El 15 de octubre, en la reunión del Partido y de la comisión disciplinaria, se presentó la compañera Sonia Romero, quien fuera directora de la escuela pedagógica Presidente Allende, y quien sustituiría a la compañera Mercedes Almiñaque, que ya finalizaba su mandato al frente del Contingente. Ella se refirió al próximo viaje de regreso de los que ya cumplíamos la misión. Unos días después nos confirmaron que la salida estaba prevista para el 22 de noviembre.

El 9 me sorprendió la fiesta de despedida, aunque ya me imaginaba algo, por la diligencia que veía a mi alrededor. La fiesta transcurrió muy bien y asistieron los 11 cubanos de mi coordinación. En la casa, el papá y la mamá prepararon una larga mesa con comida y bebida. Él dijo unas agradecidas palabras de despedida que emocionaron a todos y a mí me hizo llorar. Allí estaban los alumnos y sus padres, tan conmovidos como nosotras. Pocos días después fue la despedida en el poblado, donde también se dijeron palabras reconociendo el trabajo hecho por los maestros y maestras cubanos.

En ese momento nos percatamos de las dificultades por las que pasamos, la adaptación al medio en un país desconocido y en condiciones muy diferentes a aquellas en las que trabajábamos en Cuba.

El 16 salimos para la ciudad y tres días después a cada uno nos entregaron el diploma de reconocimiento por la sinigual obra cumplida.

El 21 salió el primer grupo y al siguiente día ya estaba pisando tierra cubana. Mi familia y mis vecinos me esperaban en la casa, y fue inmensa la alegría con que nos reencontramos.

La tarea había sido concluida con resultados satisfactorios. Y a tantos años de distancia me siento realmente orgullosa de ello, a pesar del enorme sacrificio que representó estar fuera de la familia y de la Patria. Reafirmo que me siento recompensada como maestra y como militante del Partido por esas jornadas que nunca hemos podido borrar de la memoria.

Como resultado de mi permanencia allá recibí la Medalla de Trabajador Internacionalista.

En la docencia me mantuve durante 48 años y alcancé el nivel universitario al graduarme de Licenciatura en Maestro Primario. En mi largo ejercicio ocupé diferentes responsabilidades.

Hecho inusitado

Guido Castaño

Un día llegaron noticias a Monte Fresco de que un maestro de la brigada de Siuna había asistido el parto de la señora de la casa en que residía. Aquello resultaba un hecho inusual, aun en nuestras complejas circunstancias.

Recibí instrucciones de que fuera al lugar y me informara de lo ocurrido. Tomé el avión a Siuna y luego de media hora de vuelo, la nave comenzó a presentar problemas, pues de manera alterna aceleraba y disminuía la velocidad, mientras la aeromoza entraba y salía de la cabina del piloto portando diferentes herramientas. Fue grande la preocupación que se adueñó de los pasajeros, pasando uno de los peores momentos de mi estancia allí. Luego de un tiempo angustioso que me pareció un siglo, la aeromoza anunció que regresábamos a Managua.

Por fin divisamos el aeropuerto, donde la nave hizo un aterrizaje a gran velocidad, pero sin tener que lamentar daños

ni el avión ni los pasajeros, que descendimos comentando el mal rato.

Pero todavía tenía pendiente una sorpresa: la nave fue reparada y en ella emprendimos el vuelo, aunque con no poca predisposición, pero sin consecuencias. En el aeropuerto esperaba ya el jefe de brigada, quien me acompañó hasta la comunidad de Waspado Central, ubicada en la cordillera Isabelia, perteneciente al municipio de Siuna, y nos dirigimos a la casa donde vivía el maestro Argelio Valladares.

Explicué mi presencia allí al matrimonio que ocupaba la casa y al maestro. Desde el inicio del relato de ambos fueron reiteradas las palabras de agradecimiento, porque la actitud del maestro había salvado la vida del niño y la madre.

La señora explicó que esa noche estaba sola en la casa, pues el esposo debió ausentarse por razones de trabajo y que comenzó a sentir los dolores del parto. Al escuchar sus gritos, Argelio despertó e inmediatamente, sin poder acudir a buscar a algún vecino por lo lejos que estaban todos, atendió el nacimiento de la criatura. Era el lunes 8 de diciembre.

Muy expresivo, el maestro explicó su insólita experiencia. Sin perder tiempo encendió el fuego, puso a hervir agua y buscó algodón, alcohol, hilo, artículos previamente adquiridos para el caso y un cuchillo. La señora, aunque primeriza, tenía idea de lo que debía hacerse y colaboró, con un gran esfuerzo y se logró el feliz alumbramiento. «Jamás olvidaré aquellas horas. Siempre pensé que vendría como maestro y haría todo lo que se presentara, pero nunca me pasó por la mente que tendría que hacer de partero».

Por su parte, el padre subrayó que el recuerdo del maestro quedará para siempre en la familia.

En el transcurso de 1981 fueron en ascenso las dificultades, se incrementaron las acciones de las bandas de la Contra, que fueron ampliando los territorios donde dejaban su huella de dolor y muerte. Desde esa fecha avanzaron de los límites con Honduras hacia el centro del país. Los combates se hicieron más frecuentes y aumentaron los ataques a poblados, con la secuela de muertes de campesinos y combatientes.

La economía sufría tales efectos: los productos industriales y agrícolas aumentaban de precio por día. Todo ello era muy bien aprovechado por algunos medios de comunicación, como el reaccionario diario *La Prensa* y emisoras de radio que se manifestaban sistemáticamente contra el proceso revolucionario.

Esta situación repercutía en el trabajo del Contingente, pues nos vimos obligados a trasladar las brigadas de las zonas en que se incrementaban las acciones armadas hacia otras menos hostigadas por las bandas. La agresividad de la contrarrevolución hizo que creciera nuestra firmeza y el principal objetivo devino mantener la ayuda a la Revolución Sandinista.

En ese tiempo las brigadas establecidas en Bluefields y Río San Juan pasaron a ser atendidas por otro asesor, así que me asignaron otras tareas y se incrementaron las guardias operativas.

A Monte Fresco, sede de la dirección, llegaron asesores de diversos organismos, entre ellos la doctora Lidia Turner, vicerrectora del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona, donde yo laboraba.

Igualmente, en mi familia las cosas se complicaban: uno de mis hermanos, que trabajaba en el Ministerio de la Industria Alimentaria, vino también para Nicaragua, lo que me resultó de gran alegría, pero a la vez incrementó mi preocupación por mi madre, pues mi hermana Yolanda cumplía misión en Mozambique y mi hija Teresita —las dos vivían con ella—, fue a trabajar

como maestra a la Isla de la Juventud. Otro de mis hermanos, Dagoberto, cumplía misión militar en Angola. Una realidad que se repetía en numerosas familias cubanas.

En los casos de grandes movilizaciones civiles o militares, se producen pérdidas de vidas humanas por las más diversas razones. El Contingente no fue una excepción y lamentamos la muerte de varios compañeros, las cuales ocurrieron por razones diversas: víctimas de accidentes, enfermedades o la peor de todas, asesinados por las bandas contrarrevolucionarias.

La jefa del Contingente me llamó con urgencia en una ocasión y me comunicó que en Puerto Cabezas un maestro había fallecido víctima de un accidente. De inmediato me dirigí hacia la Fuerza Aérea Nicaragüense, donde se alistaba un avión, en el cual fui a buscar el cadáver.

Al llegar encontré al jefe de la brigada de médicos cubanos, a dirigentes nicaragüenses y los campesinos de la casa donde se alojaba Ángel García, el maestro fallecido. El médico que atendió el caso me informó que Ángel, como siempre hacía, acompañó al campesino de la casa a cortar leña y en esa faena recibió un fuerte golpe entre tórax y abdomen de un trozo de la madera que estaba cortando, lo que le ocasionó la muerte.

A Ángel lo conocí en una visita que hice a la comarca donde laboraba. El hecho me resultaba muy doloroso, tanto como a la familia que lo había acogido en su casa, quienes apreciaban al maestro en alto grado.

No menos sensible resultó el caso de José Rolando Pérez Suárez, a quien conocí en una visita a Zelaya Norte. Era un hombre alto y fuerte, joven mulato santiaguero muy serio y afectuoso.

Sus compañeros me relataron que estaban en una reunión de la brigada y Rolando explicó que se sentía mal y fue hasta

el baño. Al rato, viendo que demoraba demasiado, alguien fue y lo encontraron tirado en el piso, ya sin vida. Cumplía el primer año de trabajo en Nicaragua cuando falleció, a consecuencia de un edema pulmonar e infarto del miocardio, según pude conocer después. Ambos maestros, por esas casualidades de la vida, trabajaban en la escuela Nguyen Van Troi, del municipio Santiago de Cuba.

Escuela improvisada

Eugenia Julia Ulacia³²

En 1971 me gradué de maestra primaria en la escuela pedagógica Antón Makarenko. Ya llevaba nueve años de trabajo en la escuela Manuel Sanguily cuando me seleccionaron para cumplir misión internacionalista en Nicaragua. Nos preparamos en poco tiempo y salimos hacia ese país el 9 de octubre de 1980.

Fui ubicada en Chinandega El Viejo,³³ un lugar recóndito, en la comarca denominada Río Chiquito. Cuando llegué a este lugar la «escuela» eran cuatro palos y un techo de guano, sin asientos ni otras condiciones para poder desempeñar las clases. Lo primero fue iniciar el trabajo con la comunidad a fin de ganar su comprensión y apoyo. El resultado fue inmediato:

³² Eugenia Julia Ulacia Duany: en 1967 se incorporó al sistema de formación pedagógica que transcurrió en los centros docentes de Minas-Topes-Tará, lugares en los que cumplió diversas tareas mientras se adiestraba e instruía para desempeñarse como maestra primaria. Fue en Tarará donde inició sus prácticas docentes, y ya en 4to. año fue seleccionada para especializarse en Defectología.

³³ Municipio del departamento de Chinandega, República de Nicaragua. Su cabecera municipal es la ciudad del mismo nombre y se encuentra localizado en el extremo noroccidental del país, siendo el municipio más grande del departamento de Chinandega y de la costa del Pacífico de Nicaragua. Dista 7 kilómetros de la ciudad de Chinandega.

logramos construir una buena escuela integrada por dos aulas, pupitres, pizarras y, además, pozo y letrina. Era esta la manera de mejorar las condiciones higiénico-sanitarias, en un lugar de tan escasos recursos, para así evitar la propagación de enfermedades y dar el mejor ejemplo para la población.

Siempre con la ayuda de los moradores se hicieron gestiones para electrificar la comunidad y se logró la certificación de propiedad de la escuela.

En el tiempo que laboré allá (1980-1982) tuve valiosas experiencias tanto en el orden personal como en mi dedicación al magisterio. Puedo decir, sin ninguna vanidad, que siempre recibí buenas evaluaciones en la valoración del proceso docente educativo, así como en mi labor social. Al terminar mi grupo, se incorporaron otros cientos de maestros y la misión se dio por terminada cuando cambiaron las condiciones en el país.

Me siento orgullosa del ejercicio cumplido en esta sin igual tarea, que constituye la más generosa expresión de amor que puede asumir una persona: el magisterio. Considero que nuestra acción constituyó un valioso legado para las nuevas generaciones de docentes. Al culminar el trabajo, me fue entregada la Medalla de Trabajador Internacionalista, que recibí y conservo con la modestia que caracterizó esta obra.

Durante 34 años y unos meses trabajé en Educación como maestra primaria, directora de Círculos Infantiles y otras responsabilidades administrativas en diversos centros. La preocupación por mi superación profesional me llevó a vencer varios cursos de postgrado y recibí numerosos reconocimientos durante mi vida laboral.

A su regreso a Cuba, algunos de los que fueron sus alumnos y vecinos mantuvieron correspondencia con Julia. Estos son fragmentos de aquellas cartas que ella aun guarda entre sus más preciados recuerdos.

El Viejo, 7/12/82

Querida Julia:

Mis mejores deseos de que al recibo de estas sencillas palabras se encuentre bien en unión de su familia. Le diré que por aquí todos estamos bien. Espero que usted se encuentre gozando de buena salud y disfrutando de su llegada en unión de sus hijos y su esposo. Le diré que ya salí de vacaciones y me siento contenta porque pasé con buenas calificaciones de año escolar.

Espero que nos escriba, queremos saber algo de su llegada. Le mandan muchos saludos mi familia. También mis abuelos, mis tíos y el niño que mucho la recuerdan, y le desean feliz navidad y un feliz año nuevo.

Se despide de usted quien mucho la recuerda

Idalia Bolainez Navarro

Querida y recordada Julia:

(...) si te recuerdas de Rosa Melia, ella siempre pregunta por ti y te digo que se le murió la mamá. Dime cómo fueron tus vacaciones y cuéntanos de los niños y tu esposo, dile que ya tendré la oportunidad de conocerlo en persona pues pienso poder ir. Espero no morir antes de disfrutar esa Cuba que me ha robado el corazón y te aseguro que no cambiaré mi posición de revolucionaria y llegaré hasta el final junto a mi pueblo...

Te extraño y te recuerdo,

Ada Francis

Chinandega, 5/1/83

Estas cuatro letras te las escribe Denys ya que tu mami me está dictando. Una recomendación que mi mamá te manda es de que no le digas a tu mamá de que siempre escuchabas aquellos POM, POM, tú ya sabes lo que eso significa... Lolita está triste porque dice que parece que nunca más volverá a verte, pero yo tengo la seguridad que si volveremos a verte en Nicaragua.

Te mandan saludos muchas personas que no te olvidan Felipa, Gloria Sanzón, tu papá, Suyén, Yeny, Maritza, el chino, el doctor Lino que siempre viene los domingos a casa y un sinnúmero de personas que en las siguientes cartas enumeraré.

Esta carta es llevada por Reyna mi esposa, ya que se ganó un paseo por nuestra hermana Cuba, y ella tratará de comunicarse con vos.

Siempre en el recuerdo de nuestros corazones

Lalita Soza, Denis Juárez Soza

Creo no terminar porque mi mamá quiere le hagas llegar un beso a nuestro hermano Fidel.

11/1/84

Querida y recordada hermana:

Son mis mejores deseos que te encuentres bien con los tuyos (...)

Julia esta carta te la mando con nuestro dirigente ejecutivo de los SDS que es el coordinador municipal, el sale hoy por la madrugada, el se llama Anastasio Real Espinales, hermano de Blas Real Espinales.

Aquí estamos bien de salud pero las agresiones son en vivo. Nos atacan ya por todos lados, esta vez en Potosí. Recibe estas cuatro letras y mándame una foto de ustedes cuatro. A Sergio le das un beso de cuñada. No te pongas celosa por el beso jajajajaja, para ti también.

Cariños y cuídate tu amiga y hermana

Cary Guillén

15/4/85

1985: por la paz todos contra la agresión
El Viejo Departamento Chinandega

Julia, no había tenido tiempo de escribirte ya que hemos tenido mucho trabajo. No vayas a creer que ya me he olvidado de ustedes al contrario hoy los recuerdo más que nunca.

Julia, la vida aquí en nuestro país está bien difícil, pero esto es debido a las agresiones imperialistas y a sus secuaces. Yo desearía que cuando vengán mis primos Ever y Marvin me mande cartas para saber como están sus hijos y esposo, así como su mamá y demás familia.

Se despide de ustedes alguien que les quiere y los recuerda muchísimo. Hasta pronto.

Fraternalmente,

Marcia Azucena García Ruiz

Por la defensa y consolidación de la Revolución

Eran miskitos, oriundos de la región

Eduardo Díaz Álvarez³⁴

Ya llevaba 14 años como maestro de primaria, pero siempre atendí el segundo ciclo, es decir, impartía clases a niños de 5to. y 6to. grado. Cuando fui seleccionado para cumplir misión en Nicaragua, tuve que trabajar con pequeños del primer ciclo, es decir, de 1ro. a 4to. grado. Esta fue mi más grande experiencia y lo agradezco. Permitted que enriqueciera mi práctica como maestro y descubrí en ellos una inteligencia, que les permitía aprender con rapidez y consolidar los conocimientos.

Mi labor la desplegué en Puerto Cabezas, concretamente en la comunidad de Sumabila, perteneciente al Departamento de Zelaya Norte hoy, Región Autónoma del Atlántico Norte (RAAN).

Cuando llegué en noviembre de 1979 fui recibido por Henry Brook, el presidente del Comité de Defensa Sandinista y un nutrido grupo de vecinos. Se dirigía a los vecinos en su lengua, pues eran miskitos, uno de los tres grupos originarios de la región, junto a los Rama y Suma, aunque conmigo se comunicaba en español, desde luego. Fui a vivir en su casa.

Desde el primer contacto tuve una buena impresión de los pobladores, gente pacífica y amistosa, los cuales me recibieron con frutas, tortillas de maíz y una especie de batido hecho de malanga llamado guabul.

Como llegué un viernes y ya tarde, pude descansar ese fin de semana y prepararme para iniciar las clases el lunes, en la

³⁴ Eduardo Díaz Álvarez: Laboró en la escuela José de la Luz y Caballero, en el barrio de Santo Domingo 3, municipio de Puerto Padre, provincia de Las Tunas. Se graduó de maestro y continuó con la Licenciatura. Tenía 14 años de trabajo cuando fue seleccionado para integrar el Contingente Pedagógico.

casa de uno de los pobladores. En los primeros días se incorporaron 19 niños y luego se sumaron otros, hasta reunir 31 alumnos. La mayoría no sabía leer ni escribir, solo algunos podían identificar unas pocas palabras.

En pocos días entre los vecinos levantaron un aula con techo de guano, paredes de tablas y piso de tierra, con bancos fijados al suelo. La pizarra era una lámina de zinc pintada de negro. En ese primer momento, del municipio nos enviaron unos pocos libros de matemática, español y geografía, con una guía de los contenidos que debíamos impartir lo cual me fue de mucha utilidad.

Sin embargo, carecíamos de medios auxiliares. Contábamos únicamente con los que fuimos capaces de construir o buscar, por ejemplo, piedras redondeadas por la corriente del río, semillas y otros hechos por mí. Preparé un abecedario y los números hasta el cien, coloqué en un alambre cien semillas para contar; hacer esquemas de puntos cardinales, y otros que ya no recuerdo...

Una de las cosas que más me impresionó fue el entorno natural. Era una selva frondosa, en cuyo interior se levantaba otra comunidad Paiwa, adonde fue destinado otro maestro cubano. En ella llovía cada día y como consecuencia el río con frecuencia crecía. Las casas estaban distantes unas de otras y no todas contaban con cuatro paredes, pues las levantaban del lado donde la lluvia caía torrencialmente, casi siempre del norte.

Los pisos de las casas los elevaban a un metro de altura, para evitar las inundaciones de las viviendas, y también eran de tabla.

En las selvas habitaban serpientes venenosas, y fieras como panteras, pumas, hienas. En la comunidad se podían contar 65 perros, pues cada familia tenía uno o más. Ellos alejaban con sus ladridos a las fieras que trataban de acercarse a las viviendas.

La situación económica era media, yo diría. No excelente, pero tampoco tan mala. Sembraban y cosechaban maíz, arroz, yuca, boniato, plátano, calabaza, malanga, frutas, así como tomates y ajíes. El plato principal eran las tortillas de maíz. Esos productos los llevaban hasta Puerto Cabezas para su venta y con el importe compraban aceite, harina de trigo, medicamentos y otros artículos. Criaban algunas aves y cerdos, una parte la vendían y la que restaba era para el consumo familiar.

Pescaban en el río, con dinamita, una manera muy diferente de la que conocíamos nosotros. Más tarde supe que con ello ocasionaban serios daños a la fauna y el ambiente. Cazaban venados, otro animal parecido a la liebre y que llamaban *huilla*, y el armadillo, al que llamaban *cuzuco*.

No disponían de muchas comodidades en sus casas, pero se alimentaban bastante bien, lo que era una gran diferencia con otras zonas donde estaban algunos de nuestros compañeros. Yo participé en varias cacerías con el presidente del CDS y varios vecinos. De cada cacería dejaban carnes para su alimentación.

Su aprecio y solidaridad lo manifestaron con sus visitas a la casa donde me dieron alojamiento. Allí nos reuníamos solo por el placer de conversar, para conocer cómo era nuestro país. Compartía con ellos los cigarros, que mucho les gustaban. Puedo calificar de muy buenas mis relaciones con los residentes de la comunidad. Participaba en las faenas habituales: sembrar, cobijar viviendas o recoger viandas. Los sábados y domingos iba de cacería con algunos de ellos y por la tarde me iba al río a darme un chapuzón y a lavar mis ropas.

En mi comunidad no hubo problemas con las bandas contrarrevolucionarias, aunque algunas veces se escuchaban disparos bastantes cercanos, pero nunca llegaron hasta allí.

Al describir el tipo de casas que levantaban en la zona, estaba describiendo también la casa de la familia donde vivía. Y debo añadir que no tenía letrina sanitaria, la cual construí con el dueño de la casa. No pasó mucho tiempo sin que la mayoría de los habitantes del lugar también la hubieran hecho. Era habitual entre ellos baldear el piso de los domicilios y lavar las ropas en el río, así que en general se veían limpios, excepto cuando estaban trabajando en el campo, como es lógico. Se bañaban a diario y los niños lo hacían varias veces. Consumían algunos remedios caseros para eliminar los parásitos.

Cerca de nuestra zona había algunos maestros nicaragüenses con los cuales también manteníamos buenas relaciones, tanto como con los del Contingente. El Día del Educador nos reunimos en Puerto Cabezas, cubanos y nicas, y allá lo celebramos en franca camaradería.

En el segundo año de la misión nos unieron a otros siete maestros, debido a que se agudizaron las acciones contrarrevolucionarias. Entonces se decidió agrupar a los niños de dos comunidades Sumobila Kuakuil y Sumobila Wuawa y cada uno de nosotros atendió a un grupo de chicos.

Durante este tiempo, recibimos ayuda en medicamentos y alimentos. Celebrábamos los días festivos como el 26 de Julio, el 1ro. de Enero y el Día del Educador, en los que participaban por igual cubanos y nicaragüenses. Festividades que contribuían a hacernos sentir más cerca de la Patria y nuestras familias, algo que siempre extrañamos.

Al finalizar estos dos años de labor puedo afirmar que los resultados fueron satisfactorios: el 98% de los niños aprendieron los contenidos impartidos.

Los de 1er. grado, que fueron atendidos por el compañero Carlos Esquivel, también procedente de la provincia de Las

Tunas como yo, aprendieron a leer y escribir con cierta soltura. Los pequeños eran inteligentes. Y nosotros nos contentamos de su progreso en tan corto tiempo.

Los alumnos de este ciclo tenían conocimientos de 1ro., 2do. y 3er. grado, de acuerdo con el programa de estudios del país. Al llegar a este último grado debían saber leer, sumar, restar, y comenzar a dominar la multiplicación por 2 y por 3, principalmente.

Debo añadir que también participé en la Cruzada de Alfabetización que se desplegó en 1980, pues impartía clases a un grupo de padres, a los que en realidad ayudé a consolidar los escasos conocimientos que tenían de la lectura, aunque sabían bastante de matemáticas, por lo que me resultó una tarea fácil. Lo importante fue que ellos elevaron sus conocimientos y empezaron a sentirse seres humanos más plenos.

Considero que se logró un buen trabajo en materia de higiene, tanto en el orden personal como de la comunidad. Se consiguió que brindaran más protección a las casas, completando las paredes; que los perros durmieran debajo de los pisos y no en la vivienda, entre otros sencillos cambios que favorecían su modo de vida.

Luego de esos dos años de mi permanencia en la comarca, los vecinos eran capaces de sostener una conversación más clara y amena. Pero más que todo se establecieron profundos lazos de amistad entre los pobladores y nosotros.

Estos sencillos hechos me proporcionaron igualmente una experiencia personal: conocimos a un pueblo del que nunca oímos hablar antes (los miskitos), sus costumbres, lengua, formas de vida. Incluso a sembrar y elaborar algunos alimentos de la forma en que ellos los hacían.

Me enfrenté a un medio diferente al nuestro y me permitió ver las necesidades de la población, el modo en que habían sido explotados toda su vida, antes y durante el somocismo. Sin embargo, es justo reconocer que esta comunidad no era de las que vivía en peores condiciones. Las condiciones, como ya mencioné, eran aun más precarias en otras regiones.

Al finalizar, recibí los dos diplomas del cumplimiento de la misión —uno por cada año—; el último, personalmente de manos del compañero José Ramón Fernández. También guardo el diploma que nos entregaron por haber participado en la Cruzada de Alfabetización y una carta de reconocimiento por la labor realizada.

Un viernes en la tarde regresábamos de Puerto Cabezas para la comunidad y en el camino nos encontramos con una camioneta atascada en el fango, su chofer hacía lo imposible por sacarla. Un compañero, Edel Borrego Capote dijo: «Vamos a sacar de ahí ese carro».

Todos nos pusimos a empujar el vehículo, que finalmente salió. El chofer nos preguntó de dónde éramos. Le respondí que chilenos. Nos contestó que de allí no, porque hubiéramos pasado de largo. Y terminó muy seguro de lo que decía: «Ustedes son cubanos».

El chofer se llamaba Juan Tejada Mejías, era dueño de una mina en el municipio Siuna y desde ese instante se estableció una amistad entre nosotros. Muchas veces nos recogía para ir al Puerto y pasaba largo rato compartiendo con nosotros, en franca camaradería.

En el grupo de compañeros que finalizamos juntos se encontraban: Pilar Surí, Margarita Surí, Carlos Esquivel, Francisco Infante, Suilberto Domínguez, Edel Borrego y Eduardo Díaz.

Periodistas en misión

Guido Castaño

En el tiempo que permanecí en el Contingente, recibimos al escritor y periodista José Antonio Benítez, del periódico *Granma*. Fue a principios de mayo que desarrolló su trabajo. Realizó un amplio recorrido por los territorios de Siuna, Zelaya Norte y Central.

Visitó varias comunidades y en los materiales publicados reflejó de modo muy fiel la actitud de los docentes: constató el interés de los niños y el esfuerzo que implicaba para ellos llegar a la escuela, a veces después de caminar dos horas por senderos fangosos.

Aunque los maestros no conocieron esos materiales, sino hasta un tiempo después, siempre estuvimos agradecidos de cuánto contribuyó a que nuestro pueblo estuviera al tanto de lo que sucedía en territorio nicaragüense por este esforzado grupo de maestros primarios.

Varias semanas después llegó la también escritora y periodista Marta Rojas, quien se entrevistó con la jefa del Contingente, Mercedes Almiñaque, y pudo recoger datos y una amplia información de la labor desempeñada durante aquellos meses. Tuve la oportunidad de acompañarla en su primer recorrido por Zelaya Norte y Zelaya Sur donde visitó comarcas de este departamento.

Pero también recorrió otras regiones y llegó hasta Kukra Hill y más allá, hasta la Cruz de Río Grande y otros departamentos. Sus amplios reportajes aparecidos también en *Granma*, sirvieron para conformar más tarde su libro *El aula verde*.

Justamente cuando se celebraba el segundo aniversario del triunfo de la Revolución Sandinista, tuvo lugar el acto central

de despedida a los primeros maestros, presidido por el Comandante de la Revolución Daniel Ortega, coordinador de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, otros integrantes de la Junta, dirigentes del FSLN, los ministros de Educación Carlos Tunnermann, de Nicaragua, y José Ramón Fernández, de Cuba, que tuvo lugar en el centro de recreación Augusto César Silva, en Managua.

Al concluir el acto, el Comandante Ortega, al dirigirse a una representación de los integrantes de los maestros del Contingente Pedagógico Augusto César Sandino, expresó: «Ustedes han llegado a aquellos lugares de Nicaragua donde solo en la historia unos pocos misioneros llegaron, donde únicamente los guerrilleros hicieron presencia, donde estaban los hombres y mujeres marginados, por eso el pueblo les agradece y será el mejor juez».

Y en otro momento reseñó: «Nicaragua ha conocido en su historia de la presencia masiva de ciudadanos de otros países que tenían características que no gustaban a nuestro pueblo, ciudadanos que vistiendo el uniforme del ejército de Estados Unidos llegaban masivamente a nuestras tierras para quitar gobiernos, para tratar de someternos, para imponer gobiernos; que llegaban a nuestras tierras armados hasta los dientes para asesinar y masacrar a nuestro pueblo, pero no podemos dejar de mencionar que a lo largo de su historia Nicaragua supo también de presencia de ciudadanos de otros países que en número mil veces más reducido de los que llegaban para agredirnos, venían a ayudar a nuestro pueblo, ciudadanos como Farabundo Martí, que no dudó un momento en ponerse al lado de nuestro pueblo para defender la dignidad nacional».

Reconoció el Comandante de la Revolución que: «Derrotada la dictadura, el 19 de julio, Nicaragua por primera vez en su

historia vio llegar a sus tierras a contingentes numerosos de hombres y mujeres que no venían a invadirla ni a agredirla, que no traían ni fusiles ni cañones, pero que sí traían el sentimiento solidario de un pueblo revolucionario como el nuestro; fue en esas circunstancias que llegaron los primeros contingentes de maestros cubanos a Nicaragua, no a asesinar nicaragüenses, no a destruir, sino a construir escuelas, no a enriquecerse sino a trabajar al lado de nuestro pueblo pobre para ayudarlo a vencer la ignorancia, no llegaron a enseñar técnicas de torturas sino a construir pizarrones, bancos para las escuelas, para que nuestros niños y adultos aprendieran a leer y escribir».

Fernández leyó el texto de la carta enviada por Fidel a los maestros, en la que expresaba: «La abnegación, capacidad, entrega total a su hermosa profesión les ha ganado el cariño profundo de sus alumnos, de los padres y de la comunidad donde han desarrollado sus actividades».³⁵

Las palabras de apertura del acto correspondieron a Carlos Tunnermann, quien reconoció que en estos dos años la mayoría de los maestros cubanos laboraron en los lugares más apartados y de difícil acceso del país, ganándose el respeto, el cariño y el reconocimiento del pueblo.

El hermoso y emotivo acto concluyó con una tarja develada en el centro recreativo Augusto César Silva, en reconocimiento al esfuerzo y la conciencia internacionalista de los cubanos que cumplieron su misión de forma tan honrosa.

Cuando en junio de 1981 finalizó el curso, cumplieron también su misión los 1 200 maestros que iniciaron aquella enorme y honrosa tarea. Asimismo, llegaron las vacaciones del grupo de 800 educadores que arribaron a Nicaragua en 1980.

³⁵ Fidel Castro: Carta que dirigió a los maestros internacionalistas cubanos que terminaron su labor en Nicaragua, 2 de julio de 1981.

Al regreso me correspondió atender en Managua el centro de recepción de los maestros, donde permanecían antes de ir al aeropuerto. Allí despedí a los jefes de brigada Tomás Conde, Jonás Miranda, Luis Ramón Águila y Francisco Quesada, con los que compartí largas jornadas de trabajo, siempre con verdaderas relaciones fraternales, y aun cuando no los he vuelto a ver, se mantienen en mi memoria. Los había conocido durante mis visitas, en las que comprobé su valor y el ánimo desplegado en su labor en lugares que, desde entonces, forman parte de nuestras historias de vidas: La Cruz de Río Grande, Kukra Hill, Río San Juan y Siuna, Río Coco.

Es difícil describir las expresiones de satisfacción que todos ellos reflejaban al relatar lo acontecido en las despedidas, tanto en las comunidades, los municipios y cabeceras departamentales. El pueblo y los dirigentes agradecieron la labor realizada con enorme modestia, y el esfuerzo con que contribuyeron a las transformaciones revolucionarias de la educación en Nicaragua.

Con el regreso de los maestros a Cuba finalizó la faena que me correspondió. Después de 15 meses en Nicaragua pude disfrutar de las necesitadas vacaciones, que había planificado pasarlas en La Habana y que fue un verdadero regocijo junto a mi familia.

Terminadas mis vacaciones, fui al Ministerio de Educación para tramitar el regreso a Nicaragua y en la Dirección de Cuadros me informaron que debía formar parte del equipo que atendería la salida del Contingente, curso 1981-1982, en el centro de recepción de Alquizar, entonces provincia de La Habana.

Durante varios días trabajé en el grupo dirigido por Manuel Alfaro, director de Cuadros, y me orientaron preparar toda la

información posible acerca de la misión y las condiciones en que los colegas realizarían su compromiso.

Visité el centro en Alquízar y preparé el material que ofrecería a los maestros en los días de estancia allí. Me concentré en preparar la información que reunía conocimientos básicos de lo que encontrarían sobre clima, alimentación, costumbres, tradiciones, y les permitiría una más fácil adaptación. Seleccioné los aspectos más generales, y algunos específicos, entre ellos:

- Estructura y funcionamiento del Contingente.
- Reglamento, con énfasis en la disciplina y medidas de seguridad.
- Situación económica, política y social del país. Mayor atención a la guerra desatada por el gobierno yanqui en ese momento.
- Aspectos del trabajo docente-educativo. Tareas a realizar.
- Vida en las comunidades. Diferencias. Cuidado de la higiene y de la salud. Enfermedades más frecuentes. Alimentación, alojamiento. Dificultades.
- Características de los departamentos, especialmente Zelaya. Datos históricos.
- Módulo y estipendio mensual.

El contenido podía ser ampliado o reducido de acuerdo con el tiempo de que disponíamos, lo cual dependía de la hora de entrada y cuyo plan de actividades debía cumplirse rigurosamente. Aquellos que ya habían completado el primer año de misión participaban activamente en estos encuentros, haciéndolos más amenos. Estas exposiciones fueron útiles y cumplieron sus objetivos.

En una de esas ocasiones, el compañero José Ramón Fernández, ministro de Educación, visitó la escuela y en animado diálogo se interesó por la atención recibida por los maestros y su disposición para el cumplimiento de la misión. Con la salida de los 2 000 maestros regresé a Nicaragua para continuar mi segundo y último año.

La dirección del Contingente recibió una invitación para asistir a la graduación de las alumnas que culminaron sus estudios en la Escuela Normal (Pedagógica) de San Marcos, departamento de Carazo, y por ello asistí. Me sorprendió conocer que esa promoción estaba dedicada a la memoria de los maestros Pedro Pablo Rivera y Bárbaro Rodríguez Cué.

El acto expresaba muy justamente la valoración de la dirección de la escuela hacia los maestros asesinados. El local fue muy bien dispuesto para esa ocasión llena de alegría, de recordación, y un hermoso homenaje a la actitud de nuestros compañeros.

Seguir el ejemplo de los mártires fue el compromiso de aquellas jóvenes que, a la vez, agradecieron al pueblo de Cuba la ayuda prestada por sus maestras y maestros.

A solicitud de los organizadores del acto dije unas breves palabras para felicitar a las graduadas, y manifesté la confianza en que con la capacidad adquirida durante sus años de estudio y la dedicación propia de todo el que abraza tan importante profesión, podrían contribuir a erradicar muy pronto la incultura. Asimismo expresé mi agradecimiento por las palabras de elogio a la Revolución Cubana y a los maestros caídos.

De regreso a Monte Fresco aún disfrutaba de la participación en aquel acto, tan diferente de otros en los que habitualmente participaba. Y aún lo recuerdo de ese modo, con gratitud.

Vencimos las dificultades

Daniel Peñalver³⁶

La primera noticia que nos recibió fue que no teníamos un pequeño local donde poder instalarnos para impartir las clases. Pensé que tendríamos que organizar las clases debajo de cualquier árbol. Pero tampoco contábamos con libros ni otros materiales auxiliares. De entrada, mi trabajo comenzó a vislumbrarse difícil.

Al municipio de Santo Domingo llegamos luego de permanecer dos días en Managua. Era noviembre de 1979 y estábamos entre los primeros maestros cubanos que concretaban el compromiso de ayudar a Nicaragua en el ambicioso programa educacional que debía acometer la Revolución recién victoriosa.

Con ese propósito miles de maestras y maestros, dimos un paso al frente y ocupamos un lugar entre los 2 000 que llegamos a conformar el Contingente Augusto César Sandino. Me incorporé cuando tenía 25 años. Fui ubicado en la comunidad de Pílon, del municipio de Santo Domingo, departamento de Chontales.

Al día siguiente nos trasladamos hasta la comarca, un lugar verdaderamente lejano del municipio, y para colmo bajo un fuerte aguacero. Luego aprendí que en el departamento de Chontales solo deja de llover en los meses de marzo, abril y mayo. El resto del año llueve copiosamente todos los días.

El grupo del que formé parte fue hasta allá en ómnibus y cuando llegamos había tantas personas que pensé que todo el pueblo nos estaba esperando. Y con verdadera alegría.

³⁶ Daniel Peñalver Nodarse: tenía 25 años cuando se incorporó al Contingente. Era egresado de la Escuela Formadora Emergente de Maestros Primarios del Instituto de Perfeccionamiento Educacional (IPE). Sirvió como maestro durante 39 años.

Debo decir que no me desanimé ni por el clima ni por las limitadas condiciones de vida. Las dificultades comenzaron a encontrar soluciones cuando uno de los vecinos, que tenía un gran prestigio y autoridad entre los pobladores, me ayudó. Para ello apelamos a los restantes campesinos y estuvieron de acuerdo en colaborar en todo, empezando por la construcción de la escuela y sobre todo con enviar a los muchachos a recibir las clases.

Comenzamos por convocar varios trabajos voluntarios, así como ferias —quermés le llaman allá—, con lo cual se pudo hacer un fondo para comprar los materiales escolares.

La comunidad Pilón se encuentra ubicada en uno de los cerros más elevados de Nicaragua. En el invierno, que tiene lugar de junio a febrero, llueve todos los días, así que la región cuenta con varios ríos muy caudalosos y el terreno siempre está saturado de agua y resulta muy difícil trasladarse a cualquier lugar.

La situación económica de la comunidad era muy pobre. El alimento fundamental era la tortilla de maíz, en ocasiones acompañada de un poco de cuajada. Eran personas de muy limitados recursos económicos, pero muy honrados, respetuosos y compartían lo poco de que disponían con cualquiera que tocara a su puerta, incluso para pasar la noche. La casa siempre estaba muy recogida.

Cuando llegué a este lugar todos los vecinos eran analfabetos y siento la enorme satisfacción de que, al concluir nuestro trabajo, en julio de 1981, algo más de una docena de niños y otros tantos adultos sabían leer y escribir.

Debo precisar que cuando inicié mi trabajo como docente, en noviembre de 1979, tenía una matrícula de unos 20 niños, pues la asistencia era bastante irregular. En ese tiempo, algunos pequeños —y otros casi adolescentes, pues allí no existió

escuela antes— tuvieron que abandonarla para ayudar a sus padres en las faenas del campo y fallecieron al enfermar y no contar con asistencia médica. Algo que me sacudió duro.

Tuve unas magníficas relaciones con los vecinos de la comunidad. Incluso era habitual que me pidieran consejos cuando querían hacer una gestión; además, les gustaba mucho que les contara sobre Cuba y que les leyera.

Si algo me resultó muy difícil fue que construyeran letrinas, lo que era indispensable para establecer un mínimo de condiciones higiénico-sanitarias, incluido el baño diario. Creo que para lograr mejores resultados en estos aspectos, nuestra permanencia fue breve.

En el período 1979-1981, por lo menos donde me encontraba, no existían bandas contrarrevolucionarias. La guerra contra la dictadura de Somoza había terminado hacía menos de seis meses y era muy fuerte la presencia del Frente Sandinista de Liberación Nacional y sus planes a favor del pueblo nicaragüense.

Las relaciones entre las maestras y maestros cubanos eran cordiales. Todos los que estábamos en un mismo municipio nos reuníamos una vez al mes. En ese encuentro recibíamos orientaciones para el trabajo e informábamos de nuestro quehacer. Planteábamos las dificultades con que tropezábamos e intercambiábamos las posibles soluciones. También nos entregaban las cartas procedentes de nuestras familias. Algo que todos esperábamos con impaciencia.

Por parte del gobierno cubano nos llegaba mucha ayuda, como cigarros, cuchillas y otros artículos. Igualmente el gobierno local nos atendía para mejorar las condiciones materiales. No fueron muchas las visitas que llegaron hasta mi escuela, una vez por parte del coordinador y otra de un funcionario de Educación nicaragüense.

No obstante, se logró cumplir con las actividades del proceso de enseñanza-aprendizaje y de carácter social. La pobreza de aquel lugar no impidió que los niños de Pión, en el departamento de Chontales, no solo aprendieran a leer y escribir, sino a tener conocimientos de la historia del país, de la geografía de su entorno, así como de los mártires y héroes de la Revolución Sandinista, entre otros temas. Comenzaron así a tener una noción diferente de su existencia.

Serví como maestro durante 39 años y debo confesar que Nicaragua también fue para mí una escuela. Estar lejos de mi país y sentir profundamente esa distancia no me impidió valorar aquel hecho, que fue trascendente en la vida de cada uno de nosotros. Allí comprendí todavía más por qué debemos amar y defender nuestra Revolución, y a compartir lo que tenemos con otros pueblos.

Como resultado de mi estancia allí recibí la medalla de Trabajador Internacionalista.

Nuevo crimen

Guido Castaño

De nuevo en Monte Fresco pasé a la mayor amargura al conocer que en la mañana de ese día, 4 de diciembre de 1981, el maestro Águedo Morales había sido asesinado por contrarrevolucionarios en el departamento de Chontales, en un lugar conocido como la Cañada del tigre.

Debí viajar entonces para conocer en detalles cómo fueron los hechos. En una camioneta hice el recorrido de Managua a Juigalpa,³⁷ cabecera departamental, distante unos 150 kilóme-

³⁷ Juigalpa es una ciudad de Nicaragua que es cabecera departamental del departamento de Chontales desde 1887. Su actividad principal es la ganadería. Está ubicada a 139 kilómetros de Managua.

tros de la capital. Las circunstancias hicieron de este un viaje muy diferente a los anteriores.

Cuando llegué a Juigalpa ya se encontraban compañeros de la embajada cubana, funcionarios del Partido y del Ministerio de Educación de Nicaragua, entre otras autoridades. Les expliqué mi misión y me llevaron hasta donde estaba el otro maestro que estuvo presente en lo acaecido.

Era el coordinador del grupo al que pertenecía Águedo, y se nombraba Jesús Díaz, quien ofreció los detalles que requeríamos y que resumo:

Se sabía de la presencia de una banda Contra por la zona desde principios de noviembre, así que se decidió concentrar a los maestros en la cabecera del municipio Villa Sandino.

El día antes del hecho, Águedo le comunica a Jesús que se siente mal y debe regresar a la comunidad donde laboraba a recoger sus medicamentos, pues era hipertenso. Además, debía pagarle a un campesino un candado que había comprado para la escuela.

Jesús decide acompañarlo y salen al otro día temprano — junto a otros viajeros —, en una camioneta que hacía el recorrido hasta un lugar cercano adonde ellos se dirigían.

Antes de pasar una cañada, el chofer se detiene para cubrir el motor del carro con un *nylon*, algo habitual en esos casos, para evitar que el agua apagara el vehículo en medio de la corriente. En esos instantes, un bandido armado sale al camino, mientras otros permanecen cerca. Los viajeros se protegen tras la camioneta, por un costado.

Algunos testigos vieron el momento en que Águedo peleaba con el bandido, mientras otro de los emboscados se le acercó por la espalda y le hizo varios disparos. Jesús, que los escuchó, alcanzó a verlos huyendo a tiempo que oía al chofer

gritar: ¡Mataron al cubano! Y encuentran el cuerpo de Águedo flotando en las aguas de la llamada Cañada del tigre.

El cadáver fue recogido y trasladado a Villa Sandino por médicos cubanos, otros maestros y compañeros nicaragüenses, que junto a pobladores del lugar manifestaron su repudio al vil asesinato. Posteriormente, el cadáver fue enviado al Hospital Militar de Managua, donde fue preparado para ser remitido a Cuba.

Avanzada la tarde salí para Managua. Se había montado un operativo para tratar de capturar a los bandidos. En un cruce de caminos me encontré una barrera protegida por numerosos soldados y tuve que detenerme, pero al ver la camioneta con chapa especial, me indicaron continuar a la mayor velocidad posible.

Ya en la dirección del Contingente —temprano en la noche—, luego de informar todo lo que conocía, me indicaron que me preparara para viajar a La Habana, con una delegación que acompañaría los restos del maestro.

En un avión de la Fuerza Aérea Nicaragüense salimos del aeropuerto. En el grupo iba el jefe de los asesores nicaragüenses que atendía el trabajo del Contingente. A las dos horas de vuelo llegamos a La Habana.

Al descender del avión se inició una ceremonia luctuosa que me produjo una fuerte emoción, mientras se oían los acordes de una marcha fúnebre. El recibimiento se transmitió por televisión; la prensa era numerosa.

Estaban presentes varios dirigentes, entre ellos José Ramón Fernández, ministro de Educación; Armando Hart Dávalos, ministro de Cultura; y otros funcionarios del Partido y el gobierno. Una enorme emoción nos embargaba y un silencio extraño se adueñó del espacio, como expresión de respeto por el maestro asesinado.

Ya en el edificio, me llevaron a un local donde se encontraban Fernández y Hart, quienes me hicieron muchas preguntas. Días después, mientras se realizaban las gestiones para regresar a Nicaragua, una periodista de *Granma*, Georgina Jiménez, me entrevistó; el material se publicó el 8 de diciembre.

En todo el país, en centros de trabajo y estudiantiles, se manifestaba la repulsa que provocaba en nuestro pueblo la guerra de exterminio que el gobierno de Estados Unidos promovía contra el pueblo nicaragüense, y que hacía extensiva a quienes mostraban su solidaridad con ellos, como eran los maestros cubanos. Más de 100 000 maestros y profesores de todos los niveles de enseñanza expresaron su decisión de partir a ocupar el lugar del compañero asesinado.

Días después estaba ya en Managua y tuve una experiencia insólita en uno de los parajes más lejanos del área que atendía: La Cruz de Río Grande, la primera comunidad que visité en esa tierra. Fue en una fecha particularmente entrañable para los cubanos: 1ro. de enero, esta vez, de 1982.

En ese lugar, por primera y única vez en mi vida, elaboré una estrategia para enfrentar al enemigo, entendiéndose una banda contrarrevolucionaria que estaba próxima.

Había llegado hasta el departamento de Zelaya a fines de diciembre, pues la dirección del Contingente no tenía noticias de los compañeros. En Bluefields me esperaba Marciano Estrada, nuevo jefe de brigada. Esperamos varios días la salida del lanchón que periódicamente hacía el recorrido desde el puerto hasta La Cruz.

Al llegar al poblado, los maestros y maestras estaban concentrados, pues en el calendario escolar había un receso por los festejos de navidad y fin de año. Allí disponían de una escuela

como alojamiento para sus reuniones mensuales y un receso escolar, como en esta ocasión.

La mayor parte de los educadores eran de reciente incorporación, pues llegaron para comenzar el curso 1981-1982. Me interesé por la situación de cada uno, preocupado fundamentalmente por las compañeras, pero encontramos un buen estado de ánimo. Se habían adaptado a las condiciones en las comunidades. Y trabajaban dando continuidad a la labor de sus antecesores; tratando de mejorar los resultados alcanzados.

El 31 de diciembre, con la alegría que identifica la ocasión, pasamos el día entre bromas, cantos y risas, mientras elaborábamos una comidita típica cubana, que disfrutamos en horas de la tarde-noche, en medio del recuerdo de nuestras familias.

Así celebramos el aniversario del triunfo de la Revolución, en aquel remoto poblado de Nicaragua. El 1ro. de enero, que debía ser una continuación del festejo del día anterior, resultó un amanecer de gran preocupación para los pobladores de La Cruz. Al cuartelito que allí había llegó la noticia de que una banda integrada por más de 100 Contras se acercaban con la intención de atacar el poblado.

Marciano Estrada, jefe de brigada, me comunicó la información en cuanto tuvo noticias de ello. La preocupación nos embargó, aquello no era una buena señal. Juntos fuimos hasta el cuartelito, preguntamos por el jefe y para sorpresa nuestra nos dijeron que había salido para Bluefields en busca de refuerzos. Consideré que, si para nosotros fue preocupante, para los soldados y su Jefe fue una situación alarmante. No hubo tantos cambios.

El soldado que quedó al mando me dijo que en total ellos eran unos 12, con sus armas. En ese momento todos se encontraban en el cuartel, pero el jefe consideró que no eran suficientes para defender el poblado y por eso salió en busca de más efectivos.

Le pregunté qué se podía hacer mientras llegaban los refuerzos. Me mostró la disposición que les dio a sus hombres para la defensa, colocándolos en tres o cuatro puntos detrás de unos sacos de arena a unos 60 o 70 metros de distancia del cuartel, mientras otros permanecían dentro para relevarse.

En ese momento me quedó claro que la población, incluyéndonos a nosotros, quedábamos casi indefensos a merced de los bandidos que atacarían el poblado, y enseguida me vino a la memoria lo que habían hecho en otros lugares y del asesinato de nuestros compañeros.

Recorrí el poblado después de conocer el plan de los soldados y medité sobre el peligro que nos amenazaba y lo que podríamos hacer. Reuní a algunos maestros y les expliqué mis consideraciones:

- El jefe del cuartelito no llegaría a Bluefields en menos de ocho horas, y si acaso encontraba algún refuerzo, tardaría más tiempo en regresar.
- Ni en Bluefields ni cerca de allí había una fuerza militar suficiente para enviar como refuerzo y hacer frente a 100 hombres armados, por lo que no se podía esperar mucho.
- No contábamos con ningún medio de comunicación. Y mucho menos teníamos posibilidad de evacuación, pues estábamos entre el río y la selva. De allí no podíamos salir.
- En aquel difícil entorno, sin experiencia militar y sin armas, ¿qué hacer? ¿Cómo enfrentar al enemigo?
- No conocía que las bandas en Zelaya atacaban cuarteles ni poblados donde existieran esas instalaciones militares.
- La fuerza atacante no podía ser de tantos hombres, porque la táctica de las bandas era operar en grupos de menos de

diez hombres. Cien no eran necesarios para sus objetivos ni podían moverse ni sostenerse en aquellos lugares.

- Por tanto, los soldados del cuartel con nuestra ayuda podían hacer frente a un ataque si esto sucedía.

Con tales ideas, Marciano y yo fuimos a ver al jefe del cuartel, quien nos verificó la información referida antes.

Al jefe militar le expuse las ideas que traíamos:

La defensa era muy débil con los sacos de arena situados donde ahora estaban, por lo que podían ser fácilmente neutralizados. Si se colocaban a menos de ocho metros del local, estarían más concentrados y eso permitiría una defensa más sólida.

Nosotros, en caso de ocurrir bajas, podríamos recoger las armas y ocupar el lugar de los caídos.

Había que explicarle a la población la necesidad de estar prestos y tener a mano machetes, cuchillos y todo lo que pudieran para defenderse si eran atacados en sus casas, además de cerrarlas bien durante la noche y mantener alguna vigilancia.

Los maestros y maestras pasaríamos de la escuela que estaba a más de 100 metros del cuartel a la casa del inspector, que quedaba a solo cinco metros. Aquel soldado me escuchó en silencio y asintió. Al separarnos comenzó a ejecutar el plan.

Fueron horas de espera y de mucha tensión, pensando que la banda tuviera algún informante en el poblado. Esperamos la noche, y en silencio fuimos de la escuela a la casa del inspector, con el ánimo de participar en la defensa en caso de ataque. Aquella noche del 1ro. de enero fue tremendamente larga. Amaneció y el ataque no se produjo. Nos entrevistamos con el jefe militar, comunicándonos que no había nuevas noticias.

El día 3 en horas de la tarde volvimos a encontrarnos y me comentó que ya el peligro había pasado, pues había informa-

ción de que la banda Contra se alejaba de La Cruz. Le dije que la información podía ser falsa, para que bajáramos la guardia por lo que debíamos mantenernos en alarma de combate y estuvo de acuerdo.

Pasados dos o tres días sin que algo acaeciera y con la reiterada información de que la banda no estaba cerca del poblado, los soldados volvieron a la normalidad. Los docentes regresaron a la escuela que poseíamos como alojamiento y a la semana siguiente volvieron a sus comunidades.

Antes de abordar el lanchón, fuimos al cuartel a despedirnos de los soldados, quienes con gran afecto agradecieron nuestra ayuda. Y comentando los hechos regresamos a Bluefields.

La experiencia vivida en La Cruz me demostró que los objetivos de estas bandas no eran combatir, porque ello significaba arriesgar sus vidas. Trataban sobre todo de atacar poblados indefensos, asesinar campesinos, sembrar el terror con acciones para justificar el dinero que recibían del amo a cuyo servicio estaban: Estados Unidos.

Su oficio, asesinar a traición. No eran hombres con ideales ni convicciones ni principios. Eran criminales cuyas acciones llenaron de luto al pueblo nicaragüense. En los recorridos había escuchado anécdotas y testimonios de soldados nicaragüenses y habitantes de las comunidades, así como en los parajes donde solían operar aquellos grupos. Esto contribuyó para poder actuar en los sucesos de La Cruz de Río Grande.

En esos primeros días del año comencé a tener noción exacta de que mi permanencia en la misión estaba concluyendo. En marzo se cumplían dos años de mi estancia. Así, me despedí de los cooperantes antes de regresar a Managua en avión.

Volamos a baja altura, lo que me permitió apreciar la belleza natural en medio del mar, de la isleta de Corn Island,

cerca de Bluefields, que constituía un destino turístico. La nave hacía una parada técnica allí, por lo que pude apreciar en todo su esplendor las blancas arenas y las transparentes aguas de sus playas, que me recordaron a Varadero. La abundante vegetación donde dominaban los cocoteros, más allá de las arenas, ofrecía un paisaje tropical que prodigaba bienestar. Aquella breve visita fue un agradable momento para aliviar las horas de tensiones vividas en La Cruz de Río Grande. Años después esta zona conformó dos regiones cuya capital fue precisamente Bluefields.³⁸

Estaba terminando con un final feliz. Hasta las privaciones y peligros se convertían en desafíos y constituían un regalo que me estimulaba a hacer el mayor esfuerzo. Y sobre todo, estimaba el valor de los maestros y las maestras de aquella brigada, a quienes no he borrado de mi memoria.

Informé a la dirección de aquellos sucesos, pero hice constar la preocupación por lo que pudiera ocurrir en días sucesivos. La dirección reconoció nuestro desempeño.

La disposición de los maestros y maestras era continuar el trabajo en cualquier circunstancia. No obstante, la dirección sandinista, la embajada cubana y la dirección del Contingente tomaron las medidas para proteger a nuestros compañeros de aquellas acciones criminales y se determinó igualmente su traslado a zonas de menor peligro. Se adoptaron otras medidas para paliar de algún modo estas condiciones.

³⁸ Las dos Regiones del Atlántico – Norte y Sur – surgieron del antiguo departamento de Zelaya, las cuales son regidas por un gobernador regional y un concejo regional. Estas regiones autónomas están pobladas básicamente por indígenas y su gobierno comunitario se rige por las normas propias de estas culturas.

En las últimas semanas de enero y las siguientes de febrero fui entregando mis responsabilidades a los asesores que me sustituirían. En ese período también participé en las reuniones de los jefes de brigada. Luego supe que en mi ausencia Marciano Estrada, el jefe de brigada que me acompañaba en La Cruz, comentó que los soldados del cuartel decían que la banda que amenazó al poblado no atacó porque había un coronel cubano dirigiendo la defensa. Cosa que todavía me hace reír.

Junto con la también asesora Josefina Domínguez, en los primeros días de marzo fuimos citados al Ministerio de Educación, donde nos recibió el ministro Carlos Tunnermann, quien nos manifestó su gratitud y nos despidió con la entrega de un Diploma de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, firmado por él y por el Comandante de la Revolución Daniel Ortega Saavedra, coordinador de la Junta.

En el diploma se expresa que se «otorga como reconocimiento a su destacada labor como asesor del Contingente». Resultó muy emotivo ese instante, donde también participaron asesores nicaragüenses, entre ellos Carlos Carcache, que mantuvo un magnífico trato con toda nuestra dirección. La embajada de Cuba también nos convocó a su sede, donde un integrante de la dirección nos felicitó y elogió por los resultados de nuestro trabajo.

Un momento particular resultó la despedida organizada por la dirección del Contingente, donde Mercedes me entregó una excelente evaluación. Esto resultó muy estimulante al comprender el alto grado en que valoraban mi trabajo y el cumplimiento de todas las tareas encomendadas.

En Mercedes Almiñaque reconozco un lugar de honor al frente de esta organización, por su exigencia y atención a aquel

complejo trabajo. A ella agradezco una parte de los estímulos que recibí en esos días finales de mi labor.

Ya en la mañana en que partía, recibí la despedida de los compañeros que laboraban en Monte Fresco y las compañeras nicaragüenses que allí trabajaron. Recuerdo a Lidia, la compañera de la cocina-comedor; Flor, la oficinista; y a Carmen, cubana, oficinista también, quienes durante aquel tiempo fueron siempre muy atentas y cordiales.

Al aeropuerto acudió Luz Marina, secretaria del grupo de asesores nicaragüenses, quien fue excelente en su trabajo, y con sus atenciones se ganaba la consideración de nosotros. Por ello no puedo dejar de mencionarla a ella y a todos, en este momento en que recuerdo el viaje que cerraba uno de los más importantes espacios de mi vida como profesional y como revolucionario.

Entre otros reconocimientos me fue otorgada la Medalla de Trabajador Internacionalista.

Misión compleja y sacrificada

Ricardo Reina³⁹

No hubo misión civil más compleja, difícil y dedicada que la cumplida en Nicaragua. Ninguna la superó. Sucedió en noviembre de 1982 y todo me impresionaba.

³⁹ Ricardo Reina López: había terminado sus estudios de magisterio, iniciados en la escuela Antón Makarenko, en Tarára, y culminados con solo 17 años en la Escuela Formadora Presidente Allende —en la que cursó el 5to. y 6to. años—. El período del servicio social lo hizo en Camagüey, en el internado de primaria Enrique Hart Dávalos. Antes de ir a Nicaragua se había desempeñado en la escuela primaria José Villafuerte, y después en República del Perú, en Puentes Grandes. En 1982 se sumó al Contingente.

Viajaba en avión por vez primera, y recuerdo muy bien el sobresalto continuo que me causó sobrevolar tan próximo a la superficie del lago Managua, antes de aterrizar en el aeropuerto. Después me sentí igualmente impactado cuando fui descubriendo la exuberante naturaleza del país, los volcanes, los caudalosos ríos y todo el entorno de un territorio que, estando a tan pocas horas de Cuba, tenía características geográficas muy diferentes. Fue, además, mi primer viaje a tierra continental.

Me correspondió viajar como reserva o sustituto, pero finalmente me ubicaron permanente al frente de un aula, en la comarca de La Mora, en el poblado de Telica,⁴⁰ departamento de León. La diferencia entre esos parajes y nuestro país, el que yo conocía, fue un cambio de 180 grados. Las condiciones fueron difíciles porque los maestros y maestras cubanos fuimos a los lugares más intrincados. Telica era un poblado, pero para llegar a mi comarca había que andar unos cuantos kilómetros. Las casas estaban muy lejos unas de otras, así que los recorridos, a pie desde luego, eran agotadores.

Fui a vivir a casa de un campesino que cuando me recogió en el pueblo, en una carreta que no tenía muy buenas condiciones, se asombró de lo joven que era. Me encontré un lugar donde no había ni luz ni agua corriente. El agua la sacaban de un pozo, y el tanque que llenaban, lo arrastraban hasta la casa con ayuda de la carreta. En esta rutina diaria yo también contribuía con la familia.

⁴⁰ Telica es la cabecera del municipio del mismo nombre, en la zona norte del departamento de León, en la cordillera de los Maribios o Marrabios. La población se encuentra exactamente a 10 kilómetros de León y a poco más de 100 de Managua.

En la casa solo había una habitación, donde dormíamos las 12 personas que allí convivimos en esos dos años. A mí me instalaron un catre y allí en el piso dispuse mi pequeña maleta. Para darme alguna privacidad, ellos hicieron una división de cartón en ese pedacito.

Los hijos del señor de la casa fueron quienes me ayudaron a construir la letrina. Y la escuela la habilitamos en una parte del portal de la casa donde vivía. Allí daba clases mañana y tarde a los alumnos de 1ro. a 6to. grado. Sumaban 20 en total. Los adultos que ya habían aprendido a leer y escribir asistían por la noche, pero eran menos.

Durante el tiempo que permanecí en Nicaragua recibíamos ayuda para mejorar nuestra alimentación, así disponíamos de una cierta cantidad de leche en polvo, arroz, frijoles, entre otros artículos. Pero todo eso lo compartía con mi nueva familia. ¿Cómo permitir que los muchachos fueran a la escuela por la mañana sin tomar algo, si yo tenía un poco?

El fin de semana teníamos reuniones con el coordinador del equipo, donde recibíamos las orientaciones de la dirección del Contingente, así como se analizaban los problemas o asuntos inherentes al desempeño de nuestra labor, lo mismo si eran cuestiones del trabajo o personales. Durante los fines de semana radicábamos en una casa del poblado destinada para los maestros, y entonces tratábamos de mejorar las condiciones de alimentación, con nuestro estipendio, que aunque no era mucho, servía para esos fines. Ese tiempo tratábamos de aprovecharlo de manera útil.

Yo además atendía a los militantes de la UJC que radicábamos en la zona de Telica. El coordinador era Camilo Mas Infante, y con frecuencia visitaba a todos los maestros que debía atender y orientar. En la brigada había 32 cooperantes, 24 de

ellas eran mujeres, incluyendo a la jefa, que se llamaba María González Mejías.

Allí en Telica también se hallaba un médico cubano que ofrecía consultas a la población y del cual disponíamos en todas las ocasiones en que lo necesitáramos. Esto era una gran tranquilidad para nosotros.

Tratamos de mantener la escuela abierta y garantizar una asistencia regular, de otro modo no podríamos cumplir con nuestros empeños. Pero los muchachos, los mayores sobre todo, eran necesarios para ayudar a los padres durante la cosecha del algodón. Era este el principal cultivo de la región y disponían de un tractor y una carreta que les habían vendido. Con el triunfo de la Revolución Sandinista se había conformado una cooperativa que se ocupaba de la producción e incluso existía una Junta que dirigía y controlaba la actividad. En la casa donde vivía se guardaban el abono y otros insumos.

En realidad fui el primero que hubo en esa comarca. Y debo decir que fui muy bien recibido, no solo por mi nueva familia, sino por los pobladores, con los que mantuve excelentes relaciones. A los alumnos de más edad, acostumbrados a laborar en el campo, les resultaba más fácil manejar el machete que el lápiz.

Pero el tiempo y el empeño de todos, el mío y el de ellos, me confirmó que podían aprender, y así fue. Debo decir que la mayor parte de los estudiantes eran niñas. Dispuse libros para los diferentes grados, pero los materiales auxiliares los hacía yo. Por ejemplo, «el componedor» que servía de base para el aprendizaje de la lectura y escritura, lo formé yo. Y creo que todos mis compañeros tuvimos que hacerlo.

En el programa había también un tiempo destinado a impartir clases de educación física y en las actividades recreativas

practicaban juegos y cantos. Creo que esos momentos les resultaban de esparcimiento a los alumnos, en un lugar donde disponían de tan pocas opciones para ello.

Yo recuerdo la confianza que me transmitía el jefe de familia cuando en la conversación surgía el tema de las bandas contrarrevolucionarias, que ya en esta fecha cometían desmanes por otros territorios. Él tomó siempre medidas para garantizar la vida de todos en la casa y especialmente la mía. Me decía que no saliera a la puerta si alguien llamaba de noche, y no hablara para que no detectaran que no era nicaragüense. Esas eran sus orientaciones, aunque debo decir que hasta La Mora nunca llegó una banda de aquellos asesinos. Ni me preparé para ello, ni porté armas.

El cambio de mi vida fue tan grande que no lo puedo comparar con ningún período, ni antes ni después. Entre las grandes impresiones a mi llegada estuvo el tema del baño, que necesitaba luego de tantas horas de haber salido de La Habana. «Allí maestro, allí está el baño», me indicaron y cuando miré, al lado del pozo había un muro que lo separaba de un lugar donde evidentemente tomaba el baño esa familia, sin ninguna condición de privacidad. Algo que más tarde se resolvió.

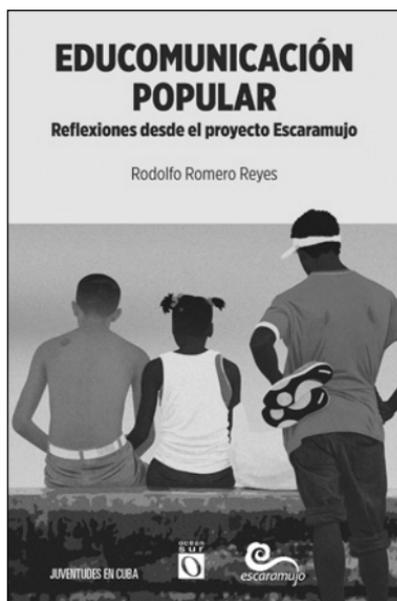
Yo estudié becado, así que a mi familia y especialmente a mi madre nunca les había resultado extraña mi lejanía, pero siempre estuve en Cuba. Irme a otro país, aunque cercano, resultó distinto para ella. Pero me alentó y mantuvimos una permanente comunicación por correo durante ese tiempo. Y se sentía orgullosa de que hubiera dado ese paso. Lo entendió siempre como una positiva experiencia para mí, como ser humano y revolucionario.

A pesar de que luego fui llamado para ocuparme de otras tareas en la UJC, y más tarde en el Poder Popular, siempre me

gustó ser maestro. Y escogí estos estudios por mi propia voluntad. Por mi vocación. Me gusta transmitir lo que sé, me gusta educar.

Cuando regresó, siguió en el magisterio. Durante un año laboró en la escuela Osvaldo Sánchez, ubicada en el Reparto Martí, municipio Cerro, donde después fue director por tres años. Además, matriculó la Licenciatura, trabajando durante el día y estudiando por la noche. Al culminar la misión había recibido la Medalla de Trabajador Internacionalista.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



EDUCOMUNICACIÓN POPULAR

Reflexiones desde el proyecto Escaramujo

Rodolfo Romero Reyes

El presente volumen fundamenta un modelo educ comunicativo para adolescentes cubanos que viven en situaciones de vulnerabilidad social o manifiestan conductas desajustadas, potenciando la dimensión social, ética y política de la educ comunicación popular y contribuyendo a la implementación de la Agenda de Desarrollo Sostenible 2030, así como a la defensa y protección de los derechos de las niñas, niños y adolescentes.

214 páginas, 2023, ISBN: 978-1-922501-83-7

CAPÍTULO 3: OTROS BREVES TESTIMONIOS

Proyecto piloto en El Ostional⁴¹

En la zona fronteriza con la República de Costa Rica, en la que durante la lucha de liberación operó el Frente Sur Benjamín Zeledón y también tuvo lugar la gran Cruzada de Alfabetización, se encuentra el municipio de San Juan del Sur, departamento de Rivas.

En dicho municipio cobra gran notoriedad la comunidad de El Ostional, no solo por haber sido escenario de fieros combates durante la guerra libertadora, sino porque sus limitadas condiciones de vida la convierten en una zona donde la marginación del régimen anterior se hace patente. Ese fue el lugar que correspondió a Pablo René Serafín, para desarrollar su labor internacionalista, formando parte del Contingente Pedagógico Augusto César Sandino.

Pero no son estos los detalles que nos corresponde resaltar en estos momentos. Queremos hacer mención al tipo de actividades desarrolladas por el maestro Serafín Serafín, las que merecen el debido reconocimiento.

La comunicación de El Ostional con la cabecera municipal —que es donde quedaba el Instituto de enseñanza media más

⁴¹ Tomado de *Memorias del año 1981*, editado por el Ministerio de Educación de Nicaragua.

próximo— resultaba bastante difícil. La matrícula local para el primer año de la enseñanza media ascendía a 28 alumnos y esa fue la razón por la que Serafín, con un alto espíritu de colaboración y entrega, planteó a su jefe de brigada Reinaldo Salas, la posibilidad de que en la comunidad se creara un curso, que sería el embrión de un nuevo Instituto de enseñanza media.

¡Y se logró! Las autoridades departamentales de educación trasladaron el proyecto a la instancia nacional, quienes procedieron a legalizar el funcionamiento del primer año de enseñanza media en la intrincada comunidad rural de El Ostional; un proyecto que, además de ser pionero en la región, significó el único caso en Nicaragua donde un solo maestro atendía todas las materias de enseñanza media.

Amada mía⁴²

Seguramente estas líneas te asombrarán, ya que es la primera vez que te escribo a pesar de lo mucho que te adoro. La motivación de esta carta es dejar plasmado un grato recuerdo, ya que pronto partiré hacia mi Cuba, llena de tantas bellezas como las que a ti no te faltan.

Me duele grandemente irme y no poder llevarte conmigo. Espero convertir esta despedida en un «hasta luego» y volver pronto a disfrutar y soñar de lo ya vivido. No quiero un adiós definitivo, y si así lo es, siempre estaré pendiente de tus problemas y triunfos. Además, llevaré conmigo todo cuanto me enseñaste y diste, algo tan valioso como tu recíproco amor y ayuda.

⁴² Carta de Pedro Castillo Francis, integrante de la brigada de Estelí. Tomado de *Memorias del Contingente Pedagógico Augusto César Sandino, año 1983*, editado por el Ministerio de Educación de Nicaragua.

Aunque muchos no lo crean, mi amor hacia ti ha ido en aumento día tras día, ¡tanto! que hoy solo es comparable con el amor que siento hacia mi patria cubana.

Es lógico que los compañeros que vengan en mi lugar se enamoren de ti porque tienes condiciones sobradas para ello, y de seguro también le brindarás el mismo afecto y calor que me has brindado, y eso no me enoja, ni por ello he de ponerme celoso, todo lo contrario, serán motivos más para pensar en ti a diario.

Creo que con estas palabras expreso todo cuanto quería.

Mi bella Nicaragua, te deja un cálido abrazo y un tierno beso de quien te quiere con el alma.

Anécdota del Tamboral⁴³

Lo que les voy a contar no es una historia famosa, ni lo he soñado. Es un hecho real donde intervinieron con el corazón en la boca doce personas y yo.

Llegué lleno de entusiasmo y unos deseos locos de cooperar en la educación y la cultura del país. Fui remitido hacia el Tamboral el 24 de febrero de 1982, a vivir en el seno de una familia campesina, siendo bien acogido tanto por la familia como por el resto de la población.

Mi vida transcurría normalmente, trabajando y ayudando a la familia, gozando de una bella tranquilidad. Pero nada es completo.

Cierta tarde del mes de abril, exactamente el día 28, se presentó en la zona una banda contrarrevolucionaria, capitaneada

⁴³ Texto de Argelio Morejón, comunidad de Santo Tomás, departamento de Chontales. Tomado de *Memorias del Contingente Pedagógico Augusto César Sandino, año 1983*, editado por el Ministerio de Educación de Nicaragua.

por su jefe Cascabel, hombre cruel y sin conciencia, el cual pretendía — con el resto de su banda compuesta por 14 esbirros — acabar con la familia.

Llegaron a la casa y comenzaron a lanzar ofensas al gobierno sandinista, esperando que alguno de los moradores les respondiera, cosa ilógica, ya que se encontraban armados de granadas, ametralladoras y cuchillos.

Inmediatamente ordenaron que todos nos acercáramos y comenzaron a atar a hombres y mujeres, incluso a los niños.

Comenzó el saqueo de la casa: dinero y cosas que tuvieran algún valor. Pero atados como estábamos nos sorprendía ver que cogieron el radio de la casa y el farol y lo estrellaron contra el piso, haciéndolos añicos.

De pronto me desatan y me preguntan si deseo morir de pie o boca abajo, en el suelo. En esos momentos no sé qué sentí, solo tenía una ecuanimidad tremenda y respondí: «Los hombres mueren de pie».

Esta frase encolerizó a Cascabel, el cual ordenó que me eliminaran rápidamente, pero comenzó la discordia con el resto de la banda, que preferían dejarme vivo para que pudiera contar lo ocurrido, y entrara el terror en la zona.

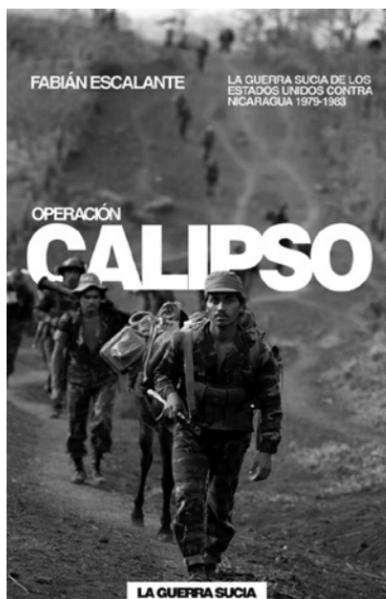
Se retiraron a deliberar, y al regreso me volvieron a atar, pero con la condición de que ellos se retirarían a realizar inspección, dejando un vigía, y al regreso incendiarían la casa con todos dentro.

Al retirarse empezamos a tratar de librarnos de las ataduras, logrando zafarme y soltar al resto de los prisioneros, di unas vueltas a ver si veía al vigía; no viéndolo por ningún lugar, nos fuimos al monte a esperar.

Dormimos en el monte y entrando la mañana, observamos que venían por nosotros; iluso él: de nosotros no quedaba ni rastro.

Esto, compañeros, me sucedió en el Tamboral. Lo he relatado tal como fue, solo recordando que aquel 28 de abril de 1982 escapé de morir por desavenencias entre contrarrevolucionarios.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



OPERACIÓN CALIPSO

La guerra sucia de los Estados Unidos contra Nicaragua 1979-1983

Fabián Escalante

Propagar el terror, provocar el mayor número posible de víctimas inocentes y la ruina económica del país, fueron las tácticas esenciales usadas por Estados Unidos contra la Revolución Sandinista. Es este el tema de *Operación Calipso*, dedicado a la lucha tenaz de un pequeño país latinoamericano contra el imperialismo por su soberanía.

263 páginas, 2008, ISBN 978-1-920888-57-2

ANEXOS

Efectos de un temporal

Finalizando mayo de 1982, el fuerte temporal «Alleta» azotó Nicaragua. La Junta de Gobierno integró un Comité de Emergencia para afrontar la catástrofe, calculándose las pérdidas en 2 000 millones de córdobas y 70 000 damnificados, entre otras afectaciones.

La información que dio a conocer *El Nuevo Diario*, reseñaba en esa ocasión: «Todavía la lluvia pertinaz del temporal caía sobre suelo nicaragüense, cuando una misión de alto nivel de la hermana República de Cuba, encabezada por el General de Ejército Raúl Castro Ruz, ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, y José Ramón Fernández Álvarez, ministro de Educación, llegaron a Managua para brindar su ayuda a este pueblo heroico, como lo hiciera el gobierno de esa nación fraterna a raíz del terremoto y después de la guerra de liberación».

Más adelante el diario informaba que el número de muertos ascendió a 75, entre ellos una maestra cubana, Ana Virgen Robles Rosseaux, procedente de la provincia de Santiago de Cuba, quien murió ahogada en la comunidad de Tepalon, Granada. Ella, junto con miembros de una familia nicaragüense, fue rescatada del techo de una vivienda, donde se resguardaron. No obstante, la lancha que después los transportó en el acto de

rescate se volcó por la fuerza de la corriente, momento en que aconteció el lamentable accidente.

La delegación del Ministerio de Educación, presidida por el ministro que visitó el país del 31 de mayo al 2 de junio, comprobó en el lugar los daños ocasionados por la tormenta en las zonas donde se encontraban los colaboradores cubanos. Un grupo de ellos, con Fernández al frente, recorrió los barrios en las márgenes más afectadas del Lago Managua. El segundo grupo, encabezado por el viceministro José M. Maragoto, estuvo en los departamentos de Rivas, Boaco, Chontales y Matagalpa.

Las afectaciones fueron mínimas, tanto en las instalaciones escolares como en el equipamiento. No obstante, un considerable número de escuelas se convirtieron en refugios para la población que tuvieron los mayores daños en sus viviendas, lo que limitó el desarrollo normal del curso escolar durante varias semanas. Ambas delegaciones pudieron apreciar daños considerables en carreteras, caminos, viviendas y en los cultivos.

En las reuniones que lograron sostener con los maestros y maestras en los departamentos visitados, participaron unos 200 cooperantes, incluso jefes de brigadas, y fue evidente el alto sentido de compromiso de los cubanos, su buen estado de ánimo, así como las condiciones de salud y de seguridad. No obstante, se observaron dificultades que limitaban el mejor desempeño de nuestros compañeros, como la falta de radios, la escasez de algunos medicamentos y la ausencia de algunos módulos de ropa, botas para la lluvia y mochilas.

Las autoridades nicaragüenses del Ministerio de Educación, los departamentos y circuitos expresaron el alto criterio que tienen de la labor realizada por los educadores cubanos.

La obra en cifras

Al cuantificar una parte del quehacer del Contingente, se nos queda fuera algo intangible: la entrega de los educadores a su trabajo, así como su vínculo con la población. Son estas las razones que explican el cariño, el reconocimiento y la gratitud profesada por el gobierno y el pueblo nicaragüense hacia nuestros docentes.

Los cooperantes trabajaron en estos años en 92 municipios, donde impartieron clases a 72 000 alumnos, de 1 677 comunidades. Además, esta fuerza de maestros primarios atendió a 10 300 adultos, a los cuales alfabetizaron.

Pero para poder desarrollar su labor docente, debieron unir a los pobladores en la construcción de 1 200 escuelas, y varios miles de pizarras, mesas, bancos y pupitres. Y a la vez, orientaron a los vecinos para construir letrinas y completar el trabajo iniciado con las conferencias sobre temas de salud e higiene, que sobrepasaron las 4 000.

Crearon más de 2 000 huertos escolares y otros tantos círculos de interés. Sumaron miles las actividades culturales y deportivas, así como los actos patrióticos que desarrollaron con los alumnos en las que participaron los padres y la población en general.

Más de 1 500 cooperantes realizaron trabajo voluntario durante 43 días, en diferentes cultivos: café, frijoles, algodón y cítricos, y el dinero que reportó fue donado para la construcción de una escuela en la Mosquitia.

La asistencia a clases alcanzó un 88%, algo por encima del período anterior. Las causas fundamentales de las ausencias estuvieron determinadas por la incorporación de los alumnos a las cosechas y los problemas para trasladarse hasta las escuelas como consecuencia del período de lluvias.

Se mantuvieron dificultades de carácter metodológico como la falta de programa, libros de texto y material bibliográfico.

En relación con los problemas políticos, los jefes de brigadas informaron la existencia de bandas contrarrevolucionarias. En apenas un mes se produjeron cinco amenazas verbales, dos escritas, una agresión física y se recibió un anónimo. En el momento en que se incrementaron las acciones contrarrevolucionarias, se concentraron varias brigadas.

Se pudo apoyar a los docentes con la distribución de productos alimenticios por parte del Ministerio de Educación y de Bienestar Social. La atención médica por el Contingente de Médicos Cubanos se valoró de buena. Se recibieron muchas de las publicaciones solicitadas, a fin de mantener al día las informaciones sobre Cuba.

Mayor número de maestros

Al terminar el curso 1982-1983 del Contingente Pedagógico, dirigido entonces por Sonia Romero, la cifra de maestras y maestros había ascendido a más de 2 100, con una matrícula promedio superior a los 75 000 alumnos: 5 000 de preescolar, más de 65 000 de primaria y 8 000 adultos.

Durante el período estuvieron organizados en 35 brigadas y unos 220 grupos de coordinación.

Fueron muchas, y a veces complejas, las dificultades afrontadas para la realización de la labor, sobre todo por las condiciones políticas que iban apareciendo en diferentes zonas, principalmente como Zelaya Sur, Zelaya Central, Matagalpa, San Ramón, Boaco y Chinandega.

El objetivo fundamental de escolarizar las zonas rurales del país se cumplió ampliamente.

La matrícula fue oscilante, en dependencia de varios factores, entre ellos los períodos de siembra y cosecha de diferentes cultivos y la situación política en algunas regiones que originó la reubicación del personal. No obstante, la asistencia de alumnos atendidos por maestros cubanos promedió durante el año el 92%.

La asistencia a clases de los integrantes del Contingente se mantuvo durante todo el año por encima del 97%. Las ausencias que se presentaron obedecieron a problemas de enfermedad. Destacamos que los maestros y maestras, luego de cumplir su función de atención a la educación primaria, brindaron un apoyo decisivo a la educación de adultos, la mayoría en horario nocturno.

Durante el período se realizaron un alto número de actividades de apoyo a la formación integral de los alumnos, entre ellas: fomento y atención de 1 900 huertos escolares y se desarrollaron algo más de 400 talleres motivacionales.

Fueron miles las exposiciones realizadas que reflejaron la labor docente y extraescolar de los alumnos, así como las excursiones de interés educativo, fundamentalmente.

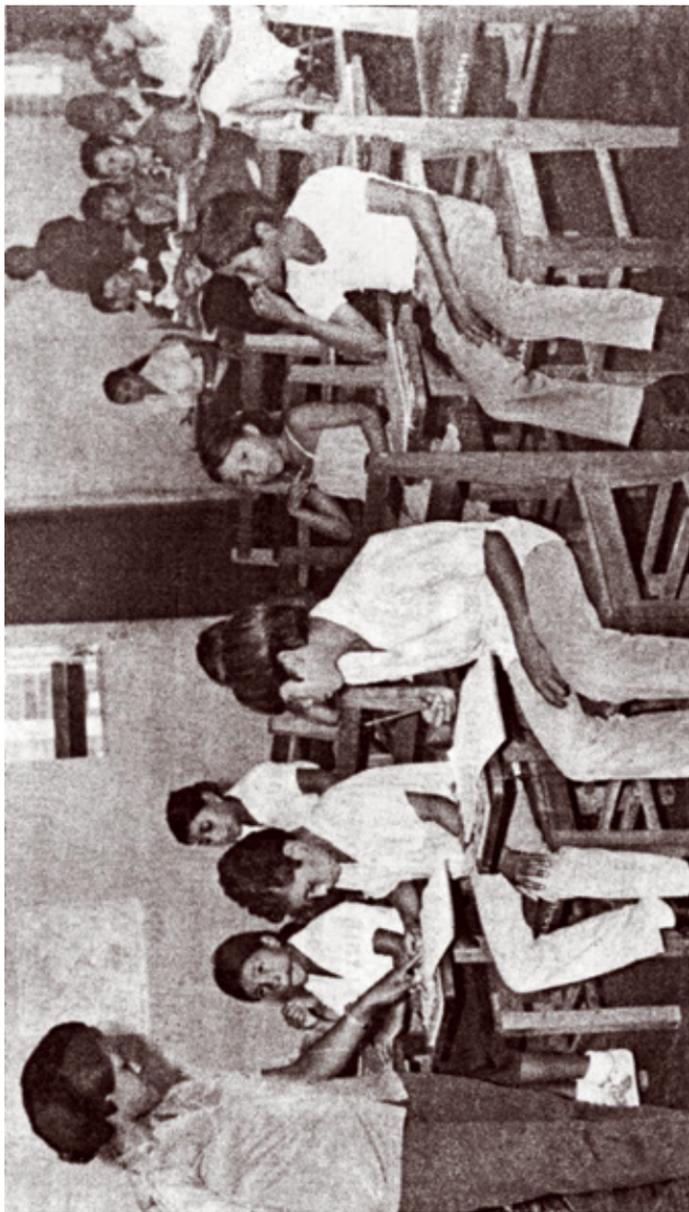
Agreguemos las centenas de actividades de carácter deportivo, cultural, recreativo, patriótico y de trabajo productivo que se efectuaron en este período, en el que se construyeron 286 escuelas con el trabajo conjunto de los docentes, la población y constructores cubanos, a la vez que se repararon o ampliaron más de 600 locales escolares, y se pintaron y embellecieron varios centenares.

Entre otras tareas docentes se efectuaron los intercambios de experiencia con resultados muy positivos, tanto a nivel de grupo de coordinación, de brigada y de Contingente, con una activa participación en la elaboración de ponencias y en la ejecución de clases demostrativas.

Además se celebró por primera vez el Intercambio de Experiencias de Primer Grado en todas las brigadas y a nivel de Contingente. Este último contó con la presencia de más de un centenar de maestros. De excelente se calificó la participación de maestros y maestras en las actividades metodológicas convocadas por la parte nicaragüense.

Durante el curso se produjeron 82 bajas de alumnos, con lo cual se logró un 96% de retención escolar. Destacamos particularmente la disposición, seriedad, interés, responsabilidad y entusiasmo revolucionario con que los maestros y maestras cumplieron su trabajo y las orientaciones recibidas por la dirección de la misión y de la embajada.

MEMORIA FOTOGRÁFICA



Clase demostrativa de la maestra Ana María Pérez García, de la brigada de Granada en encuentro de intercambio de experiencias.



Tabla gimnástica donde participa un grupo de alumnos de maestros cubanos de escuelas rurales de Villa Carlos Fonseca, departamento de Managua, septiembre de 1983.



Maestra internacionalista Ligia Sáez Castro de la Brigada Rivas-Belén, exponiendo durante el intercambio de experiencias, ante maestros de primer grado y pedagogos asesores del ministerio de Educación, en Jinotepe.



La maestra internacionalista Marta Ernestina Fernández imparte clases a niños de primer grado de la escuela Tania la Guerrillera, en el departamento de Managua.



Maricela Rodríguez, maestra cubana, brigada de El Viejo, departamento de Chinandega, reúne sus alumnos de preescolar debajo de un árbol. Imagen que muchas veces se repitió, mientras se construían las escuelas.



Los ministros de Educación de Cuba y Nicaragua durante uno de los recorridos por los lugares más afectados por el huracán Alleta. Esta imagen corresponde al departamento de Estelí.



Maestros cubanos integrantes misión educacional cubana durante el curso 1981-1982.



Grupo de coordinación nicaragüense designado para apoyar a la dirección cubana en el trabajo del Contingente Pedagógico Augusto César Sandino.



Durante la inauguración de la escuela Carlos Tinoco, construida por internacionalistas cubanos, con la asistencia de José Ramón Fernández, ministro de Educación de Cuba.



POBLADO DE RAMA SOBRE RÍO ESCONDIDO.



Panga, medio habitual que utilizan para su traslado los pobladores de la zona.



Maestros de la brigada Rama, en su casa departamental. Aparece Sonia Romero, jefa de la misión educacional cubana (1982-1983).



Diploma.

CONTINGENTE PEDAGOGICO « AUGUSTO CESAR SANDINO »

Nº 2

MEMORIAS

1981 - 1982



Nuestro Gobierno Revolucionario le quiere decir al mundo que estamos orgullosos de la participación de estos maestros internacionalistas.

Cco. SERGIO RAMIREZ M.
(Miembro de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional).

Memorias de las maestras y los maestros cubanos que cumplieron misión internacionalista en Nicaragua y fueron editadas por el ministerio de Educación de ese país.

ENVIA FIDEL CARTA DE RECONOCIMIENTO A LOS MAESTROS INTERNACIONALISTAS CUBANOS EN NICARAGUA

● El Comandante en Jefe Fidel Castro, Primer Secretario del Comité Central del Partido y Presidente del Consejo de Estado y del Gobierno, dirigió una carta de reconocimiento y felicitación en nombre de nuestro pueblo a los maestros internacionalistas cubanos en Nicaragua, por su abnegada labor en ese país hermano. El texto de la misiva es el siguiente:

Ciudad de la Habana,
2 de julio de 1981

Muy queridos maestros:

El trabajo de ustedes en la hermana República de Nicaragua, produce honda satisfacción y alegría a nuestro pueblo, y hemos querido ofrecerles esta justa valoración en el momento en que inician una pausa en su tarea internacionalista.

A la inmensa mayoría, les correspondió crear escuelas donde nunca antes habían existido, y sobrepasar del impresionante trabajo realizado; de cómo coordinaron a la movilización de los recursos humanos y materiales de la localidad y a construir las escuelas y muebles indispensables para dar las clases a niños, jóvenes y adultos.

Sin lugar a dudas, la tarea ha sido difícil y compleja, porque enfrentar exitosamente siglos de explotación y atraso consecuente, constituye un esfuerzo grandioso, que refleja la calidad revolucionaria de nuestros educadores. Con dedicación, están cumpliendo su papel de maestro, y lo están haciendo en un país que tiene la admiración del mundo por su historia de lucha y sacrificios.

La abnegación, capacidad, entrega total a su hermosa profesión, les ha ganado el cariño profundo de sus alumnos, de los padres y de la comunidad donde han desenvuelto sus actividades. Ustedes han sabido llevar un mensaje de solidaridad a las capas más humildes del pueblo nicaragüense, y lo han hecho con gran espíritu de sacrificio y modestia.

Muchos son muy jóvenes y no vivieron los momentos iniciales de la extensión de los servicios educacionales en Cuba. Fue necesario enviar miles de maestros sin la preparación pedagógica requerida para ocupar las escuelas que en número de miles creaba la Revolución en las montañas y zonas más apartadas del país.

Ellos llevaron la luz de la enseñanza a más de 600 mil niños cubanos que hasta entonces no tenían escuelas y participaron, como visitantes en ese hermano país, en la Campaña de Alfabetización. El trabajo en Nicaragua se está llevando a cabo en situaciones mucho más difíciles, porque existen allí menos caminos y carreteras que en la Cuba de aquella época, y los maestros han ido a convivir en las duras condiciones del campesinado nicaragüense.

¡Cuánta satisfacción nos produce hoy que el desarrollo educacional de nuestro país permita brindar ayuda al querido pueblo de Nicaragua en este campo tan importante de la esfera social!

Conocemos de las múltiples tareas que han realizado, de su voluntad inquebrantable de vencer las dificultades, de su entusiasmo, de su identificación con el campesinado y con la causa de ese hermano pueblo.

La educación es uno de los valores más preciados del hombre, y ustedes están dando su valiosa contribución al desarrollo y consolidación de este importante aspecto social en la patria de Sandino donde han dejado una estela de profundo cariño.

En nuestro país, el Partido y Gobierno estiman altamente el trabajo que han realizado.

Les deseo un feliz regreso y nuevos éxitos profesionales. Reciban el reconocimiento de nuestro pueblo y mi más sincera felicitación.

FIDEL CASTRO RUZ

Carta de Fidel a los internacionalistas publicada en el Periódico *Granma* el 2 de julio 1981.

Entrevista a Reinaldo Guido Castaño, asesor de nuestra misión educacional en Nicaragua

A Aguedo le dispararon a quemarropa mientras se defendía, desarmado como estaba



"El maestro pinareño, desarmado como estaba, se lanzó sobre el bandido y luchó con él...", nos relata Reinaldo Guido Castaño.

● "A Aguedo Morales le dispararon a quemarropa mientras se defendía, desarmado como estaba", expresó Reinaldo Guido Castaño, asesor de nuestra misión educacional en Nicaragua, al hablar a Gramma sobre los cobardes hechos de acuerdo con la narración de testigos presenciales.

"Alrededor del 29 de septiembre Aguedo llegó con un grupo de maestros al Departamento de Chontales para ser ubicados en cinco comunidades de los municipios de Santo Tomás y "Villa Sandino" (antigua "Villa Somoza"). Aguedo es situado en Sierrevilla. Ya por el 2 de noviembre, debido a las informaciones que se tienen de la existencia de un grupo de bandidos por la zona, los cubanos se trasladan y concentran en "Villa Sandino".

"El jueves 3 de diciembre, Aguedo le dice al coordinador del grupo, Jesús Díaz Lema, que se siente mal y que debe regresar a Sierrevilla por sus medicamentos (el padecía de presión alta) y a pagarle a un campesino el importe de un caballo para la escuela.

"Deciden partir al otro día, el viernes 4. A eso de las 7 y 50 de la mañana salen los dos junto con un pequeño grupo de campesinos, en una camioneta que hacía habitualmente el recorrido desde allí hasta Guaruamo, próximo a Sierrevilla. A eso de las nueve se detienen a unos 3 km del fin del viaje, frente a la llamada "Cafeta del Tigre" con el propósito de proteger el motor del agua con una especie de cubierta de nylon. Es en este instante que sale al camino un bandido armado mientras otros permanecen emboscados.

"Jesús, el coordinador, ve salir a Aguedo y progresa detrás de la puerta delantera

del vehículo mientras él y los demás lo hacen por el otro lado. Otros testigos presenciales cuando el maestro pinareño se defendió, desarmado como estaba, del bandido, momento en que otro de los emboscados se aproximó y, a quemarropa, le disparó en el costado varias veces. Es evidente que hubo ensañamiento, pues el cadáver presentó una fractura en el cráneo, mordidas y golpes".

Según esa versión, Reinaldo Guido expresa:

"Los bandidos dispararon en repetidas ocasiones, haciendo una de las veces a uno de los campesinos nicaragüenses. Jesús y el resto del grupo simuló del lado opuesto del vehículo oyes los tiros y alcanzan a verlos, huyendo. En ese momento grita el chófer: "¡Mataron al cubano!", y salen a la quebrada y encuentran el cadáver de Aguedo tirado boca arriba sobre el agua. Lo llevamos por la corriente.

"Lo matan en la camioneta y lo llevan a Guaruamo donde Jesús lo lava y le pone una camisa, depositándolo en un bueco de una casa y tapándolo con una sábana. El coordinador manda a avisar a "Villa Sandino", de donde llegan tres maestros y tres nicaragüenses en un camión. Entonces, todos regresan con los restos de Aguedo a "Villa Sandino", encontrándose en el camino con los médicos cubanos y compañeros nicaragüenses que salían a su encuentro.

"A las 6 de la tarde llegaron a Juigalpa, de donde trasladaron a Aguedo para Managua al Hospital Militar "Dr. Vílchez Beldón", en el que se le practicó la autopsia que indica que en la herida producida en la zona intercostal izquierda, que le perfora el pulmón, la que le produce la muerte.

"La indignación y el rechazo de los campesinos en Guaruamo, "Villa Sandino" y de los habitantes en Managua fueron muy profundos. Es que el pueblo nicaragüense siente como suya cualquier cosa que le pase a un cubano allí.

"Recuerdo en estos momentos que el mismo viernes 4, a la misma hora en que Aguedo era asesinado, en la Escuela Normal de San Marcos presencié la graduación de 37 maestras, promoción dedicada a la memoria de Pedro, Pablo y Bárbara. Con orgullo y emoción y con esas jovelicetas se comprometieron a seguir el ejemplo de nuestros dos maestros mártires! Y es que el ejemplo no sólo nos estimula y compromete a nosotros, los educadores cubanos, que nos mantenemos firmes y serenos en nuestros puestos, sino que constituye savia fértil que abona el espíritu revolucionario del pueblo nicaragüense".

● *Guaralpa, 29 de agosto*
Foto: Arnaldo Santos

Fotocopia de entrevista a Guido.



EL MINISTRO DE EDUCACION

Ciudad de La Habana, 14 de marzo de 1980
"AÑO DEL SEGUNDO CONGRESO"

Comp. Reinaldo Guido Castaño Spengliert
Presente

Estimado compañero:

El 5 de noviembre de 1979, partió hacia Nicaragua el primer grupo de maestros cubanos integrantes del Contingente "Augusto César Sandino". Durante un mes, otros grupos de maestros continuaron arribando a ese hermano país para cumplir la misión a ellos encomendada. Hasta la fecha han transcurrido, pues, varios meses de trabajo diario y abnegado, de labor firme y entusiasta. Constantemente tenemos noticias de su espíritu internacionalista, de la acogida cariñosa que el pueblo nicaragüense les ha dispensado en todo momento. Esta información nos llega mediante numerosas vías, pero fundamentalmente por la magnífica repercusión social que tiene la gran tarea de cada uno de ustedes.

La prensa cubana publica con frecuencia entrevistas a algunos de los maestros que realizan trabajo internacionalista y todo el pueblo conoce de su admirable labor y de la valiosa ayuda que están prestando en la extensión de los servicios educacionales de la querida República de Nicaragua. Nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro, en la clausura del III Congreso de la FMC, hizo una amplia referencia a la educación y, en particular, a los 1 200 maestros cubanos que están trabajando en la tierra de Sandino. Le envío el periódico del lunes 10 de marzo de 1980, donde aparecen sus palabras estimulantes y encomiásticas.

.../

Carta de José Ramón Fernández a maestros internacionalistas en Nicaragua.

.../2

Acerca de los maestros internacionalistas, dijo Fidel:

"Cuando se hablaba de internacionalismo y del espíritu internacionalista de las mujeres cubanas, a mí me venían a la mente dos ejemplos: el ejemplo del Destacamento internacionalista "Che Guevara", que está enseñando en Angola, integrado en gran parte por mujeres. Pero otro ejemplo que está más cercano, el de los 1 200 maestros cubanos que están dando clases en Nicaragua, que han ayudado a crear cientos de nuevas aulas y que fueron a dar clases, no en las ciudades, sino a los más apartados rincones del país; en lugares a veces tan distantes que tienen que estar tres días a caballo para llegar, que es más que decir Sierra Maestra, Baracoa, es más que eso. Porque en el hermano país de Nicaragua existen menos comunicaciones que en Cuba. Y a esos lugares, a los más apartados, van a vivir como viven las familias campesinas que los albergan, a enseñar niños, a enseñar adultos; profesores que en algunas ocasiones tienen 50 alumnos, otros tienen hasta 100 y más de 100, de un grado y de otro grado. Son impresionantes las noticias del trabajo que desarrollan esos maestros en Nicaragua, y el prestigio que tienen, el reconocimiento que tienen. Bien, ese contingente, casi un 50%, está integrado por mujeres, ¡casi un 50%! , muchas de las cuales son madres".

Todo esto compromete aún más la labor que usted y todo el Contingente realizan porque hoy como nunca, ustedes son representantes de la Revolución Cubana en cada uno de los rincones de Nicaragua. Compromete a cada uno de ustedes a ser más disciplinado, a cumplir con el deber contraído dentro del mayor espíritu cooperativo, de modestia, de comprensión, y a mantener magníficas relaciones humanas con los habitantes de la comunidad donde desarrollan sus actividades. Todas estas palabras de aliento obligan a un mayor esfuerzo, a ser mejores en todas las actividades.

.../

.../3

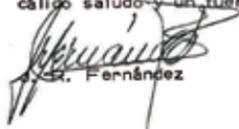
Estamos seguros que usted, al igual que cada uno de los miembros del Contingente sabrá cumplir con las tareas encomendadas y que las llevará a cabo con la más alta calidad y dentro de la mayor comprensión para un pueblo que ha sabido salir de 50 años de terrible opresión. Usted, como los demás internacionalistas, sabrá ser maestro de los niños y maestro de los padres de esos niños. Usted está contribuyendo a la apertura de un camino para un pueblo heroico que ha ganado, con grandes sacrificios, el derecho a una vida mejor. Y eso será siempre un honor para un revolucionario.

Es necesario que sepa cuán atento se ha estado a las dificultades que muchos de ustedes tienen en el campo, y que el Comandante en Jefe dio las indicaciones que han permitido aliviar en alguna medida las situaciones más críticas. Al propio tiempo, el Gobierno de Nicaragua está actuando en igual sentido. Sin lugar a dudas, los maestros cubanos tienen el calor y la fraternidad humana del pueblo nicaragüense. Nuestro pueblo y nuestros dirigentes están a su lado, conocen el valor de su trabajo, lo que el mismo representa para los niños y el pueblo de Nicaragua en general.

Aprovecho la oportunidad para informarle que se acaba de celebrar el IV Seminario Nacional a Dirigentes, Metodólogos e Inspectores de las Direcciones Provinciales y Municipales de Educación, y hemos querido hacerle llegar los materiales normativos y metodológicos elaborados para el mismo.

En el próximo mes de junio, en una fecha aún no precisada y dependiente del calendario escolar de Nicaragua, está previsto que el Contingente disfrute de vacaciones en Cuba. Sabemos que esto será una pausa victoriosa dentro de la labor que realiza, y que a su regreso en el mes de agosto podrá continuar con bríos renovados hasta cumplir el período de tiempo asignado a su trabajo internacionalista. Aquí los recibiremos a todos con extraordinario regocijo, compartido con sus familiares y el pueblo en general.

Aprovecho esta oportunidad para enviarle el más fraternal y cálido saludo y un fuerte abrazo.



Sr. Fernández

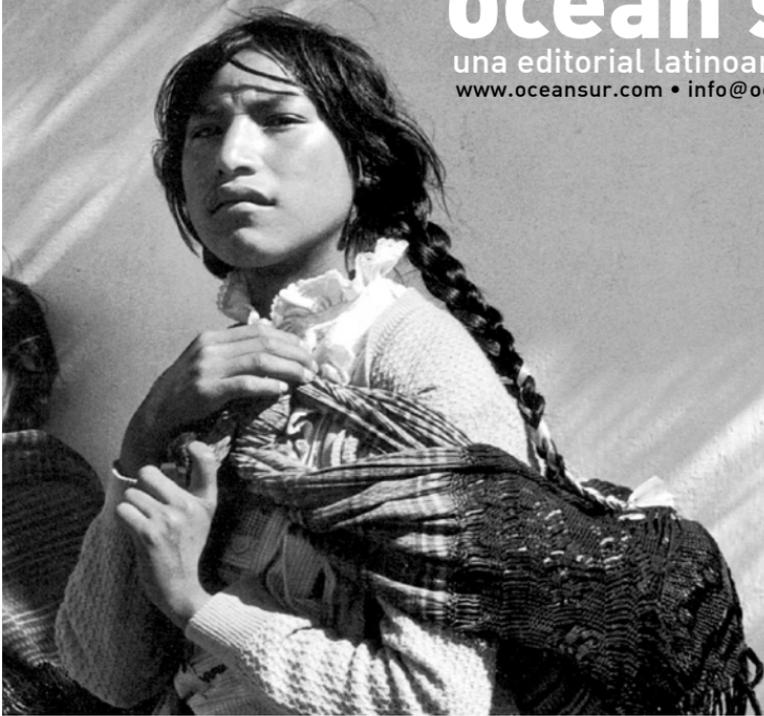


Mapa político de la República de Nicaragua.

ocean sur

una editorial latinoamericana

www.oceansur.com • info@oceansur.com



Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



MAESTROS EN NICARAGUA HISTORIAS PARA CONTAR

Entre las misiones internacionalistas que desempeñó el magisterio cubano, nadie puede negar que Nicaragua ocupa un lugar muy especial. Fue allí donde mayor presencia de maestros cubanos se reunió (...) La mayoría ocuparon aulas como maestros primarios, en lugares de muy difícil acceso, para enseñar a niños y adolescentes, así como a adultos analfabetos, mientras otros sirvieron como asesores. Fue una hazaña su permanencia allí y conforma un digno capítulo de nuestra historia educativa contemporánea.

—José Ramón Fernández Álvarez

Este libro, que ahora edita Ocean Sur, acoge valiosos testimonios de los protagonistas de esta invaluable y heroica hazaña educativa e internacionalista.



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

ISBN 978-1-923074-03-3